hasta dos días después de haber entrado en las Navas, y se mantuvieron firmes en su campamento hasta que acercándose el plazo empezaron á animar al ejército con pláticas religiosas, y á moverlo á que se dispusiera á lidiar y á derramar su sangre. Llamaron á media noche á los heraldos, los esparcieron por todo el campamento, y dieron orden de armarse á los caballeros, de formar á los soldados, y de moverse para el combate á cuantos militaban bajo las banderas de Jesucristo. Hicieron celebrar misa en un altar levantado sobre una cumbre; la oyeron ellos y sus caballeros armados de todas sus armas, y doblada humildemente la rodilla, confesaron y fueron absueltos por el arzobispo D. Rodrigo, que los bendijo á todos á tiempo en que empezaban á palidecer las estrellas ante la primera luz de la mañana. Y fueron luégo á disponer sus haces y á poner en orden el ejército, que al agitarse entre las tiendas, hizo sentir en toda la llanura un rumor parecido al que precede á las tempestades de verano.

Dividieron el ejército en tres grandes secciones: Alfonso de Castilla tomó la del centro; Sancho de Navarra la del ala derecha; Pedro II de Aragón la del ala izquierda. Subdividió Alfonso la suya en cuatro huestes y en tres D. Pedro. Iban en la primera del rey de Castilla D. Diego López de Haro, sus hijos D. Lope y D. Pedro, el infante de León D. Sancho Fernández, D. Martín Núñez de Hinojosa, el alférez de Madrid D. Íñigo de Mendoza, Pedro Arias de Toledo que servía de alférez mayor, los parientes y los vasallos de Haro, y los pocos cruzados extranjeros que quedaron en el ejército después de la toma de Calatrava (1). Gobernaba D. Gonzalo Núñez de Lara

(1) Sobre las gentes que vinieron para esta campaña de naciones extranjeras escriben con bastante vaguedad los escritores de aquella época. En Rodrigo de Toledo leemos: «É el venir de las gentes comenzó desde el mes de Hebrero, é vinieron pocos á pocos cada dia, ansí que por todo el invierno vinieron en guisa que quando el verano entró eran ya muchos ayuntados en Toledo. Y porque las gentes eran muchas é de muchas tierras é de muchos lenguajes é en el departamento é en el vestir é en las costumbres, por ende ordenó el rey D. Alonso que el arzobispo D. Rodrigo que demorasse en Toledo de donde era arzobispo porque guardase las

la segunda, compuesta de los tercios de Vélez, Alarcón, Huete y Cuenca, de los caballeros del Temple, de los de San Juan, de los de Calatrava y de los de la orden de Santiago. Acaudillaba la tercera Rui Díaz de los Cameros, á quien acompañaban su hermano Alvar Díaz, Juan González Ucero, Gómez Pérez de Asturias, García Ordóñez y los tercios de San Esteban de Gormaz, Almazán, Ayllón, Medina-Celi y Atienza. Estaba por fin al frente de la última el mismo rey Alfonso, que iba con muchos prelados y ricos-hombres de su reino, y llevaba consigo los tercios de Valladolid, Medina del Campo, Olmedo, Arévalo y Toledo. Venía en ella lo mejor y lo más noble de Castilla: venían el arzobispo D. Rodrigo, el obispo de Palencia, el de Sigüenza, el de Osma, el de Ávila, D. Gonzalo Ruiz Girón, D. Rodrigo Pérez de Villalobos, D. Suero Téllez, el leonés D. Fernando

---

gentes de pelea... É porque aquellas gentes que venian cansadas eran muchas, ordenó el noble rey D. Alonso que posassen por menos trabajo en la Huerta del rey so los árboles á costa del rey fasta que movieran para la lid... Comenzaron las gentes á venir á la fama de la lid que avia de fazer el noble rey D. Alonso de Castilla con los Moros. É vinieron muchos de tierra de Francia, é vino el arzobispo de Burdeos, é el obispo de Nantes, é muchos Ricos-Homes. É vinieron otrosí de tierra de Lombardía muchos caballeros simples é muchos homes de á pié. É vino otrosí el arzobispo de Narbona D. Arnalte que fuera otro tiempo abad del Cistel... Este arzobispo de Narbona D. Arnalte truxo consigo muchos cruzados de la Francia de los godos que traían muchas armas é muchas sobreseñales, é venian bien guisados; é llegó allí á Toledo é recibiólo el noble rey D. Alonso é el arzobispo D. Rodrigo de Toledo mucho honradamente...» En la carta que el rey D. Alonso escribió al papa haciéndole relación de esta jornada, está, sin embargo, este hecho bastante circunstanciado. «Vino, dice el rey, grande multitud de gente ultramontana y tambien los arzobispos Narbonense y Burdiganense y el obispo Nannetense. De manera que llegaron á dos mil soldados con sus hombres de armas, diez mil caballos y cincuenta mil peones, gente de servicio á quienes proveimos nosotros de sustento.» Ejército verdaderamente considerable había de ser esta cruzada de extranjeros; mas no estuvo toda en la batalla de las Navas. Á los pocos días de abierta la campaña y después de la toma de Malacón y Calatrava, debida en gran parte á sus esfuerzos, instigados según unos por el enemigo de todo bien, según otros por el deseo de volver á ver su patria, y aun, según algunos escritores, por celos y desavenencias cuyas causas no nos son muy conocidas, abandonaron casi todos el campo, no quedando de ella más que el arzobispo Narbonense y Teobaldo Blazón, natural nuestro, con unos ciento y cincuenta hombres de á caballo y algunos de á pié, si hemos de atender más á la relación del arzobispo D. Rodrigo que á la del mismo rey, quien asegura que no quedó ningún infante. No tomaron, pues, parte en la batalla más extranjeros que estos ciento cincuenta y uno, número por cierto bien escaso.

García y el alférez mayor D. Alvar Núñez de Lara. Formaban parte de la cruzada todas las clases del Estado, y brillaban allí las armas del rey, las de los grandes, las de los hidalgos y las de los más ínfimos pecheros.

Las huestes del de Aragón estaban también confiadas á caballeros no menos principales de aquel reino. Llevaba García Romero la primera; iban en la segunda Simón Coronel y Aznar Pardo; acaudillaba la tercera el mismo rey seguido de grandes y prelados como el de Castilla. Había en aquellas haces condes que llevaban consigo gran número de nobles y soldados, caballeros que acaudillaban brillantes mesnadas, y obispos á quienes seguían cuerpos de tropas armados y sostenidos con el oro de sus arcas. Entre los vizcondes de Rocaverti y los de Villamur descollaba un Moncada conde de Ampurias, un D. Armengol conde de Urgel y un Bernardo de Roger conde de Pallars; entre centenares de lanzas veíanse flotar los pendones de los vizcondes de Cardona, los de los vizcondes de Cabrera y los de los barones de Centellas. Brillaban en torno del rey como las estrellas al rededor del sol los Lunas y los Alagones, y formaban su cortejo varones tan esclarecidos como los Luzias, los Matorens y los Dezlores (1).

(1) He aquí, según Beuter, cuáles fueron los principales caballeros aragoneses que asistieron á esta batalla: con D. Fernando, hermano del rey de Aragón y monje de Poblet, iban su hermano Sancho, conde de Rosellón, su sobrino Nuño Sánchez, hermano de este último, Guillem de Castelnau, Ramón de Canet, Aymar de Moset, Pero Vernet, Andrés de Castel Rosellón, Guillem de Olms, Guillem de Cabestany, Ramón de Vives, Ramón de Torrellas, Pero de Barberá, Tomás de Lupian, Arnaldo de Bañils, etc. Con Moncada, conde de Ampurias: Yofre, vizconde de Rocaverti, Bernardo de Cabanes, Remón Xatmar, Pero de Cartella, Yofre de Valgorvera, Otger de Dorius, Geraldo de Sarra, Bernardo Guillem de Foxa, Galcerán de Cartellá, Bernardo de Santa Eugenia, Galcerán de Cruilles, Gastón de Cruilles, Pero de Paz, Guillem de Bordills, Pero Azbert Catrilla, etc. Con el conde de Urgel: D. Armengol, primo del rey, Galcerán de Puigverd, Amorós de Rivelles, Gizbert de Guimerá, Bernardo de Mansonis, Remón de Pinell, Guillem del Antoru, Hugo de Troya, Gueraldo de Espes, Guillem de Moya, Guillem de Rubión, Galcerán Sacosta, Oliveros de Termens, Remón de Peralta, Remón de Fluviá, Pero de Oluja, Bernardo de Pons, etc. Con Bernardo Roger, conde de Pallars: D. Remón, vizconde de Villamur, Arnald Alemán de Torella Serverón, Remón Montpensat, Guillem de Bellera, Pero de Cominges, Guillem de Villaflor Roger, Arnald de Orcán, Cerverón

No traía el rey de Navarra sino una sola hueste compuesta de alguna gente de su reino, de los tercios de Soria, Segovia y Ávila, y de los cruzados de León y Portugal; pero no estaba menos acompañado de caballeros tan bravos como ilustres. Don Almoravid, D. Pedro Martínez de Lete, D. Pedro y D. Gómez García, que constituían su séquito, eran varones tan conocidos por su valor como por el brillo de su cuna, y todos supieron dejar en este combate buena memoria de su esfuerzo.

Mas no era bajo este punto de vista menos respetable el ejército de los árabes, en que figuraban aún algunos de aquellos esclarecidos walíes que habían medido toda el África con su espada, y le habían impuesto sus creencias religiosas. Mohamed había también dispuesto su ejército al rayar el día, y era cosa de espantar ver tendida en la llanura su inmensa muchedumbre

---

de Puigverd, Pero de Pernes, etc. Iban todos estos ordenados en compañías bajo el estandarte de Aragón, y recibían del rey los víveres necesarios para ellos y para sus caballos. Los hubo que asistieron á la batalla á sus propias costas, suministrando además lo necesario á los que les acompañaban; y estos fueron el vizconde de Cardona, Guillem Folch, el vizconde de Cabrera, D. Pons, Guillem de Urso, Pons de Santa Paz, Bernardo de Enveig, Gisbert de Castellet, el vizconde de Bas, D. Hugo Remón de Cervera, Bernardo Guillem Saportella, Remón de Monells, Bernardo de Malla, Bernardo de Centelles, Pero de Sent Menat, Pero de Montboy, el senescal Pers de Moncada, Guillem de Cervellón, Remón Alemán, Pero de Belloch, Galcerán de Papiol, Bernardo de Tous, Remón Galcerán de Pinos, Hugo de Mataplana, Galcerán de Angresola, Ponce Cagardía, Marc de Villa de Many, Remón de Manlea, Dalmau de Mediona, Pero de Tagamanent, Galcerán de Castelvín, Arnald de Rajadell. Todos estos caballeros, según se habrá observado, eran de lo que es hoy provincia de Cataluña. Algunos muy principales asistieron también de lo que es hoy Aragón, pero en mucho menor número por no ser el rey muy bien quisto de la nobleza, que creía quebrantados por él sus fueros. Asistieron Don García Romeu, D. Lopez de Luna, D. Blasco de Alagón, D. Miguel de Luzia, Don Fernando de Luna, D. Eximen Dezlor, D. Eximen Cornel, D. Isuar Pardo y D. Ferrando de Martorens. Iban, por fin, con el rey de Aragón el conde de Foix, el señor de Mira Poix, el señor de Montesquiu, Beltrán de So, vizconde de Onsa, y otros nobles del condado de Foix en número de más de quinientos: iban Raimundo de Rocaverti, arzobispo de Tarragona, D. García, obispo de Zaragoza, y D. Berenguer de Palavicin, obispo de Barcelona; iban muchísimos abades y dignidades inferiores así de Aragón como de Cataluña. El número de tropas que cada uno de todos estos llevaba no se sabe á punto fijo, solo sí que los tres referidos prelados llevaban consigo cuarenta caballos y mil infantes, armados y alimentados á sus costas, y los veinte y ocho caballeros que acompañaron cada uno de por sí al rey diez mil infantes y dos mil y quinientos caballos. El total del ejército aragonés se hace ascender á veinte mil hombres de á pié y cuatro mil jinetes.

de soldados. Los motawatynes, puestos de frente contra los cristianos en número de ciento sesenta mil, formaban la vanguardia; los almohades y los árabes de España la retaguardia; trescientos mil advenedizos, recogidos en todos los ámbitos del Imperio, el ala derecha y la izquierda. Los reales del emir, sentados en una cumbre, estaban además circuídos de tropas de todas armas. Al rededor de una estacada que formaban muchos lanzones clavados en tierra por el hierro, había cuarenta mil negros armados de lanzas y broqueles; dentro, muchos piqueros y ballesteros; á la espalda más de trescientos camellos unidos con gruesas cadenas de hierro.

Mohamed, no satisfecho aún con escudarse tras las cerradas columnas de su ejército, había hecho construir para mayor defensa suya esa estacada; y al llegar el día del combate se puso en medio de ella bajo el cimborio encarnado de los califas que estaba sostenido por un elefante. Cogió el libro santo de Otmán que llevaba en un camello enjaezado de oro y seda, vistió el albornoz negro de Abdelmumen, primer emir de los almohades, ciñó su más rico alfanje, se sentó en su escudo al lado de su caballo, y rodeado de cadíes y alfaquíes empezó á leer en alta voz las páginas en que el Profeta promete la vida y la bienaventuranza eterna á los que mueran por él en los campos de batalla (1). Mohamed estaba por todas partes bien defendido, y no creía que debiese llegar á desnudar la espada. Detrás de los negros y de la gente de á pié, metida dentro de la estacada, tenía aún escuadronados sus mejores caballeros según el arzobispo D. Rodrigo. ¿De qué le sirvió, empero, tanta gente armada?

Empezó la batalla apenas brillaron los primeros rayos del

(1) Algunos de estos pormenores nos han sido dados por el mismo D. Rodrigo, arzobispo de Toledo, en cuya relación leemos: Agareni vero in summitate quadam præsidium instar atrii firmaverunt de scriniis sagittarum, infra quod erant præcipui peditum collocati, ibidemque rex eorum recedit habens juxta se ensem, inducens cappam nigram quæ fuerat Abdelmumi, qui fuit principium Almohadum, et librum etiam sectæ nefariæ Mahometi, qui dicitur Alchoranus, etc.

sol. Resonaron de pronto en todo el campo gritos de guerra que despertaron el eco de los más lejanos cerros, y vinieron á las manos los ejércitos. D. Diego López de Haro, que estaba al frente de la primera haz, se dejó caer con ímpetu sobre los motawatynes que estaban en la vertiente de un monte poblado de arboleda, trepó por la falda, llegó hasta ellos, y peleó sin retroceder un paso á pesar de ver contra sí millares de lanzas y numeroso el enemigo. Estaba ya desde el principio del combate ayudado por otras haces de Castilla y la primera de Aragón capitaneada por D. García; y aunque veía firmes y denodados á los motawatynes, insistió en el avance, y peleando y acalorando en cuanto cabía á sus soldados, forcejaba por romper aquel frente formidable. Mas eran muchos y valientes los motawatynes: inmóviles contra todo ataque como las rocas contra las olas del Océano, lograron cansar é infundir espanto á los enemigos; y todo el valor de Haro y todo el denuedo de García no pudieron impedir que muchos cristianos abandonasen las banderas de sus concejos, dejando en confusión á sus caudillos y con no escaso aliento á los infieles. Acababan de juntarse con los primeros combatientes todas las demás haces de Castilla y Aragón menos la del rey D. Alfonso; pero ni aun estas pudieron contener aquella fuga precipitada que puso en tanto riesgo la suerte del combate. Eran los fugitivos por lo más gente poco acostumbrada á los azares de la guerra; y al ver la imperturbable tenacidad de los motawatynes creían ver asestadas contra sus cuellos las lanzas enemigas.

Desesperó entonces Alfonso de la batalla; mas no desfalleció. «Muramos aquí yo y vos,» dijo al arzobispo de Toledo; y como éste le contestase «no quiera Dios que aquí muráis: hoy venceréis á vuestros enemigos;» «acorramos á los de la primera haz, replicó, que muy grande es su afincamiento.» Salieron precipitadamente de su comitiva Gonzalo Rodríguez y sus hermanos; y fué tal el ardimiento que el Rey manifestó, que Fernando García, uno de sus mejores caballeros, se vió obligado á

trabar de la rienda á su caballo y á decirle: «id paso, señor, que acorrer avran los vuestros.» Veía el rey á los suyos en peligro, y no sabía permanecer tranquilo. «Muramos aquí yo y vos, repitió, buena nos es en este lugar la muerte;» y animado de nuevo por las palabras del arzobispo: «venceréis y no moriréis si á Dios place; si á Dios place que muráis, por vos y con vos moriremos todos,» puso en marcha su haz, dió de las espuelas á su caballo, y corrió como un león á arrojarse donde más arreciaba la pelea (1). Iba á defender su vida, su trono y la gloria de sus mayores; y fué tal el valor que desplegó y el aliento que logró infundir en el corazón de los más débiles, que decidió apenas llegó al campo la suerte de la batalla. Abriéronse paso las espadas cristianas entre las filas de los motawatynes, que abandonaron á poco el monte dejándolo cubierto de cadáveres; llegaron hasta los cerrados escuadrones de los almohades y de los árabes de España, hirieron y mataron á diestro y siniestro, y llenaron de terror á todo el ejército enemigo. Huyeron los cadíes y walíes españoles al verlas sobre sí; entró el mayor desaliento en todos los infieles; y volviendo los más las espaldas, desampararon vergonzosamente al emir, que estaba aún leyendo bajo su tienda encarnada el libro del Profeta.

No quedaba ya sino un valladar que romper á los cristianos.

---

(1) Ponemos las palabras que pronunció el rey y el arzobispo casi tales como las encontramos en la traducción al castellano del texto de D. Rodrigo. No creemos que esta traducción haya sido hecha por el mismo arzobispo, como pretenden muchos cronistas; porque no nos permite creerlo así la historia de nuestra lengua; pero no siendo aquella muy posterior á la redacción del original, nos ha parecido oportuno trasladarla casi enteramente para pintar con mayor verdad los sentimientos que animaron á Alfonso en esta batalla. El texto latino dice así: Dixit omnibus audientibus pontifici toletano: Archiepiscope, ego et vos hic moriamur. Qui respondit ei: Nequaquam, immo hic prævalebitis innimicis. Rex autem invictus animo: festinemus, inquit, primis succurrere in periculo constitutis... Tunc rex inquit iterum: — Hic, Archiepiscope, moriamur; talis enim in tali articulo mors non dedecet. Et ille: — Si Deo placet, corona victoriæ, non mors insistat. Sin autem aliter Deo placuerit, vobis commori omnes communiter sumus parati. In his autem omnibus testificor coram Deo nobilis rex non mutavit vultum, nec gestum solitum, nec loquelam: immo viriliter, et constanter, ut leo imperterritus, aut mori, aut vincere firmus erat...

Los soldados que circuían á Mohamed eran muchos y bravos: habían templado sus lanzas en la sangre de los más fieros africanos, y se hacían verdaderamente temibles. Mas nada pudo su antiguo valor ni su fiereza contra el ímpetu irresistible de nuestros reyes, que tendidos sobre la crin de sus caballos, fueron alanceándolos mortalmente y disparando contra ellos todo el cuerpo del ejército, ya decidido á morir antes que volver atrás un paso. Nuestros mejores soldados viendo á los negros tenaces en defender sus puestos, volvieron contra ellos las grupas de sus caballos cubiertas todas de hierro, y logrando así romper la línea de batalla, pasaron sobre los cuerpos de los vencidos hasta la estacada, que es fama que fué rota á hachazos por Sancho de Navarra.

Mohamed sentía en tanto cerca de sí el estruendo de la pelea; pero seguía aún inmóvil sobre su escudo. Estaba tranquilo, y no parecía sino que aguardaba con resignación ver caer la espada de Alfonso sobre su cabeza. Pero se le acerca un árabe montado en una hermosa yegua cuando están ya espirando los negros bajo las plantas de los caballos de los cristianos; y «¿hasta cuándo has de estar ahí sentado é inmóvil? exclama: cumplióse el decreto de Dios; está obedecida su voluntad y fueron ya los Musulmanes.» Levántase entonces Mohamed y quiere montar el famoso alazán que está á su lado; pero le detiene el árabe apeándose de la yegua, y «cabalga en esta doncella, le dice: ¡así quiera Dios mantenerte sobre su lomo! depende de tu salvación la del Imperio.» Acepta Mohamed, monta en la yegua del árabe y el árabe en el caballo del emir mientras están tal vez sintiendo caer á hachazos la estacada; parten entrambos seguidos de un escuadrón de negros, y corren acosados por la caballería enemiga hasta llegar á Baeza. «¿Qué hemos de hacer?» le preguntan consternados los moros de esta ciudad; mas él, turbado, no acierta á responderles sino «ni consejos tengo para mí mismo: ¡Alá sea con nosotros!» Muda de caballo y sale al instante para Jaén, donde llega aquella misma noche.

Seguían aún peleando los cristianos cuando partió el emir, y tuvieron que pelear todavía gran rato para desalojar á cuantos había dentro y fuera de la estacada. No querían dejar los infieles aquel último baluarte; y aunque caían muertos como las espigas bajo la hoz del segador, se levantaban siempre más terribles sobre los cadáveres de sus hermanos, y defendían paso á paso la tienda del Califato. Mas debieron sucumbir al fin al número y al valor de sus enemigos; cansados ya de lidiar, faltos de aliento, buscaron la vida en la fuga, y dejaron todo el campo á merced de los ejércitos cristianos, que esparcidos ya por todas las Navas, iban siguiendo el alcance á los dispersos derribándolos acá y acullá á los botes de su lanza y haciendo espirar á los heridos bajo las herraduras de sus intrépidos caballos.

Fué entonces tremenda la matanza que hicieron los cruzados en los moros. Los heraldos de Alfonso iban aún repitiendo desde el principio de la refriega: « no hay cuartel para los cautivos: el que traiga un prisionero muere con él; » y se perseguía sin piedad á los fugitivos como fieras que infestan las campiñas. Llenóse el campo de muertos, llegando á ser tantos en número, que, según D. Rodrigo, no podía pasar la hueste del rey por encima de ellos sino con peligro á pesar de los muy buenos caballos que traían. Estaban los más degollados y bárbaramente despedazados; y había de causar horror verlos tendidos en número de doscientos mil en aquel vasto espacio.

Sonaron pronto, sin embargo, voces de alegría en medio de aquel recinto de la desolación y de la muerte. El arzobispo de Toledo, al ver ya la corona del triunfo sobre los estandartes castellanos, levantó la voz y dijo al rey Alfonso: « acordaos de que la gracia de Dios acaba de suplir cuanto os faltaba y de apartar de vos la afrenta que permitió algún día: acordaos también de vuestros soldados con cuya ayuda habéis llegado á alcanzar tan grande gloria. » Y alzando luégo la frente al cielo él y los obispos que con él estaban, entonaron con lágrimas en los ojos el

Te-Deum laudamus, cánticos á cuyos ecos les pareció que se abría el firmamento. Regocijóse toda la hueste al oir ese himno de alabanza, y vivos alaridos de gozo sucedieron á los gritos de guerra que sonaban aún á lo lejos en boca de los que seguían el alcance á los vencidos.

Eran verdaderamente momentos de júbilo para el ejército cristiano. Acababa de vencer á un enemigo poderoso, acababa de destruir el poder de los que amenazaban invadir la Europa y anegar en sangre los altares de Jesucristo, acababa de salvar su libertad, su religión, su patria. Se había visto por dos veces en aquel anchuroso palenque con un pié en el abismo, y por dos veces había pasado vencedor al través de las armas enemigas. Un humilde montañés le había arrancado de la muerte en el paso de la Losa; y, según los mismos que presenciaron el combate, había sido principalmente la cruz del arzobispo de Toledo la que en los instantes de mayor peligro había decidido en favor suyo la victoria. Esta cruz, dice el mismo arzobispo, pasó por todas las haces de los moros sin ser nunca abatida ni herido ninguno de cuantos peleaban á su sombra; con esta cruz, dice el rey Alfonso, cortó Dios la cabeza á una gran muchedumbre de enemigos. Cuando se recorrió el campo después de la batalla halláronse en la estacada del emir, añade D. Rodrigo, muchos moros muertos de grande estado y desmesurada estatura; y á pesar de ser tantos en número y estar todos desnudos y hechos pedazos, no se encontró en la tierra mancha de sangre, cosa que fué gran maravilla (1). Con tan señalada victoria debía

(1) Erant autem Agareni, qui supra prædictum atrium inventi sunt, statura proceri, pinguedine dilatati... Et quod mirabili est dictu, licet jacerent in omnibus partibus corporis detruncati, et jam á pauperibus spoliati, in tanto campo nec signum sanguinis poterat inveniri. Quibus peractis, nostri gratiæ Dei terminum nolentes imponere, per omnes partes usque ad noctem eos infatigabiliter sunt secuti, et secundum existimationem creduntur circiter bis centum millia interfecta. De nostris autem vix defuere viginti quinque (Rod. Tolet., *de Reb. Hisp.*, 1. 8.°, c. 10). Estas últimas palabras nos dan lugar á decir algo sobre el número de cristianos que murieron en la batalla. La opinión común es que sólo fueron veinte y cinco; mas ¿no sería facil colegir de las palabras del arzobispo que fueron veinte y cinco mil? Así lo cree Romey, y así quisiéramos poderlo creer nosotros;

naturalmente el vencedor rebosar de placer y oir con entusiasmo el canto pronunciado en alabanza y honra de su Dios.

Era además esta batalla de inmensos resultados. Franqueaba á los reyes cristianos las puertas de Andalucía, hasta entonces abiertas sólo momentáneamente por las discordias de los árabes; preparaba las gloriosas campañas de San Fernando, cuyas armas reflejó el Guadalquivir desde Segura hasta el Océano, y daba ya lugar á prever los triunfos de los reyes católicos, á quienes cupo arrojar con su espada al último rey moro. Sierra-Morena estaba ya vencida y el reino de Andalucía sin murallas. Cayeron dos días después del combate en poder de los cristianos los castillos de Bilches, Baños, Castro Ferral y Tolosa; y fueron desde luego estas fortalezas, enriscadas en las cumbres, el nido de las águilas que habían de apresar el Mediodía y desgarrar el rico manto de gloria de los últimos monarcas musulmanes. Estos castillos, que no pudieron recobrar los infieles, fueron contra estos una amenaza continua: los cristianos tuvieron desde entonces un pié puesto en esa tierra de Andalucía. En vano los combatieron dos meses después de la batalla los walíes almohades de Jaén, Córdoba y Granada; en vano cercaron á Bilches y pelearon contra él dos días con dos noches; en vano echaron el resto de su valor para la reconquista de sus fronteras; cayeron sobre ellos los toledanos en-

---

mas hay textos de autores tan dignos de fe como el mismo D. Rodrigo que evidentemente nos lo impiden. El rey D. Alfonso, en la carta que escribió al Papa refiriéndole esta batalla, no solo dijo terminantemente que fueron sólo veinte y cinco los muertos, sino que aun cuando hubiera hablado sobre este punto con vaguedad, nos hubiera dado lugar á pensar lo mismo por las exclamaciones de admiración y de alegría con que refirió esta noticia. Atribuyó el hecho á milagro, y no hubiera sido por cierto cosa milagrosa que hubiesen muerto veinte y cinco mil cristianos. Hubiera sido aún así ocho veces mayor el número de los infieles que perecieron; pero ¿qué hubiera tenido esto de particular, sabiendo como sabemos que quedó enteramente disperso el ejército enemigo, que se le siguió el alcance hasta la noche, y que no tenía ni la mitad de la caballería que contaba el ejército cristiano? Por más que repugne á la fría razón de los hombres de estos tiempos la notable desigualdad que se supone entre los muertos de uno y otro bando, preciso es confesar que no tenemos otras armas con que combatirla que las del escepticismo.

viados por Alfonso á cargo de los hermanos Gonzalo y Martín Núñez, y juntos con las compañías de Madrid y Huete, los derrotaron, se internaron tras ellos por el suelo de Jaén, y no volvieron á la Sierra hasta haber hecho sentir sobre el país enemigo el peso de sus armas.

Y no fueron sólo estos castillos los que ganaron los reyes después del combate de las Navas. Pasaron de Bilches á Baeza, ciudad ya desamparada por los árabes, cuya mezquita quemaron sin perdonar á los desgraciados que habían creído encontrar en ella un asilo contra los vencedores, se adelantaron hasta Úbeda, la sitiaron, la asaltaron, y aunque fueron al principio rechazados, mostraron tal valor y tuvo tal intrepidez un escudero del aragonés D. Lope de Luna, soldado que se atrevió á trepar hasta el adarve, que aturdidos los cercados, les ofrecieron pagarles un millón de doblas de oro si les dejaban en libertad la villa. No se dieron aún por satisfechos con esta capitulación, á la que se opusieron en nombre del Papa los arzobispos de Toledo y Narbona; siguieron con sus asaltos, entraron por fuerza en la villa, la derribaron, la asolaron é hicieron cautivos á cuantos pudieron escapar de la lanza de los soldados. El ardor del ejército era grande y habría pasado sobre las ruinas de las más poderosas ciudades á fin de menoscabar el reino de los infieles. Mas hubo causas graves que atajaron su conquista y le obligaron á retroceder hacia Castilla.

CAPÍTULO IX

Importancia de la batalla de las Navas. — Descripción del lugar en que fué dada. — Recuerdos. — Ligeras pinceladas sobre los pueblos de los alrededores de Tolosa.

DE 1212 Á 1213

BAEZA y Úbeda permanecieron poco tiempo en poder de los cristianos. Volvió Alfonso sobre aquella un año después de la batalla: la combatió y la cercó; pero sin fruto. Apoderada el hambre de su campamento, perdió gente y caballos, y tuvo que retroceder á largas jornadas á Toledo, donde los persiguió el azote obligándolos á alimentarse hasta con la carne de los muertos (1).

Las Navas de Tolosa fueron en Andalucía el verdadero teatro de las glorias de Alfonso. Había logrado el rey poner el pié sobre una monarquía que en momentos de peligro podía levantar aún ejércitos de quinientos mil combatientes; y era ya sobrada ventura para un hombre que pocos años antes apenas había podido es-

(1) Los Anales primeros de Toledo explican circunstanciadamente este hecho. «Esto fué en noviember, dicen, é duraron tres semanas de jadnero sobre Baeza, é non la prisieron, é murieron y caballos, é mulos, é mulas, é asnos, é comieron las gientes, é despues murieron las gientes de fambre. E fué hora que costó el almud

capar con vida de la jornada de Alarcos. Otros reyes antecesores suyos habían alcanzado, al parecer, más: habían hecho temblar ciudades importantes al relincho de sus caballos y al eco de sus clarines; habían conducido sus estandartes coronados de laureles á los más apartados límites de Andalucía; habían llegado á bañar en las aguas del Estrecho sus corceles de guerra; mas todas esas brillantes hazañas y todos esos hechos heróicos, que constituyen las más poéticas páginas de nuestra historia, ni produjeron sino resultados pasajeros, ni dieron lugar á hechos más importantes, ni hicieron sino cubrir de estéril gloria la frente de sus autores. Combatían aquellos monarcas en favor de los mismos árabes; conquistaban cuando más para sí plazas muy apartadas de su reino; y llegaban apenas á las fronteras de Castilla cuando habían ya perdido los escasos frutos producidos por la sangre de sus soldados. Alfonso con la batalla de las Navas no ganó sino algunos castillos enriscados en las cumbres de Sierra-Morena; mas estos castillos estaban en los confines de su reino y le era fácil defenderlos; eran las puertas de hierro que le impedían pasar á Andalucía, y dueño de ellas, acababa de abrir para sí y para sus sucesores un camino tan lleno de peligros como de honra, que había de conducir la Península á su unidad política, á su unidad civil, á su unidad religiosa. Fué la sombra de estos castillos la que protegió los primeros pasos de San Fernando: fué el suelo sagrado donde se dió aquella batalla memorable, el que

---

de la cebada LX soldos, é vínose la huest para Toledo, é duró la fambre en el regno fasta el verano, é murieron las mas de las gientes, é comieron las bestias, é los perros, é los gatos, é los mozos que podian furtar. Esto fué en Toledo, é andaban VIII almudes de trigo á...» Era MCCLII (1214). (Ann. Tol. 1. pág. 399 en Flórez, *Esp. Sag.* tomo 23.) Casi lo mismo dicen los Anales Toledanos terceros y el arzobispo D. Rodrigo en su libro de *Rebus Hispanicis:* «Este rey D. Alfonso fué á cercar Vaieçça, é tanta fué la fambre que los de la huest comien carnes á hombre no acostumbradas, é descercóla de consejo de los suyos.» (Anal. Toled. terceros, pág. 411.) «Et sic invaluit fames ibi, ut exercitus carnes humano generi insuetas edere cogerentur... Cumque diu Beatiæ obsidio traheretur, nec à patria victualia portarentur, omnibus fere fame deficientibus, suorum consilio rex nobilis, tregua cum arabibus reformata, rediit Calatravam.» (*De Reb. hisp.* l. 9. cap. 14.)

vió formados los grandiosos ejércitos con que aquel príncipe fué á fijar su estandarte en las torres almenadas de Córdoba y Sevilla. La batalla de las Navas libertó á la cristiandad de un gran peligro; pero hizo más que libertarla: fué la salvación de la cruz en lo presente y el triunfo de la cruz en lo futuro.

No sin razón celebra aún la Iglesia después de seis siglos el aniversario de esta gran jornada (1); no sin razón al descender de las ásperas gargantas de Sierra-Morena busca el viajero con ojos inquietos el lugar en que hollaron los cristianos el poder de los almohades, y al fijar en él sus miradas, siente enardecida su frente y estremecidas sus carnes. Ve ante sí una llanura vasta, sin árboles, casi desierta; al Norte el Puerto de Muradal, cordillera de peñas y de pizarras que se levanta sobre las demás sierras y parece un muro alzado por la mano de Dios entre Andalucía y Castilla; al Occidente cerros cubiertos de salvajes arboledas y barrancos profundos que están sin cesar conmoviendo el espacio con el rumor de sus arroyos y el bramido de sus torrentes; un monte prolongado y no menos fragoso al Mediodía; y al Oriente cerros y quebradas que, algo parecidos á los del lado opuesto, hacen brotar cierta armonía del fondo del conjunto. Descubre aún sobre las cimas de estas alturas las ruinas de los castillos antiguos: las de los de Molosa y Tolosa en los cerros de Occidente, las del de Mogón en el monte que mira al Mediodía, las de los de Ferral y Peñaflor al borde de las quebradas del Oriente, las del de la Losa, sito en el puerto del mismo nombre. Todo va allí exaltando lentamente su imaginación y trasladándole á los tiempos en que se dió la batalla. Los siglos han vinculado en la naturaleza misma los recuerdos de ese combate gigantesco; y al preguntar por el nombre de cada arroyo y de cada monte, no suenan en su oído sino palabras que van aumentando la ilusión y vivificando por momentos la

(1) Lo celebra el día 16 de Julio con el título de Triunfo de la Cruz. La batalla tuvo lugar en el mismo día del año 1212.

llanura. El lugar por donde bajó el ejército á las Navas se llama hoy Puerto Real; el altozano en que sentó la corte sus reales lleva el nombre de Mesa de los tres Reyes; el arroyo que pasa por junto á Ferral, en cuyas aguas se reflejaron las armas de todos los cruzados, es conocido por el arroyo del Rey.

Todo habla aún allí de aquella inmensa lucha: todo excita aún la fantasía del viajero, que conmovido tanto por la soledad del lugar como por los recuerdos, llega en un momento de entusiasmo á poblar de soldados la llanura, y cree ver todavía los cascos y las lanzas de los caballeros relumbrando como fuego heridos por los primeros rayos del sol de aquel sagrado día. Siente por momentos enardecerse más y más su imaginación; y ve flotar al aire las banderas de los concejos, los pendones de las mesnadas y los estandartes de los reyes; oye las voces de mando, el galopar de los caballos y los gritos de guerra; ve al otro lado á los motawatynes puestos á la sombra de sus grandiosas enseñas, á los almohades armados de todas armas, á los negros formando un ancho círculo en torno del pabellón del califa y á los alárabes advenedizos, que tendidos sin orden por la llanura, dan al campo infiel el aspecto de un lago azotado por la lluvia; siente, al fin, el rumor de la pelea, el crujir de las armaduras, el caer de las lanzas y de las espadas, el relinchar de los caballos, el ay de los heridos, el trémulo sonido de la corneta, que dominando sobre todo el estruendo de la pelea, enciende de cólera los ojos de los combatientes y retumba en los oídos de todos como el eco de la muerte y la venganza. Rompiéronse las lanzas; brillaron como el relámpago las espadas y los alfanges; y estos y aquellas rodaron á su vez hechos piezas por el campo. Pero está ya la llanura cubierta de cadáveres, recorre una cruz de hierro las filas de los árabes, flota un pendón de la Virgen (1) sobre los turbantes de los

(1) «E en el pendon de la provincia de Toledo estava la imágen de la bendita é gloriosa Vírgen Sta. María, amparadora de España. É al golpe que llegó el pendon de la imágen de Sta. María, los Moros que fasta aquella hora estuvieron fuer-

infieles, y crece el furor, y la matanza crece. Triunfó Cristo, y huye aterrado el ejército musulmán al brillo de las armas que corona la victoria.

Todo vuelve á estar en silencio; mas ¿ha cesado aún la ilusión del viajero que ha venido á meditar sobre lo pasado en esos lugares solitarios? El aire que gime lleva todavía á sus oídos los gemidos de los moribundos; y busca involuntariamente con ávidas miradas esa inmensa multitud de cadáveres que después de la batalla impedían el paso de los más briosos caballos de los vencedores, esa inmensa multitud de astas de lanzas y de saetas, cuya sola mitad bastó para alimentar por espacio de dos días los fuegos de todo el ejército cristiano (1). Busca aún con inquietud dónde pudo estar el campamento moro, tan vasto que los cruzados no pudieron ocupar de él más que una pequeña parte; se esfuerza en descubrir la loma en que estuvo el califa de pié sobre su escudo durante la batalla; pregunta por la altura en que fué expuesta la cruz á la vista del ejército, cuando ya los últimos rayos del sol iban palideciendo tristemente sobre las cumbres de los cerros. En estos llanos cada otero, cada piedra ha de tener su historia: y el que los visita con entusiasmo, recorre con afán cada uno de los lugares en que están vinculados los recuerdos. No le satisface ni la voz de la tradición; y pretende al fin leer en su corazón y en su fantasía lo que no puede leer en la crónica ni recoger de los labios de los que viven en las asperezas de la Sierra.

---

tes é recios, luego bolvieron las espaldas é començaron á fuir, é los christianos firiendo é matando en ellos muy cruelmente de grandes feridas.» (Traducción del libro de D. Rodrigo titulado *De Rebus Hispanicis*: manuscrito de Vilches. No está traducido en este manuscrito sino todo lo relativo á la campaña de las Navas.)

(1) «É el campo yacía tan lleno de los Moros muertos que non podiamos pasar por cima con muy buenos caballos que traíamos sobre los Moros sinon con gran peligro... É como quier que ome non podia facer esto que aquí diremos, maguer ello sea verdad, sabed que en aquellos dias que alli estovimos non quemamos otra leña en el real de los Moros sinon las astas de las lanças é de saetas que los Moros tenian é non acabamos la meatad dellas como quier que á sabiendas las quemávamos non aviéndolo menester.» (Idem.)

Los pueblos de los alrededores, aun aquellos cuyas fortalezas fueron testigos de la batalla y vieron después de ella caer sobre su frente las armas cristianas, están casi mudos sobre esta lucha. Los castillos á cuyo alrededor crecieron no presentan ya sino algunos torreones medio derribados, roídos por las yerbas parásitas y cubiertos por el musgo; los hay que apenas se levantan de entre sus escombros; los hay cuyos muros medio caídos son hoy la cerca que defiende la morada de los muertos. Ni la pintoresca aldea de las Navas de Tolosa, sita en el mismo campo de batalla en torno de una loma por cuyas vertientes esparce su reducido caserío, ni el pueblo de Baños, que ocupa una de las faldas de Sierra-Morena y tiene á sus piés una hermosa vega regada por Rumbral, Río-Grande y Pinto, guardan huellas de este acontecimiento. Sólo Vilches, pueblo puesto en la cima de un monte al pié de un despeñadero, parece haber sido destinado á archivar tanta gloria; y son, sin embargo, escasos los recuerdos que en él quedan. Su castillo puede aún manifestar en sus viejos muros la fortaleza que en otros tiempos tuvo y traer á la memoria á los árabes que lo defendieron y á los cruzados que lo conquistaron; su escudo de armas lleva aún por timbre la cruz de campaña que precedió durante toda la jornada al arzobispo D. Rodrigo; su modesta iglesia guarda todavía bajo sus bóvedas esa misma cruz de hierro á cuya asta está pegado un grande escudo con una mano que, al decir de la tradición, iba moviéndose y señalando á los cristianos el lugar donde debían cargar con toda la fuerza del ejército; mas no encontramos en él ni en toda la provincia un pendón de guerra, ni una lanza, ni una espada de las que empuñaron los esclarecidos capitanes é ilustres reyes que tomaron parte en la jornada.

Son muy modernos los pueblos vecinos á las Navas para que puedan conservar vestigios de edades tan remotas: los más cuentan apenas un siglo de existencia. Sierra-Morena estaba desierta, y era ya desde mucho tiempo fortaleza de bandidos. Á los temidos Golfines, que en el siglo XIII vivían en sus

bosques, saltaban sus barrancos, corrían como corzos por sus cumbres y se dejaban caer sobre la llanura con el furor y la rapidez de los torrentes (1), habían sucedido hombres sin corazón, que no sabiendo buscar la libertad sino en el crimen, acechaban sin cesar al viajero ocultos tras las jaras y madroños, se arrojaban como fieras sobre él y le sepultaban tal vez para encubrir su delito en lo profundo de los abismos. Aventurábase difícilmente nadie á pasar la Sierra; y cuando alguno se atrevía, temía más el puñal de esos foragidos que los espantosos precipicios que se abrían á cada paso bajo su planta y las fieras cuyos aullidos hacían estremecer los bosques en que veía abierto su camino. Reinaba en todos esos montes el terror; y no se andaba por ellos sin creer que iba ante sí la sombra de la muerte. Se perseguía á los bandidos, se seguía sin cesar sus pisadas; pero en vano. La roca no guarda huellas, y ellos desaparecían y reaparecían siempre más bravíos, siempre más temibles. Estaban así cerradas en cierto modo las puertas de Andalucía, medio rotas las comunicaciones de esta con Castilla, paralizado el comercio de unas y otras provincias. Pensóse entonces en poblar esos lugares desiertos, apenas habitados más que por algunos monjes que desde el siglo XVI habían ido á buscar en ellos la paz; creyóse que colonizándolos se apartaría de ellos el crimen mejor que con las armas; y se empezó á fundar, ya en las vertientes, ya en las mesetas de la Sierra,

(1) «É axi, com á homens que no saben altre fer vehent sen (los Golfins) á la frontera dels ports de Muradal qui son grans montanyes, é forts é grans boscatges, é marquen ab la terra dels serrayns é dels crestians, é quiscu passa lo cami qui va de Castella á Cordoba é á Sivilia axi aquelles gents prenen crestians é serrayns. É estan en aquells boscatges é aqui viuen é sont molt grans gents tant quel rey de Castella non pot venir á fi.» (D'Esclot., cap. 79.) Eran estos golfines una especie de almogavares con la diferencia que estos solían ser catalanes ó aragoneses, y aquellos del interior de España. Eran, como estos, fieros, y tampoco temían meterse una ni dos jornadas tierra adentro del reino de los árabes, con tal que pudiesen esperar un botín algo pingüe de su correría. Ellos, á quienes el arzobispo D. Rodrigo llama almogavares, fueron los primeros que se apoderaron de la Axarquía de Córdoba en tiempo de San Fernando. Eran un azote para los pueblos fronterizos enemigos, que nunca podían verse libres de sus sangrientas invasiones.

pueblos risueños y floridos que son hoy la tranquilidad del viajero y la gala de toda la comarca. Reinaba á la sazón Carlos III; y D. Pedro de Olavides, que concibió el primero este proyecto, infatigable y protegido eficazmente por el poderoso conde de Aranda, alcanzó de aquel rey que se pusiera en ejecución tan acertada idea. Levantáronse las poblaciones que hay ahora desde Visillo hasta cerca de Bailén; y no tardaron en estar ocupadas por italianos, por alemanes, por suizos, á quienes se aforó eximiéndolos de toda clase de tributos, aun del de sangre (1). Cobraron luégo vida todas las faldas de la Sierra: plantáronse frondosas alamedas y vastos olivares, se abrió y se fecundó la tierra. Fueron á poco vistosas campiñas las que eran sombrías soledades; veredas deleitosas y apacibles las que eran sendas erizadas de peligros. Animó la industria el interior de los nuevos pueblos, y repitieron el rumor de los talleres los ecos de los montes, acostumbrados durante siglos á no repetir más que ayes de víctimas inocentes, amenazas de bandidos y preces de humildes anacoretas. Fueron principalmente los alemanes los que vinieron á estas colonias; y esos honrados hijos del Norte llevaron á ellas su actividad, su amor al trabajo. Sus nietos, cuyo origen revelan sus ojos azules y su blonda cabellera, conservan todavía las hermosas dotes de sus abuelos; pero no han heredado desgraciadamente la fortuna de estos, á quienes fué dado elevar á mucha prosperidad los pueblos que guardan sus cenizas.

Están ya en decadencia estas poblaciones; pero no son por esto menos bellas. Presentan todas cierto aspecto risueño que las caracteriza; están generalmente bien situadas, y apenas las hay que carezcan en sus alrededores de árboles y aguas. Reciben

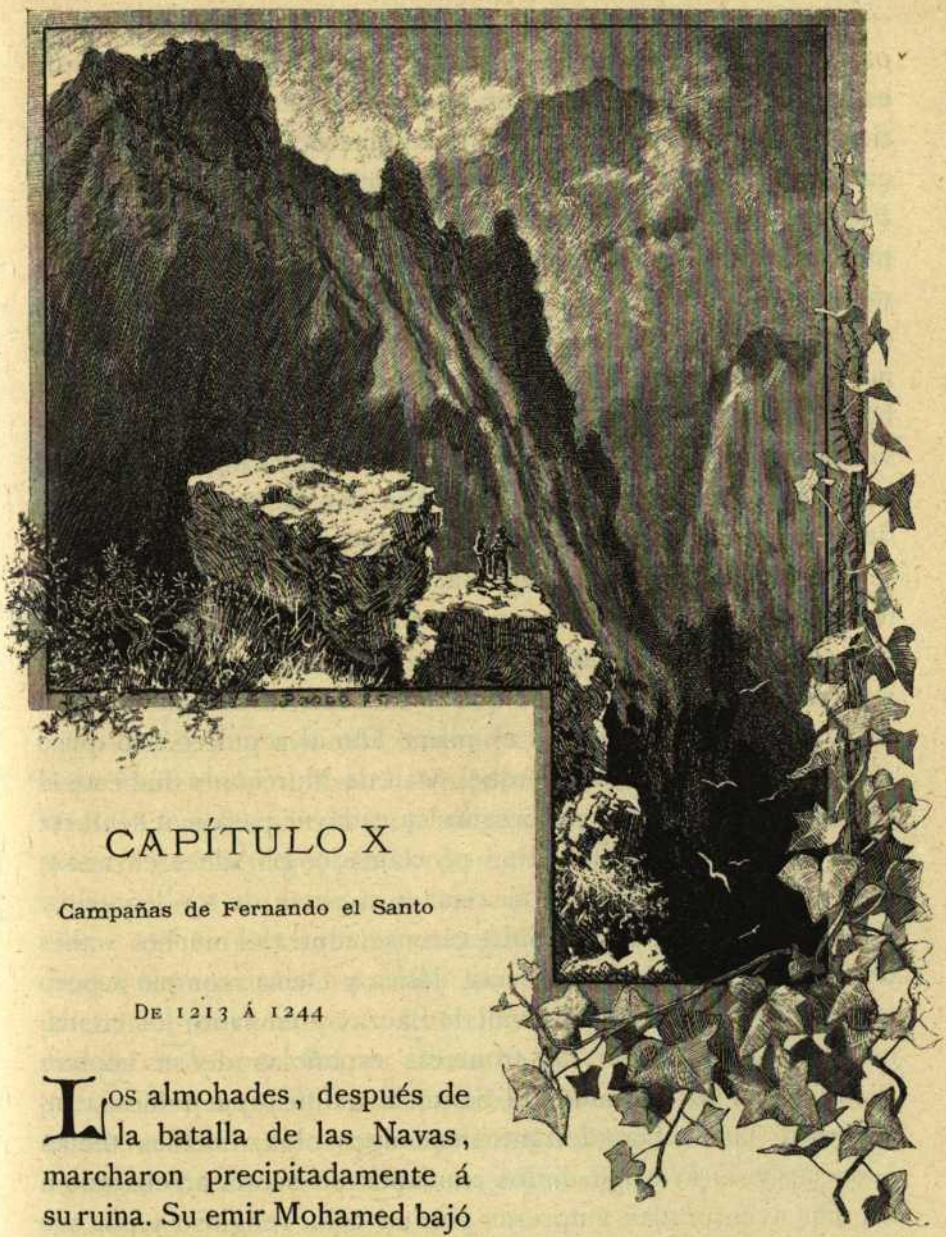
(1) Constituyeron en un principio estos pueblos una provincia aparte conocida con el nombre de Nuevas Poblaciones de Sierra-Morena. La Carolina era la capital, y en ella vivía el intendente. Constaba de dos departamentos, cuya cabeza eran la Carolina y la Carlota. Hoy está distribuída entre las provincias de Jaén, Córdoba y Sevilla.

algunas sombra de altos y frescos álamos que adornan las márgenes de algún riachuelo; ven otras crecer vistosas flores en las orillas de un arroyo. Es sobre todas notable la Carolina, ciudad que es aún reina de esta reducida comarca. Perdió ya los honores de capital que le dió su fundador; pero no los que le dió su bella posición, su distribución acertada, la regularidad y limpieza de sus calles, la solidez y majestad de sus escasos monumentos, lo pintoresco de sus paseos, desde cuyo centro se descubren muchos pueblos sitos ya en la llanura, ya en lo alto de los cerros. Está en la falda misma de la Sierra, en el extremo de una meseta que limitan al Norte las vertientes del río de la Campana; crúzala en toda su longitud una calle ancha y despejada que presenta en cada una de sus extremidades un arco cimbrado entre dos pequeñas torres y en el centro una plaza elíptica rodeada de una doble galería; son todas sus casas iguales, bien proporcionadas y de agradable vista, espaciosas todas sus calles, bella y muy larga la alameda que orilla á la salida de la ciudad el camino de Andalucía, grave su templo y su palacio, restos todos del antiguo convento de carmelitas que fundó San Juan de la Cruz en la Sierra cuando estaba aún desierta. Ensancha su simple aspecto el corazón del que acaba de atravesar las tristes y silenciosas llanuras de la Mancha. La ve este risueña y bella; y por más que el célebre mojón en que está grabada la cara de Dios (1) le haya indicado ya en lo alto de la Sierra el término de Castilla, y la vegetación de que están cubiertos hasta los riscos más inaccesibles le haya manifestado que está pisando otro suelo, sólo al entrar en ella, es fácil que empiece á reconocer la tan decantada Andalucía, en busca de cuyas bellezas corre tal vez ansioso.

¿Puede, empero, tener esta ciudad tradiciones ni recuerdos? Saben sus moradores que los umbrales de su iglesia han visto

(1) Véase sobre la significación de esta cara de Dios el capítulo sobre Jaén.

pasar muchas veces á San Juan de la Cruz; pero ignoran que haya sido hollada la tierra en que viven por los héroes que hicieron estremecer los cimientos del imperio almohade.



CAPÍTULO X

Campañas de Fernando el Santo

De 1213 á 1244

Los almohades, después de la batalla de las Navas, marcharon precipitadamente á su ruina. Su emir Mohamed bajó lleno de cólera á Sevilla; y atribuyendo su derrota á la cobardía de los caudillos andaluces, ejerció venganzas sangrientas que no tardaron en alumbrar el Mediodía de la Península con el fuego de nuevas guerras civiles. Depuso á unos jefes, encarceló á

otros, mandó degollar á los más; y como si con la sangre de estos hubiese logrado lavar su frente y reparar su caída, pasó tranquilo al África y se sumergió en placeres impuros, entre los cuales apuró la copa de veneno que le deparó una esclava (1). Fué proclamado á su muerte su hijo El-Mostansir; mas era éste muy mozo para que pudiera sostener en sus hombros un imperio que se venía al suelo. Apoderáronse de él jeques y deudos; y repartiéndose á su antojo las provincias, las explotaron como minas de oro, las cargaron de tributos y cometieron las más bárbaras violencias en nombre de aquel débil príncipe. Las provincias, sobre todo las de España, sufrían ya impacientes tan pesado yugo; mas no sintiéndose aún con fuerzas, no pudieron durante este reinado sino ir preparando en secreto su venganza.

Muerto El-Mostansir, subió al trono Abd-el-Wahed, no menos inepto que su antecesor para detener la caída del reino que confiaron á sus manos. Ya muy anciano, no pudo resistir á sus enemigos; y los mismos que levantaron la corona sobre su cabeza le hicieron bajar en el mismo año al sepulcro. No quiso reconocerle su sobrino El-Adhel, walí de Murcia; y fué éste el que aceleró su ruina y pasó sobre su cadáver para ir á sentarse en el solio de los califas. Fué proclamado El-Adhel en 1224; pero tampoco duró mucho su reinado á pesar de su denuedo y de su indómita energía. Subleváronse contra él muchos walíes de África y el saheb de Valencia, Játiva y Denia; rompió á poco con él Cid-Abu Mohamed, walí de Baeza; y en tanto los cristianos bajaron á asolar las fronteras españolas de su imperio acaudillados por Fernando el Santo. Era difícil que pudiese contrarrestar las fuerzas de tantos enemigos: los rebeldes tenían audacia, y el Príncipe de los cristianos se sentía arrebatado á las más aventuradas empresas por su celo religioso y por sus ímpetus guerreros; disponían unos y otros de numerosas tropas,

(1) Así lo asegura Ben-Abdelhalim, según el cual, sobornada la esclava por los visires, brindó al desgraciado califa con una copa de vino envenenado.

y se hacían todos temibles. Resistióse, sin embargo, y atacó á los walíes sublevados; mas no pudo volver sus armas contra los estandartes de Castilla.

Durante el corto reinado de Enrique I, sucesor de Alfonso VIII, y aún durante los primeros años del de San Fernando, no bajaron los castellanos á Andalucía sino para correr la tierra en algarada; pero apenas éste monarca se vió libre de las guerras civiles en que estuvo envuelto al ascender al trono, empezaron una larga serie de campañas gloriosas, en las que cautivaron á Jaén y llegaron á abrirse las puertas de Córdoba y Sevilla. Acaudillados por San Fernando y los más esforzados caballeros de Castilla, entraron por el Puerto de Muradal en las provincias granadinas, talaron toda la tierra de Baeza y Úbeda, cayeron sobre Quesada, la asaltaron, la entraron, la abandonaron por estar ya medio destruída, tomaron y derribaron otros seis castillos, y llenos de despojos y de cautivos, pasaron por las riberas del Guadalquivir á Jaén, plaza que podía aún resistirles y rechazarlos de sus muros. Llevaban consigo á D. Rodrigo, arzobispo de Toledo, á los ricos-hombres D. López Díaz de Haro, D. Rui González Girón y D. Alfonso Téllez, á D. Fernán Coci, maestre de Santiago, y á D. Gonzalo Ibáñez, que lo era de Calatrava; llevaban consigo la flor de la nobleza; mas no se atrevieron aún en esta primera campaña á combatir aquella ciudad de que les apartaban no sólo los numerosos torreones que la defendían, sino también la proximidad del invierno. La toma del castillo de Víboras fué su última hazaña; á pesar de los desesperados esfuerzos de sus defensores, fué aquél ganado por sólo trescientos caballeros que capitaneaba Díaz de Haro y los freiles de las órdenes militares acaudillados por sus maestres (1).

(1) La relación de las campañas de San Fernando es difícil: apenas hay dos autores que estén conformes sobre el tiempo en que se verificaron ni sobre lo que en cada una de ellas se hizo. Creemos, sin embargo, poder presentarlas con claridad tomando por base el libro *De Rebus Hispanicis*, cuyo autor fué testigo ocular de la mayor parte de los hechos que en ellas tuvieron lugar, y los Anales Toledanos segundos, escritos á medida que iban pasando los sucesos. La *Historia Gene-*

Sacaron de esta primera campaña los castellanos más gloria que aumento de dominios; pero prepararon con ella las brillantes expediciones que habían de terminar por reducir todo el imperio de los árabes al reino de Granada. Abrieron la segunda al rayar la primavera del año 1225 (1): atravesaron por segun-

---

ral no nos inspira mucha confianza; pero apelaremos á ella para los detalles. Menos nos la inspiran las crónicas escritas en el siglo XVII; mas nos vemos también obligados á consultarlas, por consignar tradiciones que no podemos omitir sin faltar al objeto de esta obra.

Lo contenido en el párrafo que se acaba de leer consta todo en las dos primeras obras mencionadas: «Treugam cum arabibus noluit ultius (rex Ferdinandus) protelari. Sic exercitu congregato assistentibus sibi Roderico, pontifice toletano et aliis magnatibus regni sui per Beatiam et Ubetam vastationes exercens aggresus est Caseatam; et captis et interfectis multis militibus sarracenorum, quia castrum variis impugnationibus erat dirutum, tunc noluit retinere. Rex autem, ut diximus, occupata, per ripam Betis magni fluminis ad partes pervenit Gienni; et destructis quibusdam municionibus, urgente instantia hiemali ad propria est reversus.» (*De reb. hisp.*, lib. 9, cap. 12.) «Fué el rey D. Fernando é el arzobispo D. Rodrigo en huest á tierra de moros en Septembr., é prisó á Quesada é VI castiellos (según la *Historia General* Lacra, Tova, Pahes, Esnader, Espelui y Víboras); é salió una algara de la huest, é lidió con los Alárabes, é mataron más de mil é quinientos de ellos en el mes de Octuber (esta algarada no puede á nuestro modo de ver referirse sino á la que hizo Haro y los maestres de las órdenes militares contra el mismo castillo de Víboras); é aduxieron muchos cativos é cativas, é viniéronse ende por la fiesta de San Martin era MCCLXII (año 1224).» (Anal Tol. segundos, Flórez, tom. 23, pág. 407.) Los nombres de los principales caballeros que acompañaron al rey en esta primera campaña están continuados en la *Historia Gen.* part. 4. cap. 11.

(1) Según el párrafo de los Anales Toledanos transcrito en la nota anterior, tuvo lugar la primera expedición en setiembre y octubre del año 1224: si, urgente instantia hiemali, como dice el arzobispo D. Rodrigo, tuvo que retirar el ejército á Toledo, ¿era posible que tuviese lugar otra expedición en el mismo año? He aquí por qué fijamos la segunda campaña en 1225 á pesar de lo que leemos en los mismos Anales Toledanos: «El rey D. Ferrando cercó Jahen é Losa. Era MCCLXII (1224).» Esta fecha está evidentemente equivocada, máxime no habiendo sido cercada Jaén, según el arzobispo, hasta la cuarta campaña que hizo el rey. ¿Lo estaría quizás la del párrafo copiado anteriormente? No podemos creerlo. En la segunda campaña, según el mismo arzobispo, recibió San Fernando de Mohamed, rey de Baeza, esta misma ciudad, Martos y Andújar. Ahora bien: sabemos por las crónicas árabes que la proclamación de Mohamed no tuvo lugar hasta el año 1224, y que no se alió con Fernando hasta que Abu-el-Ola le hubo cercado Baeza y retirádose mediante nueva prestación de juramento de fidelidad á El-Adhel, que no había sido reconocido emir hasta 9 de marzo de aquel mismo año. Si supusiéramos que la primera campaña tuvo lugar en el último tercio del año 1223 y la segunda en el primero del 1224, ¿sería posible creer de esta segunda expedición lo que dice el arzobispo? Hay más: en una donación hecha por San Fernando á Ordoño Álvarez, y citada por Argote de Molina, se hace referencia á la presentación de Mohamed al rey y se dice: «Anno Regni sui nono, quo anno Azehid rex Baetiæ devenit vasallus Regis et osculatus est manus suas:» el año noveno del reinado de San

da vez el Puerto, bajaron á las Navas, y se apoderaron sin siquiera desnudar la espada, del alcázar de Baeza, Martos y la ciudad de Andújar. Presentóse en las Navas á San Fernando el rebelde walí de Baeza, Abu-Mohamed; y en cambio de la protección que éste le ofreció contra su enemigo El-Adhel, no sólo le entregó estas importantes plazas, sino que se hizo su vasallo (1). Ejercía ya el poder supremo sobre Baeza, Jaén y Córdoba; y temeroso de la venganza de Abu-el-Ola, á quien acababa de alejar de los muros de su capital prestando nuevamente al Adhel un juramento de fidelidad que rompió apenas se vió libre de las armas que le amenazaban, creyó que sólo con este acto humillante y vergonzoso podía salvar su vida y conservar parte del reino que había conquistado con la fama de su nobleza, el recuerdo de sus abuelos (2) y un doble perjurio con la

---

Fernando ¿no corresponde al 1225? (Véase á Gonzalo Arg. de Mol., *Nob. de Andalucía*, lib. 1. cap. 68.)

(1) «Post hæc autem item exercitum congregavit, et tradente eas sibi Avomahomat qui erat arabum princeps nobilis, filius Avoabdelle, filii Abdelmumi, cepit Beatiam, Andugarum atque Martos, et castrum istud nobilissimum dedit fratribus Calatravæ et destructis aliis castris et municipiis ad sua feliciter est reversus.» (*De reb. hisp.* lib. 9. cap. 12.) Decimos en el texto que sólo el alcázar de Baeza y no Baeza fué la entregada á San Fernando; y como en esto nos separamos del arzobispo, que da por entregada la ciudad misma, nos creemos obligados á explicar la causa de esta disidencia. La relación unánime de los cronistas que hemos consultado, la *Historia General*, una tradición no interrumpida, y hasta el testimonio de los escritores árabes, nos han movido á abrazar la opinión que llevamos emitida. No hay otro autor que siga en este punto al arzobispo que un cronista de San Fernando que lo copia á la letra: todos los demás están acordes en que Baeza fué tomada á hierro. Ben-Abdelhalim no sólo lo confirma, sino que se detiene algún tanto en pintar con vivos colores la barbarie con que procedieron los cristianos al entrarla por asalto. En Baeza hubo antiguamente en Santa María del Alcázar y hay ahora en San Andrés un arco en que están pintados los escudos y escritos los nombres de los caballeros que la conquistaron. Se explica aún por tradición en esta ciudad la manera cómo fué combatida, el día en que fué ganada, los lugares en que acaecieron los principales hechos, etc... ¿podemos creer que sea todo hijo de una fábula urdida por algún cronista?

La autoridad del arzobispo, sin embargo, no es posible rechazarla del todo; y he aquí por qué contra el parecer de muchos autores colocamos en esta segunda campaña la entrega del Alcázar. El arzobispo, testigo ocular de estos sucesos, como llevamos dicho, no hubiera hablado sin fundamento alguno de la entrega de una ciudad de bastante importancia.

(2) Era, según el mismo D. Rodrigo, hijo de Abu-Abdala, nieto de Abdelmumen. (V. la nota anterior.)

persona de su califa. Asistió desde entonces personalmente á su nuevo señor en casi todas las campañas, le ayudó con víveres y tropas, le hizo nuevas concesiones, y llegó al fin á hacer tanto por él, que irritados sus propios súbditos, le mataron á puñaladas y le cortaron la cabeza.

Entretuviéronse luégo los castellanos en destruir castillos y lugares y talar la tierra. Regresaron á Toledo, emprendieron otra expedición en el mismo año, tomaron á Sabiote, Xodar y Garcies, que dejaron bien defendidos y guardados, devastaron cuánto estuvo al alcance de sus armas, y satisfechos con el botín que habían recogido, volvieron al seno de sus hogares (1), que no abandonaron ya sino para otra campaña de mayores resultados (2). Tomaron de nuevo las armas entre Mayo y Junio de 1226: se apoderaron al primer ímpetu de Isnatorafe, la torre de Albrit, San Estevan y Chiclana, y se dejaron caer luégo sobre Jaén, á la que pusieron desde luégo sitio. Estaba defendida esta ciudad por buenos muros y torreones, y guardada por cincuenta mil infantes, tres mil caballos y ciento sesenta caballeros cristianos, que con D. Alvar Pérez de Castro, se habían pasado á los infieles después de las últimas discordias de Castilla; pero no vacilaron en derramar á torrentes su sangre para conquistarla. Empezaron por acometer una torre avanzada que guarnecían algunas tropas árabes, la pegaron fuego y la derribaron, viendo morir sin compasión á sus enemigos, algunos de los cuales se arrojaron desde lo alto de las almenas y fueron recogidos con la mayor barbarie en la punta de las lanzas. No pudieron emprender el asalto de la ciudad como deseaban; mas

(1) «Et tertio ingresus est terram Arabum: cepit Seviot, Xodarum et Garcies, et bellatoribus obfirmavit, aliisque vastationibus peractis ad urbem reversus est Toletanam...» *(De reb. hisp.*, lug. cit.)

(2) Hemos puesto la segunda y tercera campaña en 1225, ya por haber debido ser las dos muy cortas, ya porque de otro modo deberíamos colocar la cuarta, que fué muy larga, en el año 1227, y parece más que probable, por razones que luégo aduciremos, que en 1227 tuvo lugar la quinta, en que fué tomada Capilla y ganada Baeza.

no pudiendo detener los impulsos de su ardor guerrero, se afanaban por salir de la línea que tenían establecida é ir á medir sus armas con las de los árabes. Tuvo que refrenarlos San Fernando viéndoles gastar sus fuerzas en luchas estériles; y les prohibió que saliesen de la línea; pero no bien el mismo monarca, obligado por las frecuentes salidas de los cercados, destinó quinientos caballeros para resistir á todo ataque, cuando se renovaron con mayor ardor que nunca las refriegas á brazo partido, y se vió á castellanos esforzados picando la retaguardia al enemigo hasta el pié de las torres y puertas de la plaza. Rechazaron á los árabes en la última salida que estos hicieron con tal afán y con tan gran violencia, que hasta los hubo que se metieron en la ciudad tras ellos y fueron á morir allí imprudentemente víctimas de la cólera y del furor de los vencidos. Mataron ciento ochenta moros é hicieron hasta dos mil cautivos; y no satisfechos aún con esta ventaja, quemaron á poco las haces de los campos y las parvas de las eras.

Estrecharon luégo el cerco, y fueron á sentar sus reales en un lugar muy cercano á la ciudad, llamado entonces el Fonsario. Pusieron á la otra parte en el camino de Granada á los concejos de Segovia, Avila, Cuellar y Sepúlveda, lo dispusieron todo para la pelea, y esperaron con ansiedad la hora del asalto. No quería darlo aún San Fernando; pero se quejaban todos de la demora, y hasta la atribuían á haber sido sobornados con oro los magnates y se vió obligado á mandarlo. Llenaron de improviso los fosos, abrieron brecha en las barbacanas y empezaron una lucha encarnizada. No dejaban asomar á nadie sobre el muro, y hasta los que peleaban á cuerpo cubierto caían muchas veces heridos por armas arrojadizas que entraban dentro de los mismos torreones por los huecos que acababan de abrir las máquinas de guerra. No pudieron con todo resistir á las fuerzas de los cercados, muchos y muy valientes: caían sobre ellos como lluvia las flechas enemigas, y la muerte, que aclaraba por momentos sus filas, iba cubriendo el campo de ca-

dáveres. No caían sólo saetas, sino piedras disparadas con furor, á cuyos golpes murieron esforzados capitanes.

Desistieron los castellanos y cesó el combate; pero no tardó en renovarse al Mediodía de la ciudad entre los concejos y la caballería de los infieles, que cargó dos veces sobre ellos causándoles gran daño, y los hubiera quizás vencido á no haberles enviado el Rey sus tropas más aguerridas y sus mejores caballeros. Alentados entonces los concejos se arrojaron con denuedo contra el enemigo, le batieron, le pusieron en retirada, le siguieron el alcance, y acompañados con los auxiliares llegaron á meterle á lanzadas por las puertas de la plaza. Salieron vencedores y se animó todo el campo cristiano; pero no quiso San Fernando proseguir por más tiempo el cerco. Conoció cuán difícil era conquistar por hambre y aun á hierro una ciudad bien murada, bien provista y mejor guarnecida; y después de oído el consejo de los grandes, levantó los reales talando en rededor la tierra.

No retrocedió, sin embargo, San Fernando; antes bajando al Sur de Jaén, fué sobre Priego y la tomó en breve á pesar del recio alcázar que la defendía. Combatióla á los tres días, la entró y la entregó al furor de sus soldados; y partiendo luégo sobre el alcázar, lo atacó con tanta violencia, que los moros se vieron obligados á capitular ofreciéndole sobre lo que había en la fortaleza ochenta mil maravedís de plata. Vencedor ya de Priego, movió la hueste para Loja; mas no llegó á ella tan pronto como pretendía. Pernoctó en un valle de cerca de Alcaudete; quiso partir á media noche con Gonzalo Ruiz Girón, Garci Fernández de Villamayor y una escolta de caballeros de mesnada; erró el camino, anduvo perdido entre los montes no sin hambre y gran peligro, y no pudo dar con su ejército hasta dos días después que Loja fué cercada.

Llegó el Rey al anochecer frente los muros de esta ciudad, y apenas asomó el día, cuando, ya taladas las huertas y abrasadas las mieses, empezó el ataque, rompió las murallas, quemó

las puertas, y entrando entre llamas y escombros, pasó por la espada á cuantos no pudieron encerrarse en el castillo. Saqueada la ciudad, arremetió contra este último baluarte de los vencidos. Contentóse por de pronto con cercarlo y hacer sentir en él los horrores de la sed disputando á los sitiados el agua de una fuente que brotaba al pié de una torre; mas cansado á poco de la dilación é irritado por la veleidad de los infieles, que prometieron entregársele si les aseguraba la libertad y faltaron luégo á su palabra, ordenó nuevamente el ejército y recurrió al asalto. Quisieron por segunda vez capitular los moros al ver aplicadas al muro las escalas y al oir los lamentos de sus mujeres y sus hijos; pero no quería siquiera oirlos, y sólo condescendió después de habérselo rogado con mucho ahínco los caballeros en que tenía puesta su confianza. Como empero se viese burlado otra vez por los cercados, no escuchó ya más, y ardiendo en ira, mandó entrar el castillo á viva fuerza, hizo pasarlo todo á degüello, y asoló á Loja hasta verla sepultada entre sus ruinas.

Enardecido por sus conquistas, hizo aún más el Rey: bajó hasta Alhama, villa fuerte y de buenos muros que estaba en la cumbre de una peña; cautivó y mató á los pocos que encontró en ella, la destruyó, entró en la misma Vega de Granada, derribó torres, devastó jardines y se atrevió á presentarse delante de la ciudad que había de ser dentro de poco la capital de todo un reino. No llegó á combatirla: mas á ser en este punto verdaderas las crónicas, alcanzó la entrega de mil trescientos cautivos y la reconciliación de D. Alvar Pérez de Castro, cuya espada sentía no poder contar entre las suyas. Estaba ya declarada de su parte la suerte de las armas, y recogía laureles donde quiera que ponía su planta (1).

(1) He aquí cómo refiere los sucesos de esta larga campaña el Arzobispo. «Post hæc iterum Rex Fernandus terram arabum est ingresus et cepit Eznatoraph, turrem de Albep, Sctum. Stephanum et Chicranam; alia vice duxit exercitum per Giennum circa festum Scti. Joannis, quod propter sui fortitudinem non potuit expugnari et

Volvió el Rey con la mayor parte de su ejército á Castilla, no sin hacer sentir antes su mano poderosa en Bongel, Pegalajar, Montijar y Cadena; pero no quedaron ya del todo desocupadas las provincias granadinas. Dejó por adelantado de la frontera al mismo Castro; y cuando al año siguiente de 1227 volvió á trasmontar el Puerto, no tuvo ya necesidad de emplear las armas desde el momento en que pisó la tierra de Andalucía. Pasó desde luégo á Andújar: sabedor allí de que se dirigía á su encuentro su vasallo Mohamed con buen cuerpo de auxiliares, se adelantó para más obligarle, le recibió con cortesía y dulzura, y obtuvo de él la concesión de los castillos de Burgalimar, Capilla y Salvatierra. Fué á ocuparlos, y ocupó sin resistencia Burgalimar y Salvatierra; mas no pudo lograr así la entrega de Capilla, cuyos defensores se dispusieron á luchar hasta con su mismo emir, si éste añadía á su debilidad el descaro de ir á sujetarlos con sus armas. Tuvo que hostilizarla y emplear todos los medios de guerra en la conquista; y aunque la ganó, no fué sin haber perdido tiempo, soldados y hasta al mismo Mohamed, que pagó al fin con la vida su alianza con el Rey cristiano. Enviábale Mohamed desde la ciudad de Córdoba vituallas y pertrechos de guerra; y airados los suyos al ver que así contribuía á la ruina de los fieles, se alzaron en abierta rebelión contra él, le persiguieron en su fuga hacia Almodovar, y acabaron con él en la cuesta misma del castillo (1).

---

inde procedens cepit Pegum, et captis incolis et occisis munitionem funditus desolavit; et veniens ad oppidum quod Alhama dicitur, captis habitatoribus et occisis locum devastatione simili dissipavit; post quod ad propria cum exercitu remeavit.» (*De rebus hisp.*, lib. 9. cap. 2.) Constan ya en esta concisa relación los principales hechos que hemos historiado: la conquista de Isnatorafe, torre de Albrit, San Esteban y Chiclana, el cerco de Jaén, la toma de Priego y Alhama. La toma de Loja consta á nuestro modo de ver en los Anales Teledanos segundos, donde leemos: «El rey D. Ferrando cercó Jahen é Losa.» Esta Losa ¿puede ser otra ciudad que la de Loja? La capitulación de Granada y los hechos subsiguientes es lo que tiene fundamentos menos sólidos: no constan sino en la *Historia General*, de la cual hemos tomado todos los detalles de esta campaña.

(1) En la relación de esta campaña, que fué la quinta, andamos casi sin más luz que la que arrojan el autor de la *Historia General* y los cronistas. En el Arzobispo de Toledo no encontramos otra noticia que la de la toma de Capilla. «Et procedens

Fué esta muerte, según los cronistas, de graves consecuencias. Intentaron sublevarse contra San Fernando Martos y Andújar, y al saberla el pueblo de Baeza, tomó las armas y atacó tan de improviso el Alcázar, que sorprendidos los cristianos que lo ocupaban, apenas encontraron medio ni aun de salvar sus vidas. Estaban faltos de víveres, rodeados de enemigos y sin esperanza de ser en mucho tiempo socorridos: veían difícil la defensa, expuesta la retirada é inminente el peligro: eran pocos y habían de luchar con todo un pueblo: encontraban para todo dificultades, para nada remedio. Defendiéronse por muchos días; mas creciendo la escasez, debieron al fin intentar la fuga y probar si cuando menos podrían abrirse paso con la espada. Armáronse en silencio, aguardaron á que cerrara la noche, que fué por demás oscura, herraron al revés los caballos para mejor engañar á sus contrarios, salieron por la puerta que daba al campo, y buscando camino entre breñas y precipicios, lograron llegar sin ser oídos de los moros hasta el lugar que hoy llaman la Asomada. Estaban ya entonces libres del mayor peligro; mas volviendo los ojos, dice una tradición, para contemplar por última vez á Baeza, que dejaban con mucho quebranto, vieron con sorpresa sobre una de las torres del Alcázar una cruz resplandeciente que echaba de todas sus partes vivos rayos, y se detuvieron sin atreverse á dar más allá un paso. El maestre de Calatrava, D. Gonzalo Ibáñez de Novoa, que los dirigía, vió en la cruz un aviso del cielo, y creyendo que era voluntad de Dios que no dejasen desamparada aquella fortaleza, los movió á volver á ella aunque debiesen morir en el camino ó quedar sepul-

---

iterum contra mauros obsedit Capellam, castrum munitissimum in diocesi Toletana et diutinus impugnationibus tandem cepit et expletis quatuordecim ebdomadibus expeditionis ad urbem regiam est reversus.» (*De reb. hisp.*, lib. 9. c. 13.) Menos dicen aún los Anales Toledanos segundos: «El rey D. Ferrando prisó Capiella. Era MCCLXIII.» (An. Tol. segundos, en Flórez, tomo 23. pág. 407.) Esta fecha ha de estar también equivocada: de otro modo deberíamos suponer que entre los años 1224 y 1225 pasaron todos los hechos que de San Fernando llevamos referidos, cosa que no podemos suponer ni creer en vista de los textos anteriormente citados.

tados después entre las ruinas de muros y torreones. Consintieron todos en retroceder, desherraron los caballos para proseguir el ardid, despacharon mensajeros al Rey pidiéndole socorro, y alumbrados por la milagrosa cruz, regresaron tan calladamente al Alcázar como de él habían salido.

Rayó el día, y creyeron los moros por las huellas de los caballos que había entrado gente de refuerzo en el castillo. Cundió de boca en boca la fatal nueva, y con esta la alarma y el espanto. Pensó el pueblo ver ya sobre sí las lanzas cristianas, empezaron á llorar los hijos en el regazo de sus madres, las mujeres á los piés de sus maridos; y como si sintieran que se estremecía la tierra, todos abandonaron precipitadamente la ciudad, dejando solo en ella á un anciano desvalido y enfermo que no encontró quien le tendiera una mano protectora. No favoreció poco á los cristianos el suceso: bajaron al saberlo á la ciudad, cargaron con cuantas vituallas y armas encontraron, y se recogieron otra vez al Alcázar, ya seguros de que no deberían abandonarlo por mucho que tardase en socorrerles San Fernando.

Vòlvieron á poco los moros sabedores ya del engaño, y les pusieron de nuevo cerco y les combatieron con mayor ahínco; pero fueron infructuosos sus esfuerzos. No hallaron en todos sus desesperados ataques sino la ignominia y la muerte, y debieron sucumbir al fin á la fuerza de su destino. Auxilió San Fernando á los de la plaza con quinientos infantes al mando de D. Lope Díaz de Haro; y apenas se reunieron estos con los sitiados, cuando invadiendo todos la ciudad, cayeron con tal ímpetu sobre ellos, que los arrollaron y les obligaron á ponerse en fuga. Quedaron los cristianos dueños de la ciudad, la pasaron á degüello, y ya ebrios de venganza, llegaron á cometer la barbarie de pasar por el filo de sus espadas á las mujeres y los niños (1).

(1) Acaeció este hecho, según las crónicas andaluzas, en el día 30 de Noviem-

Con esta terrible caída de Baeza aterróse toda la comarca. Perdieron los moros toda esperanza, y no se osaba siquiera desplegar los labios para manifestar el odio y el horror que se sentía. Les parecía ver encadenada la victoria á las banderas de San Fernando, y empezaban á creer que era temeridad llamar contra sí el furor de sus ejércitos. Hallábanse, además, en mal estado: estaba todo el imperio desgarrado por las guerras civiles. Cid-Abu-el-Ola acababa de rebelarse contra su hermano El-Adhel, y se iban preparando escenas muy sangrientas. No se podía ya pensar en reunir para detener al coloso ejércitos como los que vieron las orillas del Guadiana y la llanura de Alarcos contra el poder de Alfonso el Batallador y Alfonso VIII.

Nada podían ni pudieron hacer por mucho tiempo contra los cristianos. Abu-el-Ola fué luégo proclamado, y asesinado El-Adhel su hermano; mas ¿cupo ni cabía al nuevo emir poner un dique á las rebeliones que mantenían en continua agitación el imperio? No había aún recibido el juramento de fidelidad que le enviaron los almohades de Marruecos, cuando estos le habían ya depuesto y conferido á Yahyah-ben-el-Nasr el emirato. Combatió con Yahya y le venció: se vengó cruelmente de los que se habían declarado contra él, llenó de cabezas las almenas de su corte, abolió el consejo de los jeques, siempre dispuesto á mudar de jefe y alzar la mano en resucitar discordias y guerras fratricidas; pero no logró tranquilizar ese reino de Andalucía, donde estaban hirviendo los partidos y brotando sin cesar hombres que codiciaban la corona. Levantóse á poco de vencido Yahyah-Abu-Abdala-ben-Hud, uno de los más gallardos des-

---

bre de 1227 en que celebra la Iglesia la fiesta de San Andrés. Hay para creerlo así una razón bastante satisfactoria. Pegado al fuero de Baeza, según dice Jimena, había un Kalendario de Jueces en cuyas primeras líneas se leía que en 1228 era juez de la ciudad Muño de Priego (JIM. *Anales del reino de Jaén*, pág. 128). Cuando menos, hemos de suponer que no pudo tener lugar la conquista más acá del 1228. La crónica y la tradición están por otra parte acordes en que lo tuvo en el día ya mentado. (V. el capítulo sobre Baeza.)

cendientes de los antiguos emires de Zaragoza, y le hizo mientras vivió una guerra á muerte.

Era ben-Hud resuelto y audaz; y apenas se vió proclamado por los suyos en Escariantes, lugar fragoso de la Alpujarra sito entre Berja y Urjijar, no perdonó medio para hacerse parciales y encender en su favor el ánimo de la muchedumbre. Empezó á hablar contra los almohades, los llamó á voz en grito herejes, y suponiendo profanadas por ellos las mezquitas, las mandó purificar con lustraciones y otras ceremonias religiosas. Recordó al pueblo las vejaciones que por ellos sufría, se ofreció á vengarlas, prometió librarle de la rapacidad y tiranía de los walíes, abolir todos los tributos arbitrarios, no imponerle sino los que estaban prescritos por las leyes. Lamentó en público la desgraciada ruina de sus antecesores, y en señal de quebranto y desconsuelo vistió é hizo vestir de luto á la nobleza. Llevó desde entonces negro el albornoz y negro el estandarte que le precedía. Conocía al pueblo, y le hablaba á los ojos y al corazón para arrastrarle mejor tras el carro de su fortuna (1).

Y lo alcanzó. Organizó en breve un ejército, puso en movimiento todo el país, y no tardó en poder arrostrar frente á

(1) «In diebus hujus regis Fernandi, dice el Arzobispo, surrexit quidam nomine Abenhut in castro Rechoc in territorio murciense et cœpit contra almohades rebellare qui cismarinos arabes adeo crudeli dominio opprimebant: quod de facili Abenhuti proposito consenserunt, et obtenta Murcia et finitimis oppidis et castellanis omnes almohades quos habere potuit capite detruncavit, et omnes mezquitas presentia Almohadum judicans inquinatas aspersione aquæ fecit á suis sacerdotibus expiari et armorum suorum insignia fecit nigra quæ in bellis et alibi perferebat quasi luctu persignans excidium gentis suæ; et in modico tempore obtinuit Wandaliam Hispanorum præter Valentiam et confinia in quibus Zaen de genere regio rebellavit. Erat autem Abenhut de genere Abolraget olim regis Cæsaraugustæ; et cum fere monarchus in cismarina Wandalia haberetur, audatia, largitate, justitia, veritate prout gentis ejus infidelitas seu vessutia tolerat prominebat. Sic à quodam suorum qui Abenroman dicitur invitatus ad epulas et delitias familiares quas gentis illius colit voluptas factione hospitis et vasalli occiditur in conclavi apud præsidium Almariæ.» *(De reb. hisp.)* Nada refiere aquí D. Rodrigo que no esté enteramente conforme con lo que de este moro audaz cuentan los escritores árabes y vamos á referir nosotros: tanta exactitud dice mucho en favor de tan célebre Arzobispo, uno de los historiadores de más claro ingenio que ha tenido España.

frente la cólera y el poder de Abu-el-Ola. Abu-el Ola, que había partido á Marruecos después de la derrota de Yahya, volvió á España para contrarrestarle y abatirle; mas no pudo ya, á pesar de haber venido con huestes numerosas y haber ante todo sentado treguas con el Rey cristiano. Encontráronse los dos en la campiña de Tarifa, y después de dos días de una de las luchas más sangrientas, se declaró la victoria por ben-Hud, que hizo morder el polvo de la tierra á los dos más bravos generales enemigos. Fué esto un golpe terrible para los almohades: creció el partido de ben-Hud, y lleno éste de la mayor osadía, se decidió á arrojarse sobre el reino de Murcia, que conquistó mientras entraba de nuevo en Andalucía San Fernando.

Apreció San Fernando en su debido valor la coyuntura que para extender sus dominios le ofrecían estas discordias; y concluído ya el plazo de las treguas concedidas á El-Ola, abrió su sexta campaña á principios de 1230. Dobló el Puerto y fué directamente sobre Jaén, á la que consideraba como una de las llaves del reino de Granada; pero no fué más afortunado en este que en el otro sitio. Llevó consigo gran número de ingenios y máquinas de guerra con que por muchos días atormentó sin descanso á la ciudad, taló otra vez la tierra, estrechó cuanto pudo el cerco; pero convencido al fin de la inutilidad de sus esfuerzos, y previo el consejo de sus Ricos-Hombres, creyó deber levantar los reales y retrocedió á Castilla, en cuyo camino supo la muerte del Rey de León su padre (1). No tuvo tanta suerte como ben-Hud, que no sólo logró coronarse emir en Murcia, sino que volvió á derrotar el partido de Abu-el-Ola, pasó dentro de poco á Granada, la ganó auxiliado por los habitantes que se sublevaron contra los almohades, y recibió allí el

(1) «Post hæc iterum obsedit Giennum et machinis validis impugnavit; sed videns quod civitas tanta fortitudine preminebat, quod non posset humano ingenio expugnari, habito magnatum suorum concilio inde recessit; et cum Abdasalfertiam pervenisset, rumor advenit patrem suum ab hoc sæculo decesisse.» *(De reb. hisp.)*

BIBLIOTECA CANOVAS DEL CASTILLO Diputación Provincial MALAGA

homenaje de los alcaides del país, ya todo suyo exceptuando el partido de Almuñecar, donde residía aún Yahyah con el resto de sus tropas.

No emprendió San Fernando otra expedición hasta el año 1234 (1); mas no por esto dejaron de hacer algaradas los cristianos por el suelo de las provincias que estamos historiando, y siguieron siendo el principal teatro de la guerra para los castellanos y los árabes. Invadieron del 1231 al 1232 el territorio de Cazorla, ocuparon muchos fuertes, y según las mismas crónicas árabes, llegaron á tomar á Castalla, de la que fueron pronto rechazados. Vivían así los pueblos de estas provincias continuamente en lucha. Tenían al Norte á los cristianos, que los asolaban con sus frecuentes incursiones; tenían agitado el Mediodía por toda clase de pasiones, y no podían esperar socorro de nadie sin vender antes á un partido su sangre y la sangre de sus hijos. Pasaban de una en otra mano, y se veían obligados á inclinarse humildemente ante los que más protegía la suerte de las armas.

Crecieron los infortunios, y se complicaron aún mucho más los sucesos después de la muerte de Abu-el-Ola, acaecida en 1232. Yahya-ben-el-Nasr presentó nuevamente sus derechos al emirato y volvió á tomar las armas. Ben-Hud, que contaba ya con un partido poderoso, redobló sus esfuerzos y no quiso reconocer á Yahya. Entró éste en Arjona con crecido ejército, concentró allí todas sus fuerzas, las entregó á su sobrino Mohamed-el-Ahmar, en quien creían ver los árabes al heredero

(1) La muerte del rey de León, su padre, fué la principal causa de esta larga suspensión de armas. Había éste nombrado en testamento herederas de su reino á sus hijas D.ª Sancha y D.ª Dulcia, habidas en su primera mujer Teresa; y apenas murió, dividióse León en dos bandos que pretendían encumbrar al trono, el uno á las infantas y el otro á San Fernando. No ocasionó esto guerra alguna, pues desde que San Fernando llegó á León reunió las dos coronas en sus sienes, y los pueblos se fueron allanando á lo hecho sin que fuera necesario derramar una sola gota de sangre; pero dió motivo á negociaciones y complicaciones que exigieron por dos años la presencia y los cuidados del nuevo sucesor del reino. No estuvo San Fernando enteramente libre de tales negocios hasta el 1233.

de Almanzor el Grande, y le mandó abrir en continente la campaña (1). No fió Yahya á mal caudillo sus pretensiones al solio almohade, porque cayó El-Ahmar al frente de su caballería sobre Jaén y la tomó en el mismo año por asalto. Mas nada adelantó; partió al África para combatir á Raschid, hijo de Abu-el-Ola, y fué cuatro años después asesinado. Su sobrino, sucesor de su derecho y de sus deseos de venganza, pudo más que él: no conquistó el imperio almohade, pero supo reunir los restos del antiguo califato y fundar el reino de Granada.

En tanto los cristianos, favorecidos por estas mismas discordias, iban adelantando sin cesar en sus conquistas. Quesada gemía otra vez bajo el yugo de los infieles; y el intrépido arzobispo de Toledo, á quien la cedió San Fernando en recompensa de lo mucho que hizo por la paz del reino de León, apenas vió asomar la primavera del año 1233, cuando reunido el ejército y otra mucha gente de armas fué á tomarla, la ganó y sentó en ella su cuartel de guerra. Dominaba desde allí Don Rodrigo todo el Adelantamiento de Cazorla, y no pasaba casi día sin llevar la espada contra alguno de los muchos castillos y lugares que coronaban las cumbres de toda la comarca. Fué conquistando sucesivamente Pilos, Toya, Torres del Lago, Higuera, Liruela, Dos Hermanas, Villamontín, Araismo, Fuente Julián y otras fortalezas; taló la Vega y tomó al fin á la misma Cazorla, último objeto de sus votos y de sus esperanzas. Debía á menudo dejar esta guerra para pasar á la corte de San Fernando, donde le llamaban los negocios graves del Estado; pero volvía siempre á ella con el mismo deseo de llevarla á cabo, y no perdonaba medio para poner lo ya sujeto por sus armas á cubierto de nuevas invasiones. En 1243 conservaba aún bajo su

(1) He aquí cómo habla de este joven El-Ahmar el arzobispo D. Rodrigo al mentarle por primera vez: «... invaluit arabs quidam dictus Mahomet Abenalagmar qui paulo ante boum et aretra sequebatur.» *(De reb., hisp.* l. c.) ¿Fueron tan humildes los principios de este ilustre príncipe? Tocaremos esta cuestión en otro capítulo.

poder todo lo que había conquistado en el Adelantamiento (1).

Siguió luégo San Fernando la serie de campañas interrumpida en 1230 por su advenimiento al trono de su padre Don Alfonso; y apenas pueden los escritores árabes de aquellos tiempos contar sin conmoverse las desventuras que sobre ellos pesaron y las ricas joyas que perdieron. El-Ahmar ganó en 1234 las ciudades de Loja y Alhama y toda la sierra de este nombre; pero en cambio tuvo que humillarse ante las banderas cristianas Úbeda, que albergaba millares de combatientes dentro de sus muros y torreones. Estaba bien defendida y pertrechada y podía resistir un largo sitio; mas fueron tales los ataques que recibió, que llena de espanto no tuvo ya aliento para pedir la libertad, pidió la vida (2). Iznatorafe y San Esteban, ocupadas de nuevo por los moros, volvieron en 1235 á ver enarbolado el pendón de la cruz en sus almenas (3), y

(1) «Tunc rex Fernandus dedit Caseatam jure hæreditario Roderico archiepiscopo toletano, quæ tamen jam aliquantulum reparata à sarracenis incolis tenebatur. Sic Rodericus, evolutis à donatione tribus mensibus, exercitu congregato ivit Caseatam cum multitudine armatorum et expulsis mauris qui ruinas oppidi reparabant, illud retinuit, et ad honorem regis qui illud dederat Ecclesiæ Toletanæ custodivit hactenus et custodit cum aliis castris scilicet: Pilos, Toyam, Lacra, Agosmo, Fonte Juliani, Turribus-Dela, cum Ficu, Alaulula, Areola, Duobus-Germanis, Villa-Montini, Nubila et Castorla, Concha et Chelis.» *(De reb. hisp.* l. c.) Gastó sobre ocho años el arzobispo en la conquista de estos lugares: por el Kalendario de Jueces de Baeza, Kalendario del que sacó muchas noticias Jimena, sabemos que no ganó Cazorla hasta el 1240. En 1240—decía este documento—era juez de Baeza «D. Bernardino, hermano de D. Yague, quando fué presa Cazorla.» (Véase á Jimena, *Anales Eclesiásticos del Obispado de Jaén*, página 139.) ¿Dónde existirá ahora ese Kalendario? Hemos examinado escrupulosamente el archivo de Baeza, y no hemos dado ni con él ni con el Fuero con el que, según Jimena, estaba unido. Sería lástima que hubiese desaparecido, porque era un documento importantísimo. Estaban consignados en él los principales hechos de la conquista de Andalucía y aun de la de Murcia, y consignados con una exactitud en las fechas nada común en los manuscritos de la época que vamos historiando. Nos apoyaremos muchas veces en él para terminar la relación de estas campañas de San Fernando.

(2) «Post hæc iterum rex Fernandus obsedit Ubetam, oppidum populosum bellatoribus et munitione magna tutatum; sed adeo fortiter impugnavit, ut conclusi, salvis corporibus oppidum resignarent et tunc rex, oppido acquisito, ad urbem regiam est reversus æra millesima ducentesima septuagesima secunda.» *(De reb. hisp.* l. c.)

(3) Consta esto por el ya citado Kalendario de Jueces: 1235. D. Diego el Al-

en 1236 Córdoba, la ciudad de las ciudades de Andalucía, la brillante corte de los Ommiades, la segunda ciudad santa del vasto Imperio del Profeta, tuvo que doblar la rodilla ante el héroe cristiano, y ver envueltas en nubes de incienso las columnas de su mezquita, y sentir cómo se estremecían al sonido de nuestros cánticos sagrados las doradas techumbres de tan rico templo. Córdoba no era ya sino su sombra; pero estaban vinculados en ella los más grandes recuerdos de los árabes; y apagó en su caída muchas esperanzas y arrancó lágrimas de todos los buenos musulmanes (1).

No bastó, empero, tan fatal ejemplo para restablecer la paz y la unión entre los que habían logrado crearse un partido en las provincias granadinas. Siguieron ben-Hud y El-Ahmar con las mismas pretensiones; opúsose la perfidia á la fuerza, y á poco se rasgó aún en más pedazos que antes el manto del Imperio de los Abdelrhamanes. Ben-Hud se había dirigido á Córdoba para socorrerla; mas, temiendo el número y el valor de sus enemigos y llamado por Zeyán, emir de Valencia, que veía ya sobre sí la espada poderosa de Jaime de Aragón, se dirigió á largas jornadas á este último reino con el afán de ensanchar sus dominios. El-Ahmar, llevado sólo de su ambición personal, no pensó tampoco más que en extender su poder á Guadix y Baza, plazas que hizo suyas antes de que supieran los demás la muerte de su tío; y dejaron así los dos abandonada su patria á su destino. Mas pagó caro ben-Hud este abandono. Llegó á Almería, y Abdelrhamán que la gobernaba le hospedó en su alcázar. Tratóle éste con afabilidad y hasta con respeto, le agasajó con brillantes fiestas y un espléndido banquete, y cuando apenas estaba apagado el rumor de los brindis, él, que

---

guacil quando fueron presas Santistevan et Aznatoraph. (*Ann. Eccles. de Jaén*, página 137.)

(1) El-Makkarí, después de la toma de Sevilla por el mismo San Fernando, escribió un bello poema elegiaco que ha traducido y publicado Romey. En él leemos: «¿Dónde se halla Córdoba, mansión de los ingenios? ¿dónde están aquellos sabios que moraron en su regazo?» (Romey, tomo III, cap. 8.)

había fingido ser su mayor amigo, le hizo ahogar en la cama en medio de la oscuridad y el silencio de la noche.

Alzáronse muchos reyes en Andalucía tras la muerte de ben-Hud; pero logró prevalecer sobre todos El-Ahmar, cuyas dotes le iban haciendo prosélitos ardientes (1). El pérfido Abdelrhamán, deseoso de alcanzar su amistad, hizo que se declararan por él todas las tribus de Almería; el walí de Jaén, que le amaba de corazón, trabajó cuánto pudo para que se le abrieran las puertas de la ciudad de Granada, que no tardó en aclamarle con entusiasmo como si previera ya los días de gloria y de grandeza que habían de lucir para ella bajo su reinado; la fama se encargó de ir repitiendo de gente en gente su dulzura en gobernar y su ardor en los campos de batalla; y en breve no hubo pueblo que no le reconociera por emir y no viera destellar de su frente el último rayo de esperanza para los creyentes. Prestóle obediencia todo el reino de Granada, constituído casi por toda la Andalucía menos por las comarcas de Sevilla, Niebla y los Algarbes. Era verdaderamente hombre de genio y quizá el único que podía arrancar del borde del sepulcro aquel imperio exánime; sin él hubiera sido difícil impedir que San Fernando llegase á hacer flotar sus banderas en las torres cuyo pié bañaban las olas del Mediterráneo. Se requería no sólo valor sino prudencia para detener la marcha osada del monarca cristiano; y brillaban afortunadamente en él entrambas prendas. Ni temía blandir la lanza, ni dudaba en humillar la espada cuando se lo aconsejaba la salud del Reino: el pueblo era el único objeto de sus miras; y como por él sabía levantar la mano contra sus enemigos, sabía por él imponer silencio á sus pasiones. No en vano fueron á buscar su apoyo los musulmanes: correspondió cumplidamente á la confianza que de él hicieron.

¿Podía, sin embargo, El-Ahmar contrarrestar de repente á

(1) «Post interitum Abenhuti Wandalia Cismarina in plures regulos est divisa et ab almohadibus separata quod christianorum proposito utile invenitur.» *(De reb. hisp.)*

los cristianos, acostumbrados á no encontrar obstáculo que no vencieran con sus armas? Crear una nacionalidad, organizar un reino con pueblos desgarrados durante muchos años por las discordias más sangrientas, no es empresa fácil ni de corto tiempo; y era preciso organizarlo antes de levantar contra los soldados de la cruz los abatidos estandartes del Profeta. Puso por de pronto en estado de defensa sus fronteras, á las que mandó numerosos cuerpos de zegríes, y creó un pequeño ejército permanente; pero no pudo pensar aún en arrostrar ni en detener por medio de la fuerza á San Fernando. Prosiguió éste sus conquistas con el mismo éxito que antes, y tuvo que verle El-Ahmar sobre dos pueblos importantes de su reino sin poder rechazarle.

Fué proclamado El-Ahmar en Granada á 15 de Mayo de 1238, y corría aún este mismo año, cuando Martín Ruiz, elegido maestre de Calatrava, salió de Martos con sus mejores caballeros y ganó espada en mano los castillos de Locubín y de Susana. En 1239 seguía todavía el arzobispo de Toledo peleando en el territorio de Cazorla, cuya capital tomó en el año siguiente; en 1240, muerto el Adelantado de la frontera D. Alvar Pérez de Castro, entró el mismo Rey acompañado de sus hijos D. Alfonso y D. Fernando, y sin dar tregua á su espada, se apoderó de Porcuna, Lopera, Alcaudete, Alhendín y otros muchos castillos y villas, gran parte de las cuales se le entregó deseando evitar la suerte de las que fueron tomadas por asalto. Llevaba el Rey consigo á muchos frailes de Calatrava; y era de poca monta para caballeros tan esforzados la toma de todos estos lugares, que junto con la villa de Martos, les fueron dados aquel mismo año en patrimonio (1). Pero no

(1) Flórez en su *España Sagrada* ha publicado la carta de donación correspondiente, fecha á 8 de Diciembre de la era 1266 (1240), y de ella tomamos los párrafos que siguen: «Dono itaque vobis, dice San Fernando, illud castrum quod dicitur Martos cum domibus, terris cultis et incultis, vineis, montibus, rivis, fontibus, aquis, pratis, pascuis et cum omnibus terminis, directuris, pertinentiis suis quas nunc habet vel habere debet mandans ad præsens ut defendatis terminos

eran estas algaradas sino el preludio de una de las campañas más grandiosas. Tenía el Rey fija la vista en Jaén, que por dos veces había resistido á sus ejércitos; y no se cansaba nunca de volver frente los muros de esta ciudad, aunque no fuese más que para atormentarla y asolar la tierra.

Fué de nuevo contra ella en 1242, y no contento ya con talar campos y viñedos, rompió puentes, derribó torres, destruyó molinos, y la hizo llorar lágrimas de dolor y de amargura (1). Volvió con ánimo de combatirla en 1244; pero no fué Jaén en esta campaña su primera víctima. Su hermano D. Alfonso de León había entrado antes que él en el reino de Granada, y habiéndose atrevido á bajar hasta la Vega, acababa de ser derrotado por El-Ahmar, que había salido contra él con algunos infantes y hasta tres mil caballos; y entraba esta vez el rey en campaña principalmente para vengar esta derrota y sosegar los ánimos algo turbados por esta victoria del nuevo monarca granadino. Taló primero los alrededores de muchos pueblos; y estando en el campo de Alcaudete, villa que había vuelto á caer en poder del enemigo, envió contra Arjona á D. Gonzalo Núñez de Lara y á D. Rodrigo, hijo de la condesa, con la mayor parte de su ejército. Ordenóles que la cercaran y la combatieran sin demora; y no habían aún estos empezado á ofenderla, cuando presentándose en los reales, la dió tan recios ataques que la obligó á rendirse y admitir las condiciones que la impuso. No paró mucho

---

suos quoscumque defendere et manutenere poteritis; et cum divina clementia Jaem et Arjonam per manus vestras cultui reddiderit christiano cum illis terminis prout habuit sarracenorum tempore dividatis.—Præterea do vobis Porcunam et Bivoras cum omnibus terminis pertinentiis et directuriis suis quas cum vicinis villis habent vel habere debent cum Dominus eas vobis dederit possidendas misericorditer...» (FLÓREZ, *Esp. Sag.*, tomo XII, trat. 40, cap. últ.) Hemos copiado estos párrafos por ser ellos el único apoyo que tienen algunas de las noticias anteriores, sacadas de los *Anales Eclesiásticos de Jimena*, pág. 140.

(1) En el Kalendario de Jueces ya citado se leía que en este año (1242) era juez de Baeza «D. Pedro Martin de Benavente, quando puentes et turres et moledini fueron destructas.» ¿De qué torres y puentes hablaba aquí el Kalendario? Forzosamente había de estar este más explícito; de otro modo ¿cómo hubiera podido Jimena citarlo en confirmación de la noticia que da él sobre la tala de Jaén y nosotros continuamos en el texto?

en Arjona: salió á los dos días, tomó á Pegalajar, La Guardia, Cazalla y otros muchos lugares (1); destacó contra Granada á su hermano D. Alfonso y á Sancho Martínez de Xodar con los concejos de Quesada, Úbeda y Baeza, se fué á Andújar, donde estaba á la sazón su esposa D.ª Juana, partió con ella á Córdoba, pasó luégo á reunirse con su hermano, taló la Vega, peleó con los moros de El-Ahmar, y logró al fin reparar la derrota de D. Alfonso metiéndolos por las puertas de Granada. No satisfecho aún, pretendía acometer la ciudad; pero no se lo consintió la noticia de que unos moros, llamados Gazules, estaban sobre Martos. Disparóse como un rayo sobre esta villa, llave principal de la frontera, y bastó el ruido de sus pasos para que fuera levantado el cerco.

Cerró San Fernando la campaña de aquel año no sin haber asolado como de costumbre las cercanías de Jaén, é invernó en Córdoba. Sabedor en 1245 de que El-Ahmar estaba mandando á Jaén sobre mil quinientas caballerías cargadas de vituallas, no supo estar por más tiempo en la ciudad, y volviendo á coger las armas, corrió á atajarlas el paso en pos de D. Alfonso. No pudo alcanzarlas á pesar de su energía; pero se les adelantó, y los que las acompañaban se vieron obligados á retroceder seguros de que iban á quedar ó muertos ó cautivos. Regresó después á Córdoba, pasó de allí á Pozuelo, donde vió por última vez á doña Berenguela su madre, y al bajar de nuevo á Andalucía, tardó poco en empezar su penúltima campaña. Reunióse con su ejército en Andújar, y cayó de pronto sobre Jaén. Cortó países, huertas y viñas; fuése para Alcalá la Real, taló sus alrededores y apresó gran número de enemigos; se presentó frente de

(1) Los Anales Toledanos segundos ponen la toma de Arjona, Cazalla y otros castillos en 1246: «El rey D. Ferrando prisó Arjona é Castalla é otros castiellos muchos era MCCLXXXIV.» En el mismo año y con posterioridad á la toma de aquellos lugares ponen la de Jaén: ¿es esto siquiera probable? Habría de haberse verificado la de Arjona y demás plazas entre Enero y Abril, y es fácil calcular que en este tiempo el cerco de Jaén bastaba para ocupar toda la atención de San Fernando. He aquí por qué hemos preferido seguir en este punto el Kalendario de Jueces de Baeza que la ponía en 1244. (Jim., *Anal. Eccles. de Jaén*, pág. 148.)

llora, tomó el arrabal á punta de espada, forzó la villa, la quemó, y mató y cautivó sus moradores; entró otra vez en la Vega, devastó cuanto pudo, y pasó á Martos lleno de laureles y de despojos. Recibió en esta villa al maestre D. Pelay Pérez Correa, uno de los caballeros más esforzados de aquella época, y el que más contribuyó á las victorias del infante D. Alfonso en el reino de Murcia; tomó de él consejo; y viendo que coincidía con sus deseos la opinión de tan ilustre guerrero, no dudó ya en emprender la conquista definitiva de Jaén, esa ciudad tantas veces talada y tantas veces combatida. Distribuyó en torno de ella sus ricos-hombres y sus concejos, sitióla tan estrechamente como se lo permitió la situación de la plaza y el valor de los que la defendían, y mandó que la tuvieran sin tregua en alarma y sobresalto. Considerando que aún no daban estas medidas los resultados que esperaba, pasó personalmente al sitio, y armado de valor y de energía, juró permanecer allí hasta entrar por las puertas de Jaén ó sobre sus escombros. Le alcanzó en esta empresa el invierno; mas no por esto volvió atrás un paso. Ni la intensidad del frío, ni las lluvias que cubrieron en aquel año los campos é hicieron saltar á los ríos y á los arroyos fuera de sus antiguos cauces, ni la pérdida continua de gentes y caballos, muertos unos por los fríos, otros por los hierros enemigos, ni la escasez, que llegó á ser mucha en los reales, ni el cansancio de la pelea, ni la larga resistencia de los cercados, nada pudo hacer torcer de su propósito al rey, que dotado á la sazón de una voluntad incontrastable, pasaba en vela noche y día, y apenas descansaba, y sufría con placer toda suerte de fatigas, y sentía crecer su constancia á cada obstáculo que encontraba, y llegó al Abril del 1246 sin que hubiesen podido hacer mella en él ni los rigores de la estación ni los trabajos ni los peligros de tan dilatado sitio.

Mohamed-El-Ahmar no permaneció entre tanto impasible; pero nada pudo contra San Fernando. Le alcanzó en Hisn-Bolullos, á cuatro leguas de Granada, y le contrarrestó al princi-

pio con grande esfuerzo; mas seguido de gente bisoña y cobarde, tuvo que ver al fin desbandado su ejército y completamente derrotada su caballería. Conoció luégo que Jaén iba á caer en manos del cristiano, que ya no era posible salvar la ciudad combatida por un rey que se había atrevido á pasar todo un invierno delante de sus muros, que era preciso pensar no ya en salvar á Jaén, sino en salvar al reino, y lejos de aventurar su honor en nuevas batallas y gastar sus fuerzas en luchas estériles, trató de ir á presentarse al rey y declararse su vasallo. Salió solo de Granada, llegó al campamento cristiano, se hizo acompañar á la tienda de San Fernando, y lleno de la dignidad que suele dar hasta en los actos más humildes la nobleza del objeto á que el hombre se dirige y la importancia de los sucesos que le obligan á inclinarse ante el más poderoso, le manifestó el objeto de su viaje, le entregó su persona y sus estados, y le besó la mano. Quería á toda costa la paz, y á fin de alcanzarla no sólo sacrificó su orgullo, sino que se ofreció á servir al rey con cierto número de caballos, pagarle un tributo anual de ciento cincuenta miktales de oro, y entregarle la ciudad de Jaén por fianza del tratado. Conoció cuán duras y gravosas obligaciones se imponía; mas ¿podía dejar de aceptarlas no viendo medio alguno entre ellas y la ruina inevitable de su reino? Si estando Jaén en su poder era ya la Vega y aun la ciudad de Granada uno de los campos de batalla más concurridos por los cristianos, ¿hubiera podido El-Ahmar, perdida Jaén, vivir tranquilo ni aun dentro de los muros de su corte? Las armas dirigidas ocho meses después contra Sevilla se habrían vuelto tal vez contra él y habrían acabado con la monarquía y el monarca. Eran aún débiles los vínculos que unían á sus pueblos, bastante poderosas las rivalidades, escaso el ejército, poco fuerte la capital que distaba de contar los sólidos muros y la numerosa población que años después constituyó su fuerza; tenía por otra parte el enemigo en su favor el mayor número de soldados, la mayor estabilidad del trono en que le habían sentado sus abue-

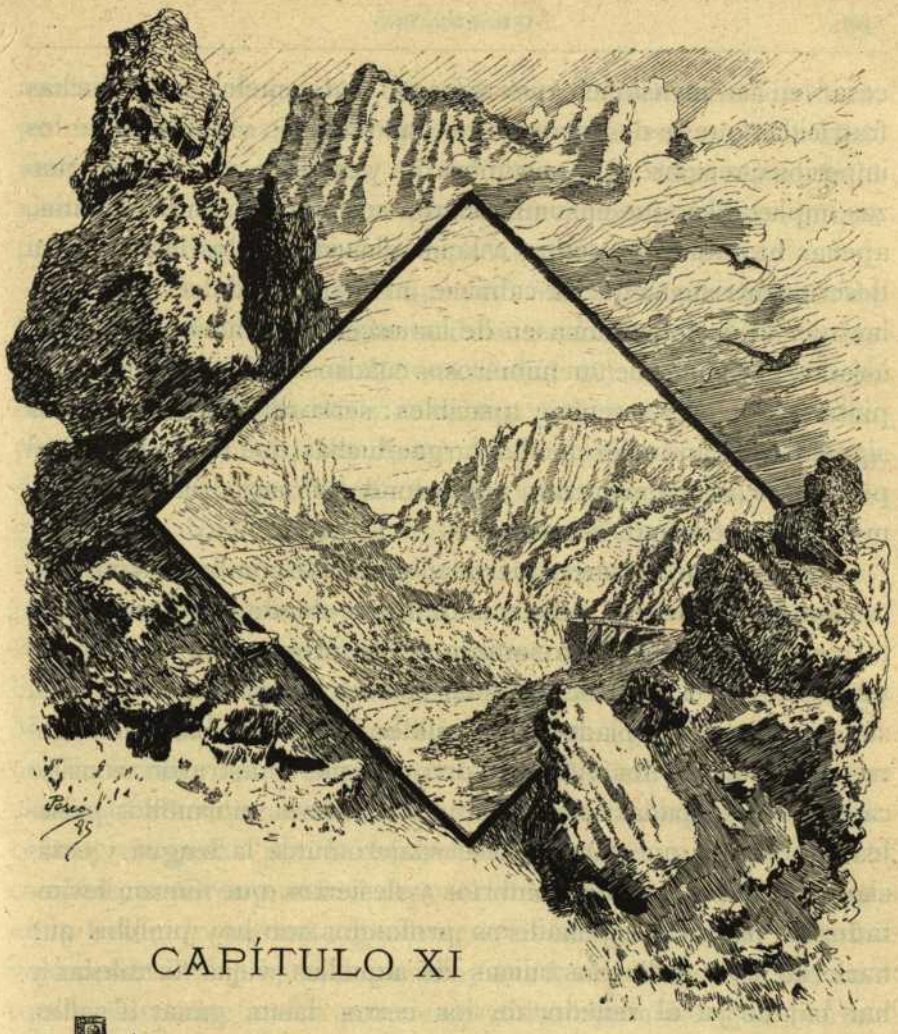
los, el prestigio que da el valor y sobre todo la victoria, la actitud poco enérgica de los mismos árabes, aterrados por el estruendo de sus ruidosas correrías: si proseguía la lucha no era dudoso el éxito: El-Ahmar debía caer al fin á los piés de San Fernando. Para sostener por algún tiempo más su dignidad é independencia ¿debía poner así en riesgo no sólo su vida, sino también la de su pueblo?

Duras y de graves consecuencias eran á la verdad las condiciones á que El-Ahmar se sujetaba: feudatario de un rey cristiano, se exponía á deber desnudar la espada contra los mismos que creían en el Profeta y á contribuir á la ruina de los demás estados árabes de Andalucía; podía con esto hacerse como Mohamed de Baeza objeto de odio y de venganza para sus vasallos y ser al fin víctima del puñal de un asesino; hacía por de pronto que se entibiase para con él el afecto de la muchedumbre arrogante y fiera hasta al mismo pié de la tumba; pero debía arrostrarlo todo y lo arrostró, y San Fernando, lejos de recibir con desprecio ni aun con indiferencia al que tan modestamente se ofrecía á ser su vasallo, le abrazó, le llamó su amigo, le otorgó la paz y le dejó con libertad para que gobernara como se lo aconsejasen la razón y la prudencia el reino de Granada. Admiróle desde un principio San Fernando por la gallardía con que solo se presentó en sus reales; y al oirle no pudo admirarle menos por la grandeza de alma con que, obedeciendo á la ley de la necesidad, proponía para un tratado de paz condiciones que él quizás no se hubiera atrevido á exigir aun viendo declarada en favor suyo la victoria.

Estipulado y firmado ya el convenio, entró el rey cristiano en Jaén á mediados de Abril del mismo año 1246 (1) mientras El-Ahmar regresaba á su corte acompañado del walí Abu-Omar-

(1) «El rey D. Ferrando prisó Jahen mediado abril era MCCLXXXIV.» (Ann. Toled. segundos.) «Era MCCLXXXIV en el mes de marzo prisó Jahen el rey D. Fernando é su fijo el infante D. Alfonso.» (Cronicón de Cardeña.) Ambos documentos ponen la toma de esta ciudad en el mismo año, aunque no en el mismo mes.

Ali-ben-Muza, á quien confió el mando de su caballería. No volvió á empuñar la lanza contra estas provincias granadinas; pero llevó poco después la guerra contra el reino de Sevilla, cuya capital fué su última conquista y recogió después de cuatro años de tomada su cadáver.



CAPÍTULO XI

Descripción de los lugares conquistados por San Fernando en las provincias granadinas. Andújar, Arjonilla, Arjona, Martos

Con la muerte de San Fernando termina el primer período de la conquista de estas provincias; y es fuerza ya que demos tregua á la pintura de batallas y de asaltos. Hasta ahora sólo ha brotado sangre nuestra pluma; ocupada sin

cesar en las invasiones que agitaron este suelo, en las luchas fratricidas que lo desgarraron, en las terribles vicisitudes de los imperios que sobre él se encumbraron y cayeron, y en las venganzas implacables que ensombrecieron sus antiguos monumentos, apenas ha podido presentar á la imaginación de los lectores una descripción risueña que la calmase, ni imágenes dulces y tranquilas que la desimpresionasen de las escenas de horror á que ha asistido. Después de tan numerosos cuadros de batallas conviene pintar otros más serenos y apacibles; sería difícil que nadie nos siguiera sin cansancio por las largas luchas que nos quedan aún por referir si no encontrara antes donde refrescar sus sentidos y moderar su exaltada fantasía.

Campos que entonces fueron el teatro de combates sangrientos son hoy praderas cubiertas de flores donde el pastor canta tal vez lo pasado bajo la sombra de los árboles; montes en cuyas cumbres estuvieron sentadas tiendas de príncipes y reyes, son hoy alturas pobladas de humildes aldeas que blanquean entre el verdor de los viñedos; arroyos que arrastraron consigo cadáveres y espadas animan hoy con suaves murmullos paisajes pintorescos que contempla el viajero muda la lengua y extasiada el alma; castillos sombríos y desiertos que fueron levantados al pié de despeñaderos profundos son hoy pueblos que nacieron ayer sobre las ruinas de aquellas viejas fortalezas y han bajado ya al rededor de los cerros hasta ganar el valle; ciudades populosas que oyeron sin estremecerse los clarines de millares de enemigos y resistieron al valor y al poder de los más intrépidos caudillos, yacen hoy entre escombros cubiertos de musgo, que aunque ya tan sólo animados por el balido de la oveja, el susurro de las fuentes y el rumor de los insectos, convidan al descanso y bañan en dulce melancolía el corazón del que los mira. Lo pasado y lo presente forma en todos estos lugares un agradable contraste; y es bello y poético recorrerlos meditando sobre los hechos ya consignados, aquí bajo frescas alamedas conmovidas por las auras, allí bajo el pajizo techo de

una aldea cuyo hogar levanta su humareda por entre los ramajes de los árboles, acullá bajo las ruinosas bóvedas de un alcázar cuyos dorados sillares va de día en día desmoronando el viento, más allá al margen de una corriente cristalina á la que prestan sombra el junco y la espadaña.

Bailén: la primera villa que pisó San Fernando después de haber removido con la planta de sus caballos el polvo de las Navas de Tolosa, fué un día una ciudad (1) ante cuyos muros combatieron cartagineses y romanos; y hoy no es ya sino un pueblo que sólo conserva de su antigüedad los informes restos de un castillo y una iglesia en que la degenerada ojiva del siglo XVI está bastardamente sentada sobre el capitel corintio. Es, sin embargo, el sepulcro de glorias imperecederas; y ya que no por la magnificencia de sus monumentos, impone é impondrá siempre por la grandeza de sus recuerdos. En las alturas que la circuyen, setenta mil cartagineses mandados por Asdrúbal y Magón fueron vencidos hace más de veinte siglos por las legiones de Roma: en su campiña, cubierta de olivares, no hace aún cincuenta años que acosadas por todas partes las águilas francesas y ahogadas por la humareda del cañón y el polvo del combate, tuvieron que ir á deponer sus ensangrentados laureles en la frente de nuestros generales. El rumor de esta victoria voló desde Bailén hasta las más apartadas naciones, y vióse entonces saludada la villa por cien pueblos oprimidos que vieron humillados en ella por primera vez ejércitos que habían hecho estremecer el suelo de vastos campos de batalla, y capitanes cubiertos de gloria, encanecidos en las largas guerras del Consulado y del Imperio (2).

---

(1) Se cree que Bailén fué antiguamente Bactula.

(2) Fueron grandes los resultados de esta batalla. Perdieron los franceses cuarenta piezas de artillería, y entre muertos, heridos y prisioneros, veinte y un mil soldados; José Bonaparte, que acababa de ser proclamado rey de España, huyó precipitadamente de la Corte; los que tenían cercada Zaragoza levantaron el sitio; los ejércitos que estaban distribuídos en varios puntos de la Península se recogieron más allá del Ebro; la Francia perdió en casi toda Europa gran parte del

Andújar, sita al mediodía de Bailén, al pié mismo de Sierra-Morena, en una frondosa llanura que bañan á mil doscientos pasos las claras aguas del Guadalquivir, fué también una de las primeras poblaciones conquistadas por Fernando el Santo: sirvió de cuartel á este rey y de palacio á la reina D.ª Juana, que permaneció en ella de paso para Córdoba; y no guarda tan sólo un monumento en que pueda verse reflejada la sombra de los héroes que por defenderla y combatirla desnudaron sus espadas. Cuando la tomó San Fernando, había sido ya dos veces conquistada por Alfonso VII, el bravo emperador que al través de una tierra toda enemiga pudo llevar hasta la misma corte del Califato su pendón de guerra; pero ni uno ni otro lograron dejar impresa su memoria en ningún templo ni castillo. Fué atacada en 1369 por las armas granadinas, dada en 1383 por Don Juan I al desgraciado rey de Armenia, León V, que fué al fin prisionero del Soldán de Egipto, unida en 1388 al señorío de Enrique III, declarada ciudad en 1487 por Enrique IV; pero no hay en toda ella ni una piedra en que ni el literato ni el artista puedan leer el nombre de estos príncipes. Sus más antiguas iglesias están ya envueltas en las vagas formas de la decadencia gótica; y el ojo del viajero no puede penetrar al través de sus arcadas ojivales más allá del siglo XV.

Si alguna piedra escrita ennegrece sus blancos muros, no habla ya de Andújar, habla de un pueblo que animó á dos leguas de la ciudad la orilla septentrional del Betis, habla de la antigua Iliturgis, hundida entre sus ruinas y cubierta de afrenta y sangre (1). Estaba situada Iliturgis el pié mismo del Guadal-

---

prestigio militar que tan justamente había adquirido con sus anteriores hechos de armas; España, por fin, aumentó el brío con que empezó una guerra en que tenía muchas menos probabilidades de ser vencedora que vencida. No sin razón nos acordamos aún de tan brillante jornada, á cuya memoria han consagrado sus inspiraciones las artes y la poesía.

(1) Terrones, en su *Vida de San Eufrasio y Origen y Antigüedades de Andújar*, publicó varias lápidas pertenecientes á esta ciudad, entre las cuales creemos digna de atención la siguiente, dedicada al emperador Séptimo Severo:

quivir, en el mismo lugar en que está hoy Santa Potenciana, donde además de los cimientos de unas murallas carcomidas y desgastadas por el agua, que se dilatan entre los ríos Escobar y Martín Gordo, se ven aún esparcidos acá y acullá entre zarzas y matorrales capiteles, sepulcros, y otros restos antiguos, que dejan entrever algunas de las armas de los que allí murieron víctimas de su traición y su heroísmo. Era, según Tito Livio, una de las ciudades más insignes por su grandeza: defendida por una peña escarpadísima y por un castillo, del que se conservan todavía grandiosos escombros, era demás casi inespugnable, y podía arrostrar sin temor la cólera de sus más poderosos enemigos. Pero quizá fueron estas cualidades las que originaron sus funestas vicisitudes y su completa ruina.

Era Iliturgis cartaginesa, y no tardó en hacerse aliada de los romanos después que los Scipiones vinieron á vengar en la Península las derrotas que sufrieran en Italia. Irritados Asdrúbal, Magón y Amílcar, movieron para ella el campo y la combatieron con todas sus fuerzas; pero nada pudieron contra sus nuevos contrarios, que abriéndose paso con la espada entre los tres campamentos, entraron vituallas en la ciudad, y trabaron con ellos en la llanura un combate sangriento, en que les

---

IMP. CAES. SEPTI
MIO. SEVERO. PIO.
PERTINACI. AUG.
ARABICO. ADIABENICO PONTIFE
MAXIMO. IMP. X. TRIB. POTEST.
VI. COS. II. PACATORI. ORBIS.
RESPUBLICA. ISTURGITANORUM.
D. D. D.

Hemos dicho que es digna de atención esta lápida, porque si bien se la examina, se observará que no es la ciudad ó municipio de Iliturgi, sino la república de Isturgi, la que dedicó este recuerdo á Severo. Terrones traduce las palabras *Respublica Isturgitanorum* por la república de los Iliturgitanos; mas es fácil ver cuán voluntaria y poco fundada es esta interpretación. Hay bastantes razones para creer que en los alrededores de Iliturgi hubo Isturgi é Ippasturgi; y cuando otras no hubiese bastaría á nuestro modo de ver esta inscripción para sospechar cuando menos que existió no lejos de la ciudad de que hablamos en el texto otra llamada Isturgi. (V. á Flor., *Esp. Sag.*, y Cortés, *Esp. Ant.*)

mataron mucha gente y les tomaron tres mil hombres, mil caballos y setenta y un estandartes (1). Volvieron á ella á poco Magón y Asdrúbal; pero no pudieron tampoco rendirla ni por asalto, ni por hambre. Voló en su defensa Gneyo Scipión, hizo levantar el sitio, mató en otros dos combates más de doce mil cartagineses, se apoderó de otros diez mil, y les tomó treinta y seis banderas (2).

Dos veces ya debía Iliturgis la vida á sus aliados, cuando muertos los Scipiones en dos jornadas funestísimas vió entrar por sus puertas á muchos de los vencidos en Segura, y procediendo cobarde y alevosamente, los degolló por temor á los cartagineses, con los que renovó su antigua alianza. Excitó entonces contra sí la cólera romana, y pagó cara, aunque tarde, la traición con que manchó su historia. Publio Cornelio Scipión, arrojados ya de España los cartagineses, pasó contra ella con las dos terceras partes de su ejército, y ansioso de dejar pronto vengadas las sombras de aquellas víctimas, vió apenas sus muros cuando ordenó el asalto. Mandó distribuir escalas entre sus soldados, entregó á Lelio parte de sus legiones, y dada la señal de ataque, asaltó por dos puntos la ciudad rebelde. Los

(1) «Illiturgi oppidum ab Asdrubale ac Magone et Amilcare, Bomilcaris filio, ob defectionem ad romanos oppugnabatur. Inter hæc terna castra hostium Scipiones cum in urbem sociorum magno certamine ac strage obsistentium pervenissenti frumentum cujus inopia erat advexerunt; cohortatique oppidanos ut eodem animo mœnia tutarentur quo pro se pugnantem romanum exercitum vidissent, ad castra maxima oppugnanda quibus Asdrubal præerat ducunt. Eodem et duo duces et duo exercitus Carthaginiensium ibi rem summam agi cernentes convenerunt. Itaque eruptionem è castris pugnatum est. LX hostium millia eodem die in pugna fuerunt, sexdecim circiter romanis. Tamen adeo haud dubia victoria fuit, ut plures numero quam ipsi erant romani hostium occiderint, ceperint amplius tria millia hominum, paulo minus mille equorum, undesexaginta militaria signa, elephantis V in prælio occisis; ternisque castris eo die potiti sunt. (Tit. Liv., lib. 23. cap. 34.)

(2) Carthaginienses Illiturgi oppugnare adorti quia præsidium ibi romanum erat; videbanturque inopia eum locum maxime expugnaturi. Cn. Scipio, ut sociis præsidioque ferret opem, cum legione expedita profectus, inter bina castra cum magna cæde hostium urbem est ingressus: et postero die eruptionis æque felic, pugnavit. Supra duodecim millia hominum cæsa duobus prœliis; plus decem millia capta, cum sex et triginta militaribus signis. Ita ab Illiturgi recessum est obsidione. (Tit. Liv., lib. 24, cap. 19.)

iliturgenses, que veían amenazada no ya su libertad, sino su vida, no perdonaron medio de defensa; los que no podían aún esgrimir la espada, fueron amontonando en los muros piedras, dardos y otras armas arrojadizas; las mujeres y hasta los niños tomaron parte en la pelea; los aptos para las armas se sostuvieron tan esforzadamente sobre el adarve, que intimidaron y rechazaron más de una vez al ejército enemigo, ejército que acababa de humillar ante sus plantas las banderas de Cartago. Mas sirvió de poco su heroísmo. Scipión, al ver en retirada sus legiones, entró en lo más recio de la refriega, pidió nuevas escalas, puso en una de ellas el pié para trepar al muro, y logró avergonzar de tal modo á los suyos, que, atacando estos con mayor ímpetu, ganaron la muralla y el alcázar, y derramándose como fieras por todas las calles de la ciudad, pasaron á cuchillo hasta á los ancianos y á los niños, devastaron con el incendio lo que no pudieron con las armas y sepultaron millares de cadáveres entre escombros manchados de humo y sangre. Había jurado Scipión la ruina de Iliturgis, y no permitió dejar con vida ni á la misma ciudad en cuya traición había creído ver ultrajada la sombra de sus tíos (1).

Quedó tan destruída Iliturgis, que no pudo ya recobrar su celebridad ni su grandeza. Su destino pesó sobre cuantos fueron á sentarse en sus ruinas, y vióse al fin entregada á la soledad, al silencio, á la acción lenta y destructora de los siglos. Tomáronla los celtíberos cuando era un pequeño pueblo (2), y muertos luégo en número de doce mil, dieron lugar á que la

(1) Así pinta Tito Livio ese sangriento y bárbaro saqueo: «Tum vero apparuit ab ira et ab odio urbem oppugnatam esse. Nemo capiendi vivos, nemo, patentibus ad direptionem omnibus, prædæ memor est. Trucidant inermes juxta ac armatos, fæminas pariter ac vivos; usque ad infantium cædem ira crudelis pervenit. Ignem deinde tectis injiciunt ac diruunt quæ incendio absumi nequeunt. Adeo vestigia quoque urbis extinguere ac delere memoriam hostium sedis cordi est.» (Tit. Liv., lib. 28, cap. 11.)

(2) Celtiberi agmine ingenti ad oppidum Illiturgi occurrerunt. Viginti millia armatorum fuisse Valerius scribit; duodecim millia ex iis cæsa. Oppidum Illiturgi receptum et puberes omnes interfectos. (Tit. Liv., lib. 34, cap. 4.)

entrara Marco Helvio y vertiera sin piedad la sangre de cuantos podían empuñar las armas. Tuvo después algunos títulos honoríficos, fué llamada por Augusto *Forum Julium*, y declarada colonia tal vez por Adriano; pero logró cuando más tomar aliento para sentarse sobre su lecho de muerte: nunca tuvo suficientes fuerzas para saltar de su sepulcro. Ni el mismo cristianismo pudo levantarla de su abatimiento. Fué, según la tradición, el primer pueblo en que sembró San Eufrasio la palabra de Jesucristo; allí puso el Prelado su silla; allí sobre el cadáver de una ciudad destruída por la guerra y la venganza predicó el celoso Apóstol la paz y la caridad que habían de quebrantar los hierros de la servidumbre. Mas á pesar de haber visto fructificar aquella semilla bienhechora, á pesar de haber reconocido el nuevo reinado de Cristo, no pudo granjearse desgraciadamente la ciudad sino nuevas desventuras. Atrajo sobre su frente la ira de Nerón, y enrojeció otra vez sus escombros la sangre de los mártires, la sangre del mismo San Eufrasio, que murió bajo el hacha del verdugo. Perdió la silla episcopal, que fué trasladada á Castulo, y durante siglos no tuvo siquiera dónde adorar á su nuevo Dios. No tuvo templo hasta que Sisebuto lo hizo levantar sobre el sepulcro que guardaba las cenizas del mártir, ni vió alzarse ya otro sobre sus restos sino durante el reinado de Suintila (1). Esclava de los árabes como los demás pueblos de España, difícilmente pudo conservar después ni la pureza de sus creencias. Languideció, y se embruteció bajo el dominio de sus conquistadores, y no salió de su servidumbre sino sucumbiendo y pereciendo bajo la espada de Alfonso VII.

Cayó al fin para siempre Iliturgis, y le sucedió la pequeña ciudad y hoy villa de Andújar. El viajero que sabe su historia apenas puede atravesar sus ruinas solitarias sino llena de con-

(1) Así lo confirma la inscripción que copió Flórez de Rus Puerta: Jesucristo dno nostro regnante constructum era DCLXV anno septimo regis Suinthile. (Flór., *Esp. Sag.*)

goja y melancolía el alma; cree aún ver en ellas las huellas de la fatalidad, tristes é imponentes para el hombre.

Arjonilla, situada al mediodía y no lejos de Iliturgis, no tiene recuerdos menos tristes, aunque de carácter muy distinto. No nos conmueve como Iliturgis con su historia: pero nos llena de amargura con la de un solo hombre, con la de un poeta, víctima de un amor tan puro como infausto. Colocada en un llano, y cercada por todas partes de colinas pintorescas que hacen paso entre septentrión y mediodía á un delicioso valle que bañan aguas tan claras como escasas, apenas presenta en conjunto ni en detalle cosa que no deleite los sentidos; mas fueron tan fatales las aventuras del joven entusiasta que exhaló en ella los primeros quejidos de muerte y sus últimos suspiros, que la memoria de ellas basta para cubrir este pequeño pueblo á los ojos del que no las ignora como de un sombrío y misterioso velo. Vivos como están allí estos recuerdos, dominan sobre los de los freires de Calatrava que la conquistaron, sobre los de los caballeros que la señorearon, sobre los del Arcediano de Úbeda, que la vendió por dos mil maravedís á Arjona; y se apoderan con tanta fuerza del viajero, que este no codicia pronto sino ver por sus ojos el lugar de la catástrofe, y oir dentro de los oscuros torreones del castillo tan lamentable historia.

Preso en este castillo, le dicen con voz solemne, vivía hace cuatro siglos un joven de corazón que, vueltos hacia Jaén los ojos, no levantaba su dulce y melancólica voz sino para cantar al són del laúd su amarga desventura. Mártir de una pasión que se había desarrollado en él con la misma vida, no pensaba de la aurora á la noche más que en su objeto idolatrado, y cuando no dirigía al cielo sentidas querellas, divertía el triste su imaginación contando á los que le oían al pié de la torre la historia de sus amores.

En el palacio en que por mi desdicha viví, decía, conocí á una mujer, bella como el ángel de la vida. Su mirar era más dulce que el de la luna sobre el valle, su voz más sonora que la

del laúd y el arpa. La ví, y me sentí lleno de encanto. Presentóse á mis ojos como el reflejo de mi alma, como la realización del más hermoso de mis sueños, y la amé. ¡Ay! la amé y me amó, y allí empezaron mis dolores.

Creció nuestro amor en la soledad y el silencio; nadie llegó á descubrir en nuestro semblante las llamas del fuego que nos devoraba. Los álamos y los cipreses de un jardín eran los únicos testigos de nuestros amores, y no oían aun nuestros coloquios, sino cuando los cubría con su manto azul la noche y el viento mecía dulcemente sus ramajes. Brotaban entonces de nuestros labios palabras dulcísimas: parecía que un solo espíritu nos animaba y una misma inspiración batía en torno nuestro sus doradas alas. ¿Cómo pudisteis desaparecer tan pronto, supremos instantes de ventura?

El ángel de mi amor no era una reina; pero yo, paje humilde de un poderoso caballero, llegué á considerarme indigno de sus miradas. Llevaba en mi frente la aureola de poeta, pero no el laurel de las batallas, y quise conquistarlo. Rompí mi lanza en cien justas, quebré mi espada en cien torneos, y apenas sonaron los añafiles moros en la frontera del Reino, me arrojé sobre los infieles montado en mi corcel de guerra, y cubierto con las armas que no pudo mellar el acero de mis enemigos. Yo, débil joven, me sentí entonces gigante. Sobre el tempestuoso estruendo de los campos de batalla creía oir la voz de mi amor, que me llamaba á la pelea, y llevé siempre hacia donde más arreciaban los peligros el hierro de mi lanza.

Terminada la batalla, me consideraba después de cada día más digno de ella y de mí mismo. En el primer vacío que dejaban el polvo y la humareda del combate, me parecía verla en alas de las brisas, radiante de hermosura, y coronada la frente de nuevos laureles; y sentía mi corazón palpitante de gozo y abierto á la esperanza. Me ama, decía, y el maestre de quien soy doncel, no podrá ver con malos ojos el enlace de un héroe con la reina de su palacio.

Mas ¡pobre niño! una tristísima nueva fatal vino á tronchar un día todas mis ilusiones, como troncha el huracán las flores. Estábamos en una vasta llanura, y se percibia aún á lo lejos los últimos clamores del combate. Del occidente á que acababa de precipitarse el sol, se alzaban nubes negras como la noche, que surcaba el rayo. Levantábase el polvo en remolinos, y las hojas de los árboles parecían entrechocarse como si presintieran la borrasca. Amenazaba el cielo tempestad; pero otra más terrible se encendió en mi pecho. Apoyada la cabeza en la mano, estaba sentado sobre una roca absorto en mis incesantes pensamientos, cuando se me acercó un hombre, é inquietos los ojos y casi sin aliento: olvida tus amores, me dijo, la mujer á quien adoras no puede ser ya el fin de tus esperanzas; el maestre acaba de casarla; la infeliz ha debido sucumbir ante una voluntad de hierro.

¡Ah! ¿por qué has de traer estas palabras á mis labios, memoria mía? — Un rayo que hubiera caído á mis piés, no me habría aterrado como me aterraron. Mas surgieron pronto en mi espíritu terribles pensamientos. No, exclamé; el astro de mi vida, el alma de mi alma, la sangre de mi sangre, no puede pertenecer á otro en la tierra: la arrancaré de los brazos del mismo rey aunque deba para ello derramar mi sangre y la sangre de cien víctimas. ¡Mis armas y mis caballos! quiero partir esta misma noche á Jaén; Dios alumbrará mis pasos con la luz de la tormenta. La sangre del usurpador apagará cuando menos el fuego que devora mi existencia. ¿Qué importa que haya de expiar ese placer en el cadalso? El ángel de mi amor esparcirá sobre mi tumba las flores con que en días más felices adornó mi frente, y Dios unirá tal vez muertos á los que vivos fueron separados por la voluntad de un príncipe y la infamia de un hidalgo.

Olvidaba en tanto lo que exigen de un caballero las leyes de la guerra. No podía abandonar el campo sin que manchara el delito de traición mi escudo; y no volví á Jaén sino cuando el ejército pasó á recoger en aquella ciudad los aplausos á que se

había hecho acreedor por sus victorias. Víla allí otra vez bajo las copas de los mismos árboles testigos de nuestros amores. Los labios de entrambos estuvieron mudos; sólo hablaron los ojos vertiendo ardientes lágrimas. No pudimos por mucho tiempo proferir palabra alguna; y al permitirlo el recuerdo de nuestro infortunio, no las hallé yo sino para quejarme de la crueldad de mi destino; ni ella sino para jurarme por segunda vez un amor eterno. ¡Infeliz! no sabía ella que nuestro amor debía ser para la justicia humana un crimen, y que debía sepultarme á mí bajo las sombrías bóvedas de esta torre. Nos vimos algunas noches, pero acabaron pronto los momentos de ventura. Cayeron un día de improviso sobre nosotros las miradas del ofendido hidalgo, y no su espada, que hubiera podido cuando menos unirnos para siempre en el sepulcro. El maestre supo de su boca nuestro crimen; y me dió este castillo por cárcel, ¡y no por tumba!

Al infeliz le exasperaba el dolor siempre que acababa de referir su historia. Dirigía unas veces al cielo las más amargas quejas, tomaba otras arrebatadamente su laúd y cantaba desesperadas trovas, acusaba y maldecía otras á su misma adorada por no haber sabido morir antes que dar la mano á su marido. Estaba entonces terrible; pero se moderaba á poco y no profería sino dulces y generosas palabras. Vuelto el rostro á Jaén, decía muchas veces: allí vive mi amor, sólo el aire que de allí sopla refresca mis sentidos. Vosotros que os complacéis en oir mis trovas, ¿por qué no vais y se las repetís á mis amores bajo las ventanas del palacio? La veréis asomar entre las columnas de su ajimez, como el genio del amor y la hermosura; y no cambiaréis luégo sus miradas por el mayor tesoro. Auras que escucháis tan sosegadas mis lamentos, exclamaba otras veces, ¿por qué no los lleváis á los oídos del ángel de mi vida? Estrellas que alumbráis á la vez sus ojos y los míos, ya que fuísteis testigos de nuestra ventura, ¿por qué no os hacéis intérpretes de los dolores de entrambos? Que llegue á sus oídos cuando

menos la voz de mi muerte; á saberla, ¿cómo no ha de venir sobre mi sepulcro?

Pensaba á menudo en su muerte, mas nunca la creyó tan cerca de sí como la tenía y esperaba. Un día — estaba desierto el castillo, encapotado el cielo, — sintió de repente en su corazón el hierro de un venablo, y cayó exánime en el suelo arrojando á borbotones su sangre por la herida. No pudo saber siquiera de dónde le vino el daño; no había sino un hombre en torno de esta sombría fortaleza, y este hombre era el esposo ofendido á quien arrastraron los celos á tan impío asesinato.

Murió, por fin, el desgraciado poeta; y fué sepultado en ese mismo pueblo de Arjonilla, en el lóbrego interior de una ermita, que levanta sus modestos paredones entre las ruinas del castillo, en un sepulcro humilde sobre cuyo frente escribieron en caracteres góticos: «Aquí yace Macías el enamorado.»

Era el infeliz ese tan decantado trovador del siglo XV, cuyos amores celebraron tan numerosos poetas, y cuyos sentimientos interpretó modernamente Larra, víctima, como él, de una pasión ardiente. Enrique, marqués de Villena, fué su señor; un hidalgo de Porcuna su rival; una mujer, cuyo nombre guarda aún la historia entre los pliegues de lo pasado, el objeto de sus amores y la principal causa de su muerte.

Á una legua de Arjonilla está la antigua Arjona (1), y en ella no hay recuerdos tan melancólicos, pero sí hechos más varoniles, tradiciones menos profanas. Fué de los pueblos en que más se ensangrentaron los emperadores contra los primeros que abrazaron el cristianismo, y vió verter á torrentes la sangre de los mártires. Murieron allí por la nueva ley Apolo, Idacio y Crotas; entregáronse allí por la nueva ley á la cuchilla del verdugo los santos Bonoso y Maximiano, bajo cuyo nombre tutelar está aún la villa. — Bonoso y Maximiano, naturales de Iliturgis, eran dos hermanos que seguían el camino recto de la justicia. Viendo

(1) Arjona fué la antigua Urgao.

en los primeros años de su juventud alzada sin razón la guerra contra su provincia, no supieron mirar con sangre fría la causa de su patria, y tomaron los dos las armas. Pelearon como bravos, y merecieron bien de su pueblo al volver á sus hogares coronada la frente de laureles; mas esto les atrajo desgraciadamente la cólera de Daciano, los más crueles tormentos y la muerte.

Daciano, que vivía en Arjona, los llamó, y les dijo: Los que como vosotros saben manejar las armas, deben ser soldados del imperio; id y defended el castillo.—Somos ya soldados, contestaron; pero soldados de Cristo.—¿Pelearéis por Cristo mejor que por los emperadores? preguntó Daciano.—Sólo por él podemos desnudar la espada, respondieron.—Preparaos á sufrir la muerte, dijo lleno de cólera el tirano; veremos si ese Dios á quien adoráis, os arranca de las manos del verdugo.—¡Oh Daciano! exclamaron: ¿quieres tú, pues, otorgarnos la corona que deseamos? En ninguna parte mejor que en las manos de tus sayones podemos ser verdaderos soldados de Jesucristo, y hallar el camino que nos ha de abrir el cielo.

Daciano los hizo conducir al castillo y los condenó á los más bárbaros tormentos. Cuando los hubieron padecido, les dijo: —Habéis visto ya el poder de los emperadores de cuya justicia no pudo libraros vuestro Dios: ¿os negaréis aún á ser sus soldados? Los mártires contestaron tranquilamente:—Vuestros emperadores no han podido ni podrán jamás quebrantar la fortaleza de ánimo que recibimos de Jesucristo; sólo él es, pues, el fuerte. —¿No queréis ceder? preguntó Daciano; haré que os encierren en una mazmorra, y os abraséis de sed; la agonía de la muerte arrancará de vuestros labios palabras menos soberbias, y os hará hincar de rodillas ante las aras de los ídolos. Cúmplase mi voluntad, añadió á sus verdugos; pero los dos hermanos, ¡cúmplase la del cielo! dijeron; y marcharon firme el paso y animoso el corazón á uno de los subterráneos del castillo.

Estaban ya Bonoso y Maximiano sufriendo las más crueles

angustias, cuando tuvieron que sufrirlas aún mayores á la vista de sus padres que pretendían salvarlos de la muerte.—Hijos míos, les dijo lleno de turbación su padre: el Dios que vosotros adoráis es mi Dios, pero no exige ni puede exigir tan cruentos sacrificios. Ha conocido ya vuestra resolución: condescended y vivid, si no para vosotros, para los que os dieron esa vida que tan generosamente pretendéis sacrificar en los altares de Cristo. ¿Qué sería de mí sin vosotros? Tinieblas eternas cubrirían mis ojos, y un velo eterno mi alma. Abrasarían mi rostro lágrimas de desesperación y mi frente amargos pensamientos. Marcharía sin arrimo en la oscuridad, caería en todos los abismos de la vida, y no llegaría á mis oídos una palabra de consuelo. Vuestras sombras ensangrentadas me atormentarían de día, y turbarían de noche mi sueño. Me sentiría morir, y no sentiría sobre mis párpados la mano de mis hijos que engendré y eduqué para que endulzaran mi agonía. ¡Hijos míos! ¡hijos míos! vosotros amasteis siempre á vuestros padres: no es posible que queráis con vuestras mismas manos abrir un sepulcro en que deban hundirse vuestros cuerpos y nuestras esperanzas.

—¡Padre mío! exclamaron á un tiempo los mártires. Y continuó Bonoso:—Jesucristo murió en una cruz y dejó también en la tierra á una Madre llena de amargura y rodeada de tinieblas. Lloraba ella y se lamentaba como tú, al verle encaminar sus pasos al cadalso; y cuando le vió doblar sobre su pecho la cabeza, creyó también dejar al pié de la cruz la vida. Pero veló sobre ella Jesucristo desde su trono; no la dejó nunca sin fuerzas para sobrellevar sus penas, y la subió en fin en alas de los ángeles al cielo, donde goza por toda una eternidad de la vista de su hijo. No temas, padre: nuestra muerte es la llave que os ha de abrir más tarde las puertas del Paraíso. No temas, hallarás mientras vivas consuelo en el Señor; y cuando mueras encontrarás á la cabecera de tu lecho nuestras almas. En brazos de nuestras almas volarás al firmamento, y allí no hay verdugos que puedan separarnos. ¡Ánimo, padres míos, ánimo! Haced

que no vea el tirano vuestras lágrimas ni se goce en vuestros dolores. Ocúpeos más el recuerdo de Dios que el de vuestros hijos.

La más tierna despedida sucedió luégo á tan dolorosa escena. Besos ardientes enrojecieron las pálidas mejillas de todos, y por algunos momentos, sólo entrecortados suspiros turbaron el silencio de aquella lúgubre morada... Solos ya los hermanos siguieron aún por mucho tiempo mudos: lloraban en la oscuridad y devoraba cada uno en secreto sus lágrimas de fuego.

Mas permanecieron siempre resueltos á morir, y no tardó Daciano en levantar para ellos el patíbulo, regado ya con la sangre de otros mártires. La vista del cadalso no hizo sino acelerar sus pasos; bendijeron en él al Señor, besaron la cuchilla que debía sacrificarles, y murieron pronunciando súplicas fervorosas que espiraron en sus labios junto con sus vidas.

No consintió el tirano que sepultaran sus cadáveres; pero los sepultaron al pié del alcázar sus mismos soldados. Los encontraron en el siglo XVII los arjoneses, y los guardan dentro de ricas urnas en el santuario que les consagraron (1).

---

(1) Hemos seguido para esta leyenda la tradición y las actas de los mismos santos, en las que leemos:... «Dacianus dixit: Quandoquidem constat quod vos semel Militiam professi estis, necessum est ut in eadem persistatis et Arcem istam cum reliquis militibus incolatis et defendatis. Bonosus et Maximianus responderunt: Nos quidem milites jam sumus sed Christi. Dacianus dixit: ¿Vultis ne magis huius hominis milites esse quam imperatorum? Sancti Martyres responderunt: Etiam, multoque nobis hoc est jucundius. Præfectus dixit: Ego igitur vobis atrocem mortem inferam, et tunc videbimus quid vobis prodesse poterit Christus quem adoratis. Sancti Martyres dixerunt: Tunc ò Daciane feliciores erimus et veriores nulites Dei et Domini nostri Jesuchristi quem cum Patre et Spiritu Sancto Unum Deum in Trinitate veneramur.»—Y en otro lugar de las mismas: «Tunc Dacianus dixit: videtis malo vestro quam fortes sint Imperatores nostri, à quorum manibus Deus vester non potest vos eripere. ¿Vultis ne jam milites illorum fieri? Sancti Martyres responderunt: Immo vero experti sumus debilem illorum fortitudinem et infinitam Christi potentiam, qui nos ne deficeremus animabat. Præses jussit eos per octo dies in arcta custodia arcis detineri et ibi continua siti æstate media et aliis tormentis cruciari.» Las palabras puestas por nosotros en boca de Daciano y de los dos hermanos se observará que están traducidas casi al pié de la letra de las que constan en estas actas: nos ha parecido muy difícil encontrar un lenguaje más sencillo ni más propio. La súplica hecha por los padres

Con tan terribles suplicios no disminuyó, antes aumentó en Arjona el número de los discípulos de Cristo. El humo que exhalaba la sangre de los mártires parecía enardecer más y más el corazón de los hombres; verificábanse todos los días nuevas conversiones, y hacía el cristianismo progresos que no podía ya detener la espada de los irritados imperiales. Aumentaba así la persecución; pero apenas cesó, floreció tanto Arjona, que pudo atravesar sin sucumbir el borrascoso período en que se hundió Roma entre las lanzas de los bárbaros, y llegó á manos de los árabes llena todavía de animación y vida.

Bajo la dominación de los árabes creció aún la villa en población y en importancia. Terció en casi todas las guerras que precedieron y siguieron á la ruina del califato y á la caída de almoravides y almohades; y cuando estaba ya abocado á un abismo sin fondo el islamismo, fué la cuna de un reino poderoso que pudo resistir aún por tres siglos á las armas de Castilla. Recibió en ella el esclarecido El-Ahmar de mano de su tío Yahya-ben-el-Nasr el mando de una hueste brillante y numerosa con que tomó á Jaén por asalto, y de mano del pueblo una corona á cuyo favor conquistó más tarde Guadix, Baeza, Almería, y al fin todo el reino de Granada, que fundó y consolidó con la prudencia y la energía. Al dejarla El-Ahmar no tardó en verse cercada por los ejércitos de San Fernando; pero no pudo ser combatida ni ganada sino muchos años después en que viéndola aislada este rey, destacó contra ella á Nuño González, hijo del conde de Lara, y asistiendo personalmente al sitio, la tomó por capitulación consintiendo que pudieran permanecer en la villa todos los moros menos dos de los caudillos.

---

es toda nuestra; pero no porque hayamos querido satisfacer un pueril sentimiento de vanidad, sino porque no encontramos en las actas más que consignado el hecho. «Venerunt quoque parentes eorum pietate moti ad Judicem rogantes ut juventutis illorum misereretur. Quibus ipse facultatem dedit eos si possent verbis lachrymisque à proposito removendi. Sed sancti Dei talibus sunt verbis usi ad suos, ut parentes visa constantia filiorum et ardenti desiderio martyrii eos potius ad coronam animarent.» Véase á Jimena, *Anal. Eccles. de Jaén*, pág. 555.

Fué esta capitulación ventajosísima para los moros en aquellos tiempos, pero San Fernando, príncipe tan esforzado como prudente, prefirió otorgarla á ver derramada con profusión la sangre de sus soldados. Situada como está Arjona, no se prestaba ni se presta aún á muchos hechos de armas. Tiene por asiento un cerro de mucha elevación y de rápida pendiente; baja al norte desde la cumbre al valle, y aun en este se halla defendida por barrancos profundos que son verdaderos precipicios. Puesta entonces á la sombra de un castillo del que apenas quedan ruinas, bien poblada, mejor guarnecida y sostenida sobre todo por la desesperación del que ve en su vencimiento la esclavitud ó la muerte, habría sucumbido al fin á los ataques del ejército, mas vendiendo cara su libertad, vendiendo cara su vida y la vida de sus hijos.

Ya de Castilla, Arjona no pudo pensar en hacer ondear otra vez sobre sus muros los estandartes del Profeta; pero no pasó cincuenta años sin ver aventurada la suerte de las armas cristianas en el éxito de una batalla cuyo recuerdo es el que hace recorrer con más interés al viajero sus alrededores pintorescos. En guerra Granada y Castilla durante la regencia de D.ª María de Molina, cruzáronse junto á esta villa los ejércitos de entrambos reinos. Pelearon de un lado Mohamed, del otro el infante D. Enrique y el héroe de Tarifa; y fué reñida y sangrienta la refriega. Forzó ya al primer ímpetu la caballería sarracena la vanguardia cristiana, la rompió, la dispersó, y abriéndose paso á lanzadas, se internó en el campo enemigo hasta desarzonar y derribar del caballo á D. Enrique. No alcanzó la muerte del infante porque Guzmán al verle en tan gran peligro arremetió contra ella al frente de un solo escuadrón, y envolviéndole entre los suyos, le salvó á punta de espada; pero había ya tomado la delantera, y si no pudo ejercer su saña en D. Enrique, logró auxiliarlo por la infantería, ejercerla en el resto del ejército, del cual unos murieron alanceados y otros fueron á gemir en duro cautiverio en las mazmorras de Granada.

Triste, muy triste fué para los cristianos el éxito de este combate: manchó la afrenta su rostro, su sangre el suelo, y quedaron envueltas en el polvo del campo sus banderas. Perdieron á Pedro Pascual, obispo de Jaén, que murió después mártir de su celo religioso. Volvieron á ver á poco en inminente riesgo á D. Enrique, á quien sólo pudo salvar por segunda vez el heroísmo de Guzmán el Bueno, que peleó hasta que consideró á salvo en Arjona á tan desdichado infante.

Á Arjona, empero, no pudo alcanzarla ya ninguna de las consecuencias de esta derrota. Continuó en una paz profunda que no turbaron en adelante sino las calamidades que afligieron á todo el reino. Enagenada en el siglo XV por la corona, pasó en corto número de años de las manos de D. Juan II á las de D. Fadrique de Castro, que la obtuvo por merced con título de Ducado, de las de Castro á las del conde de Luna, de las de Luna á las de D. Álvaro, el tan famoso como desgraciado condestable de Castilla; pero ni aun de estas mudanzas, origen muchas veces de trastornos, tomó ocasión para suscitar discordias ni peleas. Gozó de la misma paz bajo sus señores que sus monarcas.

Arjona, sin embargo, ha perdido mucho de su importancia: es villa escasa de población, y apenas tiene hoy monumento en que estén vinculados sus recuerdos. Flotan estos en torno suyo sin que siquiera los labios de la tradición los haya recogido; y el viajero que no ha leído la historia, pasa casi indiferentemente al pié del cerro, cuyas vertientes cubre, sin detenerse más que para admirar la situación pintoresca de sus casas, esparcidas bellamente desde la cumbre al llano.

Martos, sita al mediodía de Arjona, carece también de monumentos; pero tiene en cambio recuerdos más tradicionales, historias populares que refiere con candorosa sencillez hasta el más humilde campesino. En la cima de su famosa peña, por cuya base se extiende en forma de anfiteatro, están escritas leyendas y hechos de armas que encienden el fuego de la más

yerta fantasía, y aún en el fondo de la población se conservan tan vivos los sucesos de otras edades, que uno cree respirar antigüedades hasta en las calles que no reflejan otros colores que los de este siglo. Álzanse allí á nuestros ojos no sólo la sombra de la Edad media, sino también la de edades más remotas: la que no evocan las tradiciones, la evocan documentos escritos en páginas de piedra.

En Martos, entre los sillares de los edificios, al través de la cal que cubre los paredones de sus casas, bajo las plantas mismas del viajero, se encuentra á cada paso inscripciones que hablan de una ciudad turdetana, llamada Tucci, consagrada especialmente al culto de Hércules y Marte, declarada colonia por Augusto, y tan mentada en Roma por sus recuerdos sagrados, que el emperador Tiberio hizo dedicar en ella una memoria á aquel antiguo semi-dios, al héroe de la Libia. Esas piedras medio desgastadas revelan aún el nombre de los romanos que la poblaron, el de la tribu á que pertenecían las familias que la ennoblecieron, el de los césares que merecieron más el amor de los tuccitanos; hacen especial mención de los soldados de la legión décima, de las familias de la tribu Sergia, de Octaviano, de Aurelio, del español Adriano; manifiestan que Tucci fué también llamada Augusta Gemella y ciudad de Marte, y la peña llevó antiguamente el nombre de Columna de Hércules (1).

---

(1) He aquí las principales lápidas á que hace referencia el texto:

1.ª
IMP. CAES
M. AURELIO. PROBO
PIO. FEL. INVICTO AUG. P. M.
TRIB. POTESTATIS. VI. COS. IV.
RESPUBLICA. TUCITANORUM
DEVOTA NUMINI
MAJESTATIQUE. EJUS
D. D.
CURATORE. TIRIO. CLAUDIO
SUB COLOSO.

2.ª
ANICIÆ. SEX. F.
POSTUMÆ.
ETRIL. AFRI.
COL. AUG. GEM.
D. D.

3.ª
LIBICO. HERCULI
DEO. INVIC.
STATUAM. ARG. C. L. P.
CIVITAS MARTIS
D. S. P. P. P.

Pero no hablan esas lápidas del destino de esta ciudad, y la historia está desgraciadamente tan muda sobre su origen, como sobre las revoluciones que pudieron producir su ruina. Tucci es, como otras tantas ciudades, un enigma; la cubren aún las nieblas impenetrables de los siglos. Han arrojado alguna luz los anales eclesiásticos; pero no han bastado para vencerlas. Consta que á fines del siglo III hubo en esta ciudad un obispo, llamado Camerino, que firmó las actas del concilio nacional de Elvira; consta que los hubo sin interrupción desde antes del año de 588 hasta después del 653 ya por algunos decretos de los reyes, ya por las actas de los concilios nacionales de Toledo y las de los principales de Sevilla; consta por los últimos concilios toledanos que los hubo desde el 677 hasta la invasión de los árabes; consta que los hubo hasta bajo la misma dominación sarracena por una inscripción que se encontró en la base de la torre de San Francisco. Se sabe que todos estos prelados firmaron siempre llamándose obispos tuccitanos; y es según esto indudable que debió existir hasta ese tiempo la ciudad de Tucci (1).

4.ª HERCULI. INVICTO.
TI. JULIUS. AUGUSTI. F.
DIVI. NEPOS
CÆSAR. AUG. IMP.
PONTIFEX. MAXIMUS
DED.

Q. JULIUS
Q. F. T. N.
SERG. CELIUS
AED. II. VIR. BIS
DE. SUO. DEDIT.

5.ª HERCULIS. ANTICUA. CLARISSIMA. RUPE. COLUMNA
DICERIS. A. CLARO. STEMMATE. NOMEN. HABENS.

6.ª G. URBANIC.
FIRMINO
MIL. LEG. X
TULINGL.

(1) He aquí el catálogo de los obispos de esta ciudad según el P. Flórez: —Camerino, consagrado cerca del año 296: firmó el concilio Iliberitano.— (No se encuentra luégo noticia de otro obispo hasta fines del siglo VI en que aparece firmado el concilio III de Toledo por) —Velato, obispo tuccitano, que lo fué desde poco antes del 588 hasta principios del siglo VII. Suscribió el concilio de Sevilla, presidido por el arzobispo Leandro.—Agapio, desde antes del 610 hasta cerca del 616: firmó un decreto del rey Gundemaro dado en aquel año á favor de la silla metropolitana de Toledo.—Fidencio, desde cerca del 616 hasta poco después del 633:

Mas ¿cuándo pudo desaparecer? ¿cuando se verificó la transformación de ciudad en villa, y la del nombre de Tucci en Martos? ¿Resistió tal vez á los árabes y fue destruída? ¿La desgarraron las guerras civiles de los mahometanos? La historia sigue muda sobre esta ciudad hasta poco antes de su entrega á los reyes de Castilla. Refiere que Mohamed, saheb de Baeza, la unió á su reino y la cedió después al Rey Santo como en pago de su alianza; pero no indica que hubiese sido tomada á fuerza de armas. Ensangrentáronla las armas en terribles asaltos: pero después de haber pasado al poder de San Fernando, cuando no existía ya la ciudad de Tucci, sino la villa de Martos.

Entonces y sólo entonces es cuando llega á figurar Martos en las crónicas y las leyendas; sólo entonces es cuando se abre la serie de sucesos caballerescos que la llenaron de gloria y de poesía. Encargóla San Fernando apenas tomada á un D. Gonzalo Yáñez de Navoa, maestre de Calatrava, á un D. Alvar Pérez de Castro, señor de Paredes, á un D. Tello Alonso, hijo del señor de Meneses, á caballeros ya célebres por sus hazañas y su aventurado arrojo; y la ilustraron estos no sólo con sus repentinas invasiones en país enemigo, sino con la defensa que de ella hicieron acometidos sin cesar por los reyes de Granada. Las mismas damas de estos héroes supieron sostenerla con gloria contra los ejércitos infieles. En 1238 presentóse El-Ahmar ante sus muros cuando no había quien la defendiese, cuando estaba Pérez en Castilla, Yáñez en Baeza y Tello Alfonso en algarada, y no pudo sin embargo extender sobre ella sus armas

suscribió el concilio II de Sevilla, y firmó por él en el IV de Toledo un presbítero llamado Centauro.—Guda, desde cerca del 634 hasta el de 646: firmó el concilio VI de Toledo.—Vicente, desde cerca del 646 hasta después del 653: suscribió el concilio VIII de Toledo.—(Desde el 653 hasta el 677 se ignora quién ó quiénes lo hayan sido.)—Sisebado, desde cerca del 677 hasta después del 693: firmó los concilios XII, XIII, XIV, XV y XVI de Toledo.—(Del tiempo de los árabes no se conserva el nombre de ningún otro obispo que el de Ciprián. En una inscripción que fué hallada en la base de la torre de San Francisco, convento de la misma villa de Martos, se lee: Cepriano, Episcupu ordinante edificavi.) Desde que fué reconquistada Martos por San Fernando, dejó de ser silla episcopal: pertenece desde entonces á la diócesis de Jaén.

JAÉN.—Peña de Martos

vencedoras. D.ª Irene, esposa del de Castro, escribió resueltamente á Tello que se dejase caer cuanto antes sobre la villa, y en tanto mandó ocupar los adarves por sus dueñas y doncellas. Hizo trocar á todas la toca por el almete y la aguja por la espada, y ella la primera presentó entre las almenas el pecho al enemigo. «Aprendamos á ser dignas de nosotras y de nuestros dueños, antes muertas que cautivas, exclamó, y se preparó con brío á la defensa.»

Afortunadamente El-Ahmar, que vió por momentos brillar en los muros mayor número de celadas, receló, desconfió, y no se atrevió á dar el asalto. Llegó entre tanto Tello, seguido de Vargas y un reducido séquito de hidalgos, buscó por dónde romper el cerco, se abrió osadamente paso con su lanza y alcanzó al fin las puertas de la villa, aunque regando el camino con la sangre de Padilla y otros soldados. Vacilaba por de pronto Tello en atacar el campamento de los infieles, mas le decidieron á poco las palabras enérgicas de Vargas, que achacando á mengua indigna de hidalgos el temor de perder sus vidas, se mostró resuelto á morir como caballero antes que, dejando en peligro á Martos y á la condesa, presentarse sin honra ante Alvar Pérez y ante San Fernando (1).

Ese arrojo de Vargas y de Tello fué decisivo. Retiróse la condesa al verlos creyéndose ya salvada, cobraron bríos las tropas que defendían la Peña y amenazaron el campo moro; y El-Ahmar se vió en breve obligado á levantar el cerco abandonando del todo una empresa de cuyo buen éxito dependía la paz y la seguridad de las fronteras de su reino. Fué todo luégo regocijo y animación en Martos; pero no tardó en venir de nuevo á cubrirla de luto la muerte de Alvar Pérez, tras la cual fué dada á la Orden de Calatrava, con todos los pueblos de su Arciprestazgo, para que sus freires la defendiesen contra los moros. Tenían los reyes granadinos fija siempre la vista en esa

(1) Seguimos en la relación de este hecho la *Historia General*.

peña escarpada que era para ellos el mayor escollo; y se temía con razón que había de salir del poder de los cristianos á no estar sujeta á la mejor espada (1).

Confirmó á poco el tiempo la justicia de estos recelos. Cercaron de nuevo á Martos los moros gazules en 1244, mientras estaba San Fernando en Córdoba y el príncipe D. Alonso en la vega de Granada, y la hubieran probablemente vencido, á no ser el arrojo de Juan Pérez, comendador de Calatrava, que, á pesar de hallarse con escasas fuerzas para defender el castillo, se armó de todas armas, montó en su caballo de guerra, se puso á la cabeza de algunos freires, y cayó tan precipitadamente y con tanto ímpetu sobre los sitiadores, que los acuchilló, derrotó é hizo levantar el cerco, obligándolos á dejar el campo cubierto de vituallas, armas y cadáveres. Eran los gazules bravos y en gran número, y hubiera sido difícil arrojarlos de las murallas de la villa sin uno de esos hechos heróicos de que tan á menudo solían dar ejemplo caballeros que habían consagrado su vida en defensa de su religión y de su patria.

Mas no escarmentaron aún los moros. Ayudados por los Beni-Merines de África, llegaron en 1275 al pié del mismo Martos, y dieron en los alrededores un día de luto al ejército cristiano. Sancho, arzobispo de Toledo é hijo del rey D. Jaime de Aragón, se arrojó imprudentemente contra ellos llevado de su celo religioso, y perdió allí la vida y la batalla. Cayó sólo cautivo; pero disputándose luégo africanos y granadinos á qué rey debía ser entregado, fué muerto por el arráez Aben-Nazar, que adelantándose entre los caballeros de uno y otro bando, ya dispuestos á venir á las manos, «no quiera Dios, dijo, que por un perro cristiano se derrame la sangre de tantos buenos musulmanes,» y le pasó de una lanzada. ¡Muerte fatal que llenó de consternación las armas castellanas y fué á herir en lo más

(1) De la carta de donación en que cedió San Fernando la villa de Martos á la orden de Calatrava hemos copiado lo más importante en el capítulo anterior (V.).

vivo el corazón de un padre ya próximo al sepulcro! Lloráronle á Sancho cuantos conocieron sus virtudes; lloráronle á pesar de haber arrastrado en su caída á caballeros como Juan Fernández Beleño, Lorenzo Venegas y Rui López de Haro.

Más desgraciada fué aún la muerte que, según muchos historiadores, sufrieron cuarenta años después en la misma villa de Martos otros dos ilustres caballeros. No fueron sacrificados á manos de enemigos, sino á manos del verdugo; y siendo inocentes, pagaron con su sangre el crimen que otros cometieron. La infamia selló su frente pura como la de los ángeles del cielo; y ellos, tan nobles de corazón como de origen, fueron despeñados como viles, asesinados como esclavos.

Es una historia terrible la de estos hombres. Eran dos hermanos, y animados de las mismas ideas y de los mismos sentimientos, vivían bajo un mismo techo, corrían los mismos peligros, vestían sobre sus armas el mismo manto y cruz de Calatrava. Jóvenes de corazón ardiente, eran sobre todo celosos de su honor, peleaban los primeros en las batallas y no podían acabar de oir una palabra injuriosa sin desnudar la espada. Habrían combatido por su honor contra el mismo rey, y un día que se creyeron afrentados por uno de los hombres más poderosos de la monarquía, no dudaron en retarle y se batieron como buenos en el campo.

Él era Benavides, ellos Carvajales, familias que separaba durante siglos una rivalidad funesta. Larga y recia fué la lucha, pero salieron al fin vencidos. Llenos de tristeza y de despecho, se maldijeron á sí mismos, y llegaron á regar con lágrimas aquel lugar testigo de su vencimiento; mas no pudieron concebir siquiera el menor proyecto de venganza. Su frente rechazaba todo pensamiento innoble como su corazón todo bastardo sentimiento, y devoraron en secreto sus pesares esperando ver abierta de nuevo la guerra contra los moros de Granada, á fin de restaurar á la sombra de las banderas reales el brillo de su escudo. Comendadores ambos de su orden, creían oir la voz de

Dios en los trémulos sonidos de la corneta que los llamaba contra los infieles; y hubieran tenido á mengua no pelear por la defensa de su patria.

No les cupo ya, sin embargo, la suerte de volver á blandir su espada; el destino los había señalado por sus víctimas y les estaba preparando la copa doblemente amarga de la afrenta y de la muerte. Benavides, su rival, privaba con los reyes; y una noche al dejarlos, fué acometido en la oscuridad por hombres armados de puñales que le derribaron en silencio sobre los mismos umbrales de palacio. Sabedor de la noticia el Rey, se conmovió, se enfureció é hizo resonar pronto las bóvedas de sus salones con gritos de venganza. Han muerto á mi mejor amigo, decía: han muerto al mejor defensor de mi trono; decidme dónde están sus asesinos. Id y seguid todos sus huellas: no perdonéis sacrificio alguno para traerlos entre hierros: gota á gota he de derramar su sangre y la sangre de sus hijos. Han muerto al héroe de mi reino, y hasta en la cabeza de sus nietos he de vengar el crimen.—Pero todos seguís contemplando mudos mis tormentos, prosiguió á poco el Rey: ¿ni uno solo ha de haber entre vosotros que se atreva á señalar con el dedo al asesino?

Reinó por momentos un silencio profundo; pero á poco se alzó una voz que se aventuró á recordar el desafío de los Carvajales. ¡Recuerdo fatal!—Ellos, ellos son los traidores, exclamó al punto el monarca; aborrecían de muerte á Benavides y le han entregado al puñal de los bandidos. La gloria y el esplendor de este hombre les atormentaba y le han hecho morir, le han hecho morir en medio de la oscuridad, en los sombríos umbrales de mi mismo alcázar. Corred y arrancad de sus hombros el manto de Calatrava; he de tomar de ellos una venganza que haga estremecer á los nacidos. Han manchado de sangre mi palacio, han muerto al mejor de los hombres; ¿qué castigo podrá haber en la tierra que pueda igualar su crimen? Yo os pido consejo á todos los que honráis mi corte y lamentáis mi

desventura, ¿á qué muerte no se han hecho acreedores los infames? ¿qué haríais de esos bastardos Carvajales?

Todos oyeron con atención al Rey; pero pálidos y desconcertados permanecieron como las estatuas de un sepulcro. No se atrevieron á proferir ni una palabra, y llegaron á turbar con su silencio al mismo Rey, que estuvo algunos instantes con los ojos fijos en el suelo y la cabeza doblada sobre el pecho. Pero el Rey estaba exasperado por el dolor, y no podía apartar de su frente la sospecha.—¿Amáis aún á los Carvajales? dijo; traidores como ellos son indignos del amor de un caballero. Deshonraron la nobleza, y hasta la tierra que huellan los rechaza. Han abierto su tumba con sus propias manos; no merecen que los sepulten en ella sino las manos del verdugo. Han de morir, han de morir, exclamó, y en un cadalso he de vengar á Benavides.

Preocupado desgraciadamente el rey por esta idea, no vió llegada la hora de su venganza. Partió con su ejército para Jaén, cayó como el rayo sobre Martos, mandó prender á los dos hermanos y los condenó sin oirlos á ser precipitados desde lo alto de la Peña. En vano protestaron contra tanta iniquidad los sentimientos de todo un pueblo, los suspiros y maldiciones de toda una familia, las sentidas quejas de los comendadores, que sin cesar alzaban la voz al cielo invocándolo por testigo de su inocencia; cerró á todo sus oídos y no escuchó ni recibió hasta ver ya llevada á cabo su voluntad y dejar aplacada como él creía la sombra del desgraciado Benavides.

Verificóse la ejecución al nacer el día. ¡Ay! el mismo cielo pareció tomar parte en el duelo que reinaba en Martos. Nubes negras como la noche cerraban el paso en oriente á los rayos del sol; nieblas agitadas ligeramente por las auras iban cubriendo las verdes faldas de los cerros del contorno. La naturaleza misma estaba sumergida en el silencio: no se oía una sola voz, no se atrevían ni los hombres á desplegar los labios. Salieron á poco los dos hermanos y fueron conducidos entre lanzas á uno

de los ángulos de la Peña; mas el pueblo, que los vió desde la llanura, lloró sin proferir palabra. Sólo las víctimas pudieron ya interrumpir silencio tan solemne. Puestas al borde del abismo, protestaron acerca de su inocencia; y al verlo todo mudo en torno suyo, firme la voz y sereno el semblante, —Injusto Rey, exclamó uno de ellos, el crimen no ha podido manchar aún la frente de los Carvajales á quienes condenas á muerte; con la espada del valiente y no con el puñal del bandido han derramado siempre la sangre de sus enemigos. Benavides les había ofendido, pero fué víctima de la venganza de hombres inicuos, no de los Carvajales, que han conservado siempre el honor del caballero. Nos has condenado á muerte y no la tememos, pero has mancillado también nuestro honor, y ¡tiembla, oh rey, si nos han sacrificado tus pasiones! porque para ante la justicia eterna apelamos de tu fallo, y para ante el trono de Dios te emplazamos dentro de treinta días. Nos juzgará á todos el Señor, y si eres tú el criminal, ¡despeñado seas de los piés de su solio con la espada de fuego de los ángeles, como vamos á serlo nosotros en este monte por las manos de tus verdugos.

Doblada luégo la rodilla levantaron al cielo ojos y manos los dos comendadores, y oraron fervorosamente. Levantáronse murmurando aún palabras santas, entraron en una caja cilíndrica de hierro que cerró el verdugo, y dada á poco la señal, rodaron monte abajo, con el estrépito del trueno que oímos retumbar sobre lejanas cumbres. Saltó al principio la caja de roca en roca lenta y pausadamente; pero aumentando á cada instante en velocidad y en fuerza, amenazó arrastrar tras sí cuanto encontraba al paso. No se detuvo ni en la raíz del monte; rodó largo trecho en la llanura.

El pueblo acudió á poco en tropel á rodear aquel fatal instrumento de muerte; y al ver magullados y cubiertos de sangre los cadáveres, no pudo menos de exhalar de su pecho un grito de indignación que fué acompañado de sollozos y abundantes lágrimas. Hombres, mujeres, niños, todos lloraron amargamen-

te sobre los dos hermanos; habían visto brillar siempre en sus dulces y serenas facciones la nobleza de corazón y la paz del alma, y presentían que eran inocentes, que eran víctimas de la cólera del rey y de las leyes de un bárbaro destino. Manifestaron por ellos los allí presentes tanto interés, que apenas sabía nadie separarse de aquel recinto, sólo abandonado cuando la religión recogió aquellos cuerpos desfigurados y los guardó bajo la losa del sepulcro.

El rey, sin embargo, permaneció impasible. Se le repitieron las palabras pronunciadas por los comendadores al pié del abismo; pero las oyó con sangre fría, y salió tranquilo al rayar la nueva aurora para ir á cercar con sus propias armas Alcaudete. ¿Podía, empero, dejar de recordar interiormente tan terrible aplazamiento? No logró llegar á Alcaudete, enfermó en el camino y tuvo que retirarse á la ciudad de Jaén, donde á los treinta días amaneció muerto (1).

---

(1) Casi todos los historiadores están acordes sobre este hecho; pero ninguno cita un solo documento en que directa ni indirectamente conste tan terrible violación de las más santas leyes. Deseosos de aclarar la verdad, pasamos desde Jaén á Martos, lugar donde se da por acaecida la catástrofe: mas desgraciadamente nada pudimos adelantar á pesar de haber examinado con detención todos los archivos de esta villa, faltos generalmente de toda clase de datos históricos. El archivo municipal no contiene absolutamente nada; el parroquial no tiene tampoco escritura alguna en que se vea siquiera consagrado un recuerdo religioso á la muerte de los infortunados Carvajales. Creímos que tal vez en el de la Encomienda de Calatrava podríamos suplir este vacío; pero disipó también nuestras esperanzas su archivevero D. Isidoro de Luque, que nos aseguró no haber encontrado relativo al suceso sino el deseo manifestado muchas veces del siglo XVI acá por los visitadores de la Orden de erigir un sepulcro para los dos comendadores. En la iglesia de Santa Marta hay una inscripción que habla del hecho; pero está escrita en el siglo XVI como se ve por su mismo contexto: «Año de 1310 por mandado de el rey D. Fernando IV de Castilla, el Emplazado, fueron despeñados de esta peña Pedro y Juan Alonso de Carvajal, hermanos comendadores de Calatrava, y los sepultaron en este entierro.—D. Luis de Godoy y el licenciado Quintanilla, caballeros del hábito, visitadores generales de este partido, mandaron renovarles esta memoria año de 1595 años.» Esta carencia absoluta de documentos ¿no puede cuando menos inducir á duda? El hecho es raro, extraordinario; y merece más corroboración que otros para que se le pueda dar entero crédito. Hay más: todos los autores dan por simplemente precipitados de la peña de Martos á los Carvajales; y ninguno de ellos se ha hecho cargo de que esta peña no es por ningún punto tan escarpada que pueda por la sola rapidez de su pendiente producir la rotación y muerte de ningún cuerpo humano. Estamos lejos de negar este suceso apoyado por el testi-

Así brilló en la tierra la inocencia de los dos comendadores, de cuyos recuerdos está lleno aún todo el país de Martos. Manifiestan en él hasta los niños el lugar donde fueron despeñados, el sitio donde cayeron y lloró el pueblo, el balcón desde el cual contempló Fernando IV tan sangrienta escena, el templo donde están guardadas las cenizas de esos dos hermanos. Sobre el lugar donde cayeron hay una cruz de piedra, que en memoria de las lágrimas derramadas por el pueblo, se llama aún hoy la Cruz del lloro: la peña, alta y escarpada, conserva todavía en la cumbre restos de los muros y torreones que va abriendo la yerba y desmoronando el hálito de los siglos, y hasta en esas ruinas llega uno á creer que ve marcadas las huellas de ese acontecimiento.

Murieron los Carvajales en 1310, y diez años después Martos era ya testigo y víctima de otra desventura. Cayó entonces esclava de Ismail la que una débil mujer había podido defender años antes contra las armas de El-Ahmar, el primero y el más poderoso de los reyes de Granada. Ismail, viendo en ella el azote de sus fronteras, había jurado sepultarla entre ruinas; y al ir á cercarla, no cesó de combatirla hasta ver allanados los muros y las torres, y muertos entre los escombros los mejores caballeros que la defendían. Se arrojó con ímpetu á las brechas, la invadió lleno de cólera, y pasó hasta mujeres y niños por el filo de la espada. Todo lo mató, todo lo destruyó, todo lo cubrió de humo y sangre. Si algo quiso perdonar, no lo quisieron perdonar sus soldados. Entró en lo más sagrado del hogar doméstico, y sacrificó á sus hijos en el regazo de sus madres, á los padres entre los brazos de sus hijos. No escaparon de su furor sino los que pudieron guarecerse en el castillo.

Mohamed-ben-Ismail, de mejor corazón, se esforzó en detener

---

monio de muchos escritores de criterio, aunque no por el de ningún autor contemporáneo de Fernando IV; pero hemos de confesar que no nos merece entera fe. Lo consignamos en el texto; pero como una tradición que está aún viva en el país, como una leyenda poética, no como un hecho rigurosamente histórico.

tan horrible matanza, pero casi siempre en vano, mientras no tiró del alfange contra los mismos moros. Tuvo que pelear á brazo partido, tuvo que arriesgar su vida si quiso arrebatar de las manos de la muerte á los que vió con horror amenazados con la espada. Pero logró al fin salvar á muchos inocentes, logró salvar á una joven infeliz que constituyó de pronto su ventura y fué más tarde su tormento.

Estaba dotada la cautiva de rara hermosura; y enamorado ciegamente Mohamed, no sólo quiso llevarla consigo, sino que también le ofreció su mano, su corazón y las ciudades y villas de su padre. Le pintó con vivos colores un porvenir lleno de gloria y de poesía, le abrió su pecho que sentía palpitar por ella, y le reveló fuerzas hasta para conquistarle una corona. Fué correspondido, y no hallaba palabras con que encarecer su suerte. —Las huríes del Profeta, decía, no son tan bellas como mi cautiva, ni los jardines que les prestan sus sombras más hermosos que los valles de mi patria. ¡Bendito sea Alá que me permite así gozar en vida del cielo que prometió á los muertos! ¡Feliz, feliz la hora en que te ví, cautiva mía! Viviremos juntos bajo techos de oro, y todo estará á mi alrededor perfumado por el aliento de tu boca. Tus manos templarán el ardor de mi frente al volver de las batallas; tus dulces palabras adormecerán mis exaltadas pasiones. Respiraremos sólo amor y latirá acorde el corazón de entrambos. Un mismo sueño nos cerrará los ojos, y un mismo cuidado los abrirá á la luz de la mañana. Cautiva, cautiva mía, como yo te libré de la muerte, me librarás tú del tedio y la amargura.

Todo lo miraba ya risueño y encantador Mohamed; ¡ay! no eran sino sueños lo que veía. Ismail, su rey, que oyó celebrar la hermosura de la cautiva, la destinó para su serrallo; y fueron vanas las quejas de Mohamed, vanas las súplicas, vanas también las amenazas.—Abandona si te place mi corte, le dijo al fin Ismail, vé y ofrece tu espada á los rebeldes. Tu furor se estrellará al pié de mis armas, como el de cuantos resistan á mis le-

yes. Vé, joven imprudente, no temo tus impías amenazas. Arma tus deudos, arma todos los pueblos de tu padre, llama en tu auxilio á los infieles; el ruido de tus lanzas no llegará al Alhambra ni logrará turbar mi sueño.

Estremecióse de cólera Mohamed, pero debió humillarse por de pronto al rigor de su destino. Ya de noche, montó triste y silencioso en su caballo, abandonó Martos, á la que apenas podía no volver los ojos, y solo y sin más compañero que su dolor, tomó el camino de Granada agitado su corazón por los más contrarios sentimientos, y turbada su cabeza por los más sombríos proyectos de venganza.—No podré arrebatarle á mi adorada, iba diciendo para sí, pero le arrancaré el alma con mis manos. Tinieblas que me rodeáis, vosotras que mecéis y arrulláis en vuestro seno los más negros crímenes, ¿por qué no habéis de inspirarme á mí el más espantoso, el más sangriento? Ismail ha desgarrado mis más dulces esperanzas, ha hollado sin piedad mi corazón; ¿por qué no me lleváis en los pliegues invisibles de vuestro manto, y no me deslizáis junto á su lecho con el alma de un bandido? La sangre de un traidor no debe manchar mi espada; sólo el puñal puede herir sin desdorarse el pecho de un infame.

Llegó á Granada al rayar el día; pero ¿qué podía hacer ya en Granada el herido Mohamed sino languidecer más y más de amor y sentirse morir de celos y melancolía? No hallaba palabras sino para referir su desventura; y sólo dispertaba de su triste ensueño si alguno de sus deudos se ofrecía á favorecer sus espantosos proyectos. Pensaba día y noche en Ismail; y cuando le vió entrar en la ciudad aclamado con entusiasmo por la muchedumbre, pensó morir de cólera y despecho.—Vé, tirano, exclamaba, vé y goza de tu tesoro en las mansiones de la Alhambra; enséñale tus fuentes, tus jardines, tus salones de oro y de colores, tus techumbres brillantes como bóvedas del cielo. Sobre los pavimentos de tu mismo alcázar he de derramar tu sangre. Aguzad, aguzad las dagas, amigos todos que abo-

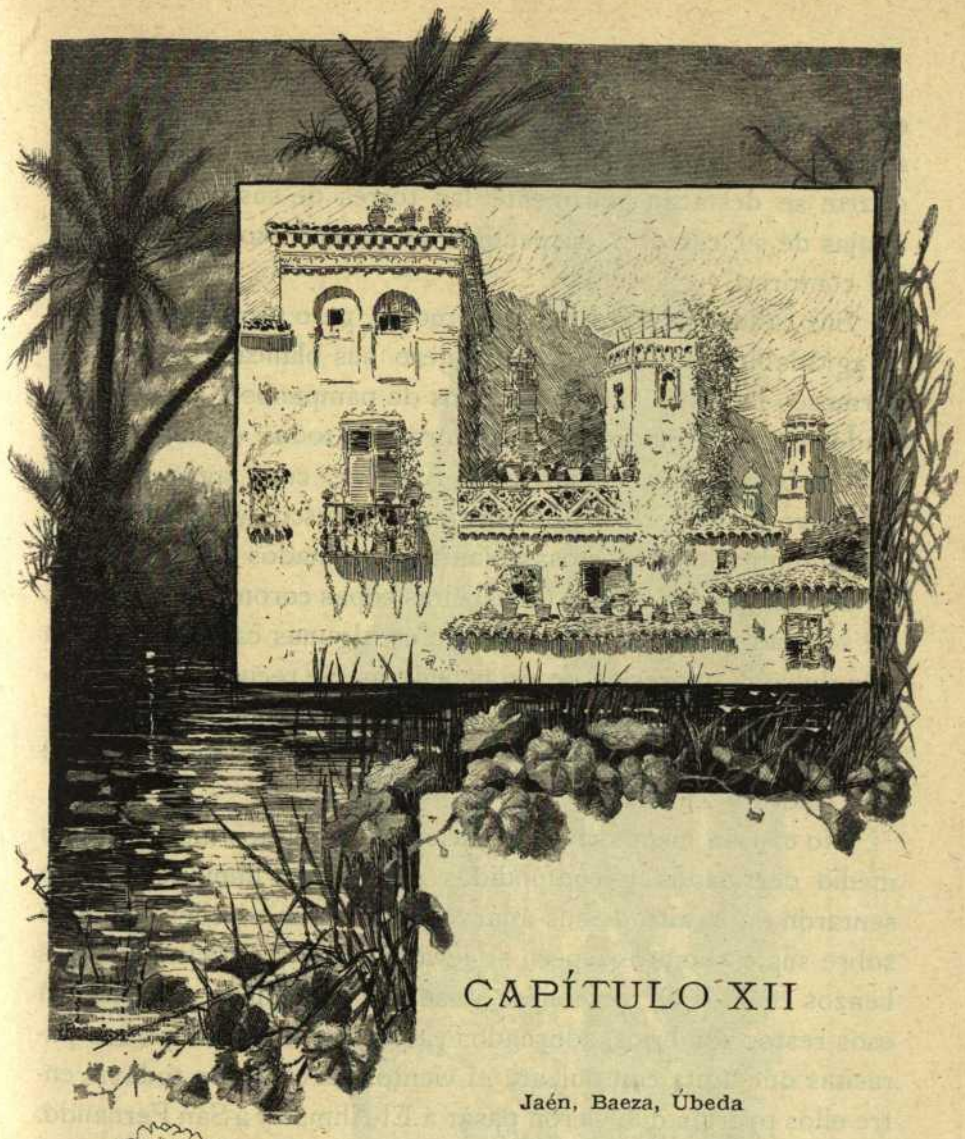
rrecéis el crimen, cubrid el pecho con jacerinas, y ocultad en lo más profundo de vuestras almas vuestro pensamiento de muerte. Va á sonar la hora de Ismail, y ha de pagar con la vida su infame alevosía.

Ciego ya de venganza Mohamed, subió por fin á la Alhambra seguido de un corto número de amigos. Nada pudo detenerle, abrióse paso hasta la Alberca afectando grande interés por hablar con el monarca, aguardó inmóvil bajo los arcos de la galería del norte, y apenas vió á Ismail, se arrojó sobre él como un tigre y le derribó en el suelo á puñaladas. Un wasir que acompañaba al rey pretendió defenderle; pero cayó también víctima de los parciales del ofendido.

Huyó Mohamed como perseguido por la sombra de su delito; no se sabe dónde pudo dirigir sus pasos ni dónde pudo ir á devorar sus pesares y sus remordimientos. La historia y la tradición están mudas á la vez no sólo sobre su destino, sino sobre la suerte que deparó Dios á la cautiva, origen de tantos males, y hasta sobre la que cupo á la misma villa de Martos, de la cual apenas se refieren ya otros sucesos que el de la prisión del maestre de Calatrava D. Martín López, tan sentida del entonces rey de Granada, que amenazó á D. Pedro de Castilla con ir sobre Martos y arrancar del alcázar al ilustre cautivo, si no se le devolvía su libertad injustamente arrebatada.

Volvió Martos, según lo más probable, al poder de los cristianos apenas la desocupó el ejército de Ismail: pero abatida, desmantelada y apartada cada día más de la frontera, no pudo ejercer ya en la reconquista la influencia que ejerció en mejores días. Quedó confundida entre las demás villas y ciudades de la comarca; y reducida á la oscuridad y al silencio, no tuvo pronto en su favor más que los recuerdos de sus antiguas glorias. Hoy no existen ya ni sus mejores monumentos; sus castillos están arruinados, sus templos descansan sobre frías columnas greco-romanas que reemplazaron sus esbeltas haces góticas: sus cárceles y sus fuentes no revelan sino el estilo del siglo XVI,

más lleno allí de gravedad que de elegancia. Sólo lo tortuoso y rápido de las calles refleja ya en Martos la Edad media. Es una villa moderna como casi todas las del reino de Granada, más moderna aún que la vecina ciudad de Jaén, que aunque también muy remozada, reune mucho interés para el literato y el artista.



CAPÍTULO XII

Jaén, Baeza, Úbeda

STÁ sentada Jaén en la falda de un cerro cuya cumbre ocupan las imponentes ruinas de un castillo. Báñanla al oriente las claras aguas del Guadalbullón, y está casi en derredor cercada de huertas y jardines, entre cuyos árboles y flores des-

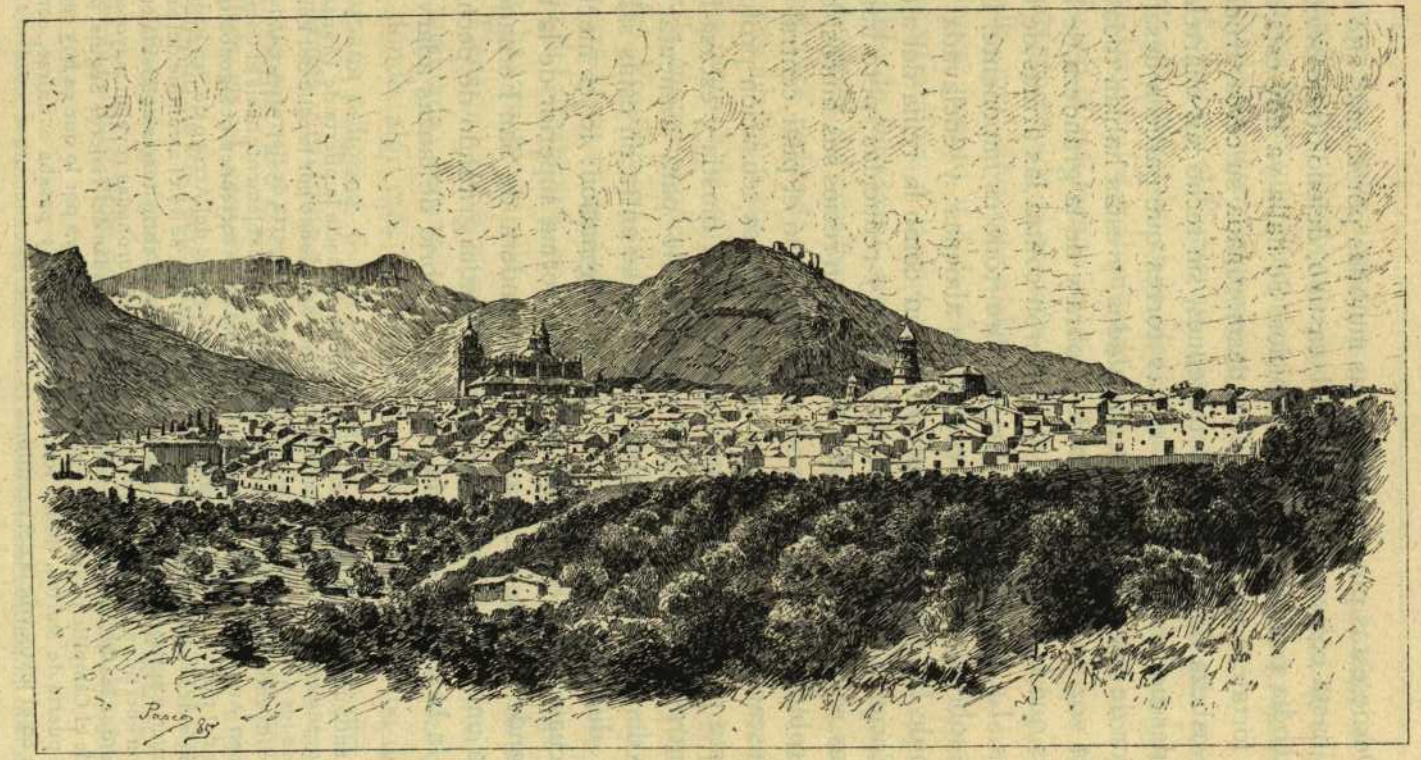
BIBLIOTECA CÁNOVAS DEL CASTI
Diputación Provincial
MÁLAGA

cuella la oriental palmera. Montes elevados le prestan abrigo y sombra al mediodía; y de ellos como de un fondo dispuesto por el arte se destacan bellamente las torres de sus templos y las agujas de su catedral, suspendida al parecer sobre los techos del contorno.

Sus calles son estrechas y tortuosas, pero producen un efecto agradable en el ánimo del viajero sus blancas paredes, sus hermosos balcones, cubiertos unos de pámpanos y yedra, recamados otros de madreselva, y adornados todos en los ángulos de sus barandillas con jarras de Andújar, cuya agua guardan del polvo paños orlados de encaje, sus frescos y deliciosos patios alfombrados de vistosas plantas y animados por el murmullo de fuentes que brotan de esbeltas copas coronadas de flores. La soledad y el silencio que reinan en algunas calles hacen aún más dulce la impresión de estas bellezas. Se recuerda involuntariamente la vida toda interior de los musulmanes, y hay momentos en que se llega á creer que está aún habitada la ciudad por Zaides y Zulemas.

No causan menos viva sensación sus antiguos muros. Están medio derribados y confundidos entre casas humildes, que se sentaron en lo alto de sus adarves ó pasaron desdeñosamente sobre sus escombros; pero se levantan aún á trechos grandes lienzos ceñidos de torreones, y se fija con placer la vista en esos restos sombríos, adornados ya por los siglos de yerbas parásitas que agita con dulzura el viento. Levántanse todavía entre ellos puertas que vieron pasar á El-Ahmar y á San Fernando; y sobre sus arcos, ya ojivales como los del Portillo del Arroyo de San Pedro, ya de herradura como los que tuvo la puerta de Granada y conserva la de Martos misteriosamente ocultos á la espalda de una torre; son tantos los hechos que en un momento puede amontonar la fantasía, que al contemplarlos apenas saben moverse fuera de sus curvas ni la memoria ni los ojos (1).

(1) Según pudimos colegir por los restos que aún existen, desde el castillo ba-



JAÉN.—La ciudad y sus cercanías

Desde estas puertas trepan las murallas por lo más alto del cerro hasta enlazarse con las del castillo, defendido de oriente á mediodía por espantosos precipicios. Se halla ya hoy esta antigua fortaleza medio destruída, desmoronada su cerca, truncada la cabeza de sus cubos y torreones, sin techo sus cuarteles; pero descuellan sobre estas ruinas torres que parecen desafiar el furor de los siglos y las tempestades, y estas hablan todavía en alta voz de la importancia de la obra y de la grandeza de los héroes que la levantaron y defendieron contra las armas de los árabes. La torre del Homenaje sobre todo es imponente. Levanta sobre las demás su corona de almenas; y enclavada en medio de las más altas se presenta aún como la reina del alcázar. Encierra en su interior salas tristes y reducidas; pero hasta en ellas revela grandiosidad y fuerza. Son recios sus muros, bajas y robustas sus bóvedas por arista, grueso el pilar central en que descansan sus ojivas; y al visitarlas causa sensación profunda hasta el silencio que las ocupa, hasta la mustia y escasa luz que entra por sus troneras, al parecer sólo para aumentar el efecto de sus luces y sombras. Apenas se entra en estas salas es ya difícil detener el vuelo de la imaginación; lo es mucho más, cuando se pone el pié en la plataforma superior de la torre, donde se cree ver enarbolada la bandera de San Fernando y oir á uno de los héroes de la Edad media gritando de pechos sobre la barbacana: «alzad el puente, cubrid de lanzas adarves

---

jaba la antigua fortificación por la parte de mediodía hacia la puerta de Granada. Seguía desde esta puerta á la catedral, y dirigiéndose luégo por la calle del Portillo y la de los Adarves, iba á unirse con la que es hoy puerta de Barreros, sita junto á un convento de monjas Bernardas. Continuaba probablemente hacia el Campillo de San Antonio, donde existen todavía dos altos torreones octógonos que creemos del tiempo de San Fernando; corría por la calle del Arroyo de San Pedro, y se dirigía desde allí al Campillejo de Cambil, en que se ve el arranque del arco de una puerta antigua y las torres entre las que esta se abría, torres de planta cuadrada con aberturas circulares, que ya negras y desmoronadas revelan mayor antigüedad que las demás y llaman justamente las miradas del viajero. Seguía, por fin, desde el Campillejo, ya por el interior de la ciudad, ya por lo que es hoy campo, á la puerta de Martos, donde torcía hacia el norte y pasaba á unirse, como decimos en el texto, con la del castillo.

y torreones, nadie abandone el muro sino con la vida. Á vuestros piés están los abismos que han de ser la tumba de vuestros cuerpos antes que el sepulcro de vuestras honras, arrojad en lo profundo á vuestros enemigos.»

Comunica el Homenaje por medio de una muralla con otra torre sin antepecho en la plataforma, cuyas salas, cubiertas de bóvedas ojivales y alumbradas por ajimeces de doble arco apuntado, no ofrece menos interés que las anteriores al que las recorre conmovido el corazón y excitada la fantasía. Álzase junto á ella una ojiva casi aislada que parece haber sido en otros tiempos puente y á la espalda una capilla llamada Ermita de Santa Catalina, á la que sirve de asiento un arco elevadísimo, corrido de entrelazos árabes. Reflejan fielmente su época muchos restos del castillo; pero nada hay quizá tan característico como este reducido templo, donde enlazadas sin violencia las formas árabes y las cristianas, se levanta el arco ultrasemicircular junto á la ojiva, y aparece cortada la bóveda de punto por la cúpula elíptica que tanto distingue aún las fábricas del Kairo. Presenta en su fachada un simple arco ultrasemicircular encerrado en un recuadro, y en el interior una sola nave separada del presbiterio por un modesto escalón, á lo largo de la cual hay cuatro capillas ojivales ligeramente abiertas en el muro. Tiene por cubierta en el presbiterio y en la nave una bóveda apuntada; pero no en lo que constituye el centro del crucero, donde, algo más levantada aquella, toma la forma de una campana polígona y lleva adornados los ángulos de una cinta de leones y castillos que va á perderse en el fondo de una clave. Aunque raro é incoherente en los detalles, reune unidad y belleza en el conjunto. Está ya falto de imágenes y altares y destituído de los recuerdos que durante siglos conservó del obispo que cayó prisionero en Arjona y fué á morir mártir en Granada (1); pero tiene aún interes por sí, y cautiva las miradas

(1) Hubo, según muchos autores, en esta capilla del castillo, en lo alto de un

del artista no sólo por su hermosura, sino también por su sencillez, por lo determinado de su carácter, por esa misma mezcla de formas que en otros monumentos detestamos.

Después de la capilla llama ya muy poco la atención lo demás de este antiguo alcázar. Sus pabellones y cuarteles son modernos; sus murallas no consisten sino en vastos lienzos de argamasa cortados á trechos por torres, ya circulares, ya cuadradas; sus aljibes están secos; sólo merecen ya que se las recorra sus largas y multiplicadas piezas subterráneas, estrechas, lóbregas, profundas y abiertas algunas á mediodía sobre la vertiente del monte, sobre el fondo de los precipicios. Comunicaban con el exterior del castilllo no sólo las más de estas piezas, sino también algunas puertas subterráneas de que existen aún vestigios á la parte de occidente, donde se conserva, además de la puerta, el foso y el puente levadizo que la defendían.

---

arco, una imagen de este santo mártir, que no supimos ver por más que anduvimos buscándola detenidamente. Jimena dice acerca de ella: «Esta imagen fué á ver y certificar (en cumplimiento de auto proveído por el Eminentísimo señor Cardenal Obispo de Jaén en aquella ciudad á 5 de Octubre de 1645 años á pedimiento del Padre Comendador de la Merced de Jaén y aviendo precedido citación en forma, que se hizo al Promotor Fiscal del obispado) Antonio Fernandez de Rivera, presbítero, notario mayor de la Audiencia Episcopal, en compañía de algunos testigos; y como parece de la certificacion que da á 25 del siguiente mes de Noviembre, aviendo subido este dia al castillo de Jaen, aviendo entrado en la capilla dél, que está junto al Algibe, certifica, que en ella hay un Altar en el qual hay muchas Imágenes antiguas de bulto, y en el medio en lo alto una de Nuestra Señora con el Niño en brazos, y al pecho un escudo, como los de la Orden de la Merced, y frontero deste Altar está un arco, que es la entrada de la capilla, y en lo alto dél por la parte de la frente que mira al Altar están de bulto tres figuras, que parecen de yeso, como las demás referidas, y la de enmedio con casulla, y encima della una á modo de muceta, las manos juntas y levantadas á modo de un Sacerdote que comienza la Misa, y en el pecho relevada una targeta que parece la que ordinariamente usan los religiosos de la Merced, y en el cuello una señal roja, como degolladura, que parece llega de una y otra parte hacia el remate de ambas orejas, la qual figura está en uno como nicho ó tabernáculo. Y las de los que están á sus lados derecho é izquierdo, parece están vestidos como de Diácono y Subdiácono, ambos á dos con sus libros abrazados, y están sobre pedestales; mas á la principal, que es la de enmedio, le falta el pedestal y ay señal de que parece averse caido. Y segun el modo, traje y disposicion de estas Imágenes y las demás de la dicha capilla, todas manifiestan antigüedad y difieren de las destos tiempos.» (De las circunstancias referidas por este D. Antonio Fernández de Rivera sobre la imagen del medio, infiere Jimena que debió ser aquella la efigie del obispo Pedro Pascual, degollado por los moros de Granada.—Véase á Jimena, pág. 293.)

A pesar de tan grandiosos restos, es ya sin embargo casi imposible apreciar debidamente el conjunto de esta fortaleza, no sólo mutilada y destruída por las nuevas necesidades de la guerra, sino también modificada y profundamente trastornada por el gusto dominante de todos los siglos y de todos los estilos. De la obra primitiva, de la fábrica del siglo XIII, del alcázar que mandó levantar el rey Fernando el Santo, apenas le fué entregada Jaén por los reyes de Granada, ¿qué existe ya si no son su capilla y sus torreones que levantan aún al cielo sus sombrías barbacanas?

La misma suerte y aún peor cupo ya á los demás monumentos del mismo rey, ya á todos los que construyeron cuantas naciones y héroes sentaron su planta sobre el suelo de esta ciudad antigua. Jaén fué en otro tiempo Auringi; y á la entrada de los cartagineses sirvió ya de alcázar á Asdrúbal para hacer la guerra á los pueblos del Mediterráneo. Creció rápidamente en riqueza, en población, en fuerza; y no tardó en ser á la vez la salvaguardia de sus opresores y el terror de los romanos. En sus muros, sólo en sus muros pudieron encontrar un escudo contra sus enemigos Magón y los dos Asdrúbales después de haber sido vencidos en Iliturgis, Bigerra, Munda y en los mismos campos de Jaén: Gneyo Scipión los vió entrar en la ciudad; pero ni la combatió, ni la sitió á pesar de verlos mermados, abatidos y llenos de sangre y de ignominia. No pudieron pensar los romanos en reducirla á sus armas hasta después de la conquista de Cartagena: aun entonces vieron comprometida delante de ella la suerte de sus banderas. Lucio Scipión, hermano de Scipión el Africano, arrebatado por el deseo de vencerla al primer ímpetu, sentó cuán cerca pudo sus reales, abrió fosos, levantó dobles trincheras, dividió en tres partes su ejército, ordenó á la primera el asalto, y contempló luégo á sus soldados acometiendo con brío las murallas, y trepando por ellas entre millares de dardos y otras armas arrojadizas; pero pronto debió reconocer cuánto más difícil podía serle la conquista de una

plaza tan bien sentada como defendida. Vió al enemigo llevando la ventaja, y le hubieran tal vez vencido á no haberse adelantado con rapidez á la cabeza de sus legiones y ordenado de nuevo al ataque; hecho con el que logró inspirar tal desconfianza á los sitiados, que, abriendo éstos de par en par las puertas, salieron al campo cubiertos con sus escudos y las manos desarmadas, y pidieron con fervor la alianza, la paz, la vida (1).

Fué luégo muy sonada la toma de esta ciudad. Publio Scipión prodigó por ella muchos elogios á su hermano, y no titubeó en compararla con la de Cartagena, calificando la plaza de opulenta, fuerte y bien situada. Era verdaderamente una ciudad notable Auringi; y lo fué más durante la dominación de sus nuevos señores, que la declararon más adelante municipio y la llamaron Flavia, del nombre de uno de sus emperadores. Mas ¿dónde están los monumentos que puedan acreditar su pasada grandeza? ¿Qué nos habla en ella de los antiguos pueblos que la dominaron? Sólo algunas lápidas, ya medio borradas por los siglos, recuerdan la ciudad romana, y de estas son aún, las más, simples inscripciones sepulcrales. Hubo, según una, termas que costeó Sempronia Fulvia; según otra, un monumento consagrado á Apolo; mas no se sabe de cierto dónde este ni aquellas estuvieron. ¿Podrá parecer raro, cuando hasta se ignora dónde estuvo situada antiguamente la ciudad? (2)

(1) Tito Livio refiere muy detalladamente esta toma de Jaén: á lo que decimos en el texto añade él este desgraciado accidente: «Itaque patefacta repente porta, frequentes ex oppido sese ejecerunt, scuta præ se tenentes, ne tela procul conjicerentur, dextras nudas ostentantes ut gladios abjecisse appareret. Id, utrum parum ex intervallo sit conspectum, an dolus aliquis suspectus fuerit, incompertum est. Impetus hostilis in transfugas factus; nec secus quam adversa acies cæsi: eademque porta signa infesta urbi illata: et aliis partibus securibus dolabrisque cædebantur et refringebantur portæ; et ut quisque intraverat eques ad forum occupandum (ita enim præceptum erat) citato equo pergebat. Additum erat et triariorum equiti præsidium: legionarii cæteram partem urbis pervadunt direptione et cede obviorum nisi qui armis se tuebantur.» Liv. lib., 28, cap. 3. El temor de que los que salían de la ciudad con las manos desarmadas no les tuviesen preparada alguna asechanza, hizo que los romanos tomaran al fin con gran derramamiento de sangre lo que podían haber conquistado por medio de una capitulación que debía serles muy favorable.

(2) Hemos encontrado aún y leído en Jaén las inscripciones romanas siguien-

Dominároнla después los visigodos, más tarde los árabes, y ni vestigios quedan tampoco de esas antiguas razas conquistadoras, cuyo imperio sólo pueden acreditar ya algunos muros, la puerta de Martos y los escasos restos de la de Granada. Tuviéronla sujeta á sus armas los árabes por más de cinco siglos: le dieron walí, y la consideraron como una de las principales ciudades de Andalucía; fundaron en ella mezquitas, levantaron un alcázar y un palacio, y después de los sangrientos trastornos que agitaron é hicieron pedazos su monarquía, se esforzaron aún en engrandecerla, declarándola no ya capital de una provincia, sino de un reino. Le dieron tanta importancia y la fortalecieron de manera, que envidiada por cuantos aspiraban al poder, veíase á cada paso combatida por todo género de

---

tes, á las que principalmente nos referimos en el texto: En el patio de la iglesia de la Magdalena:

1.ª
D. M. S.
Q. ANNIUS
FELIX. AURG.
ANNOR. L̄XXv
PIUS. I. S. H. S. EST.
. . T. L.

2.ª
D. M. S.
M ( ) M ( ) VE
NUSTUS
SEVIR ( )
( ) V̄X̄II.

3.ª
APOLLINI.
AUG.
Q. ANNIUS

D. D.

En el exterior de la pared meridional de la iglesia de San Miguel:

C. SEMPRONIUS (C. F S A. I) SEMPRONIANUS II VIR. BIS.
PONTUFEX PERPET SEMPRONIA FUSCA VIBIA A ( ) IC ( ) IA
FILIA THERMAS AQUA PER (DU) CTA CUM... IVIS ( ) NUAR
TRECENTARUM PECUNIA IMPENSAQUE. SUA O ( ) NI D. D.

(Rota la piedra en que está contenida esta inscripción, y pésimamente escrita, ó por mejor decir redactada, no es en todas sus partes igualmente inteligible; pero creemos que sin dificultad cabe colegir de ello lo que acerca de unas antiguas termas decimos en el texto.)

facciones, entrando hoy bajo el dominio de los califas, mañana bajo el de un walí rebelde, al otro día bajo el de hijos ambiciosos que se atrevían á disputar la corona á sus mismos padres, al otro por fin bajo el de un temido africano que, ya levantaba sobre su escudo á un califa, ya le derribaba del trono con el hierro de su lanza. Entre los muchos musulmanes que se levantaron contra Córdoba en el espacio de cuatro siglos, apenas hubo uno que no llevase sobre ella sus armas. Combatiéronla á su vez los partidarios del terrible Hafsún que parecían retoñar siempre de los mismos campos de batalla; las huestes de Abdalá, que irritado por las victorias de Suar, pasó en persona á conquistar sus muros; las desbandadas tropas de el-Somor, que dueño de las Alpujarras, caía como un torrente sobre la llanura y arrollaba las banderas de cadíes y walíes; los escuadrones de Hhayrán, que pretendió restablecer en el solio de Córdoba la alcurnia de los Omyades. Invadida la monarquía árabe por la ambición y las funestas rivalidades de los que debían sostenerla, no dejó aún de figurar Jaén entre las demás ciudades: continuó siendo el objeto de la codicia de unos y otros reyes, y pasando de una en otra mano. Pretendióla el rey de Toledo y se la disputó á punta de espada el de Sevilla, que logró añadirla al fin á su corona. Á la tercera entrada de los almoravides en España, cayó bajo el poder de Baty; fué conquistada luégo por los almohades; sirvió de refugio á Mumenyn-el-Nasr después de la batalla de las Navas, y tuvo que entregarse por fin vencida y ensangrentada á El-Ahmar, que la tomó por asalto y salió de ella para conquistar el que fué después reino de Granada.

No eran sólo los árabes los que la codiciaban; ya á mediados del siglo XII se cree que hicieron grandes esfuerzos por conquistarla las armas de Castilla, que á principios del siglo XIII volvieron á dirigirse contra ella, y durante largos años, ya que no pudieron vencerla, pasaron á talar á menudo sus campiñas causándoles quebrantos que sólo podían reparar los reyes granadinos. Después de las calamidades que la habían afligido, era

aún tan fuerte y poderosa Jaén, que se hacía difícil ganarla á fuerza de armas. Son ya sabidos los esfuerzos que hizo San Fernando para unirla á su reino; por tres veces debió presentarse ante sus muros, y después de largo y penoso sitio, no pudo al fin alcanzar su entrega sino por medio de la capitulación de El-Ahmar, á quien vimos ya entrar en la tienda del rey para declararse su vasallo.

La importancia de esta ciudad durante la dominación de los árabes era grande, pero lo era mucho más á su caída. Córdoba, la antigua capital del reino árabe, había ya sucumbido; Baeza y Úbeda, las dos principales ciudades del Norte de Andalucía, tenían ya enarbolados en las almenas de sus torres los pendones castellanos. Jaén estaba en las fronteras del nuevo reino de Granada, y al paso que era el baluarte de los árabes, era la única puerta de hierro que cerraba el paso á los victoriosos soldados del Rey Santo. Tenía, según los mismos cristianos, mucha población, muchos medios de defensa; era una ciudad á la que no se podía reducir sino como se la redujo, á fuerza de hambre. Y ¡no tiene, sin embargo, memorias de esa larga dominación árabe! ¿Cómo habrán podido desaparecer así hasta los restos de los monumentos que la legaron esos cultos hijos del Profeta? Debieron contribuir en parte á esta destrucción los primeros cristianos que la sujetaron, contribuiría más tarde el viciado gusto artístico de nuestros reyes, contribuirían además los asaltos é invasiones repentinas que posteriormente la asolaron. Se sabe ya que el mismo San Fernando mandó levantar sobre las ruinas de la mezquita mayor el primer templo cristiano; que un siglo después D. Juan I cedió el palacio de los reyes moros que poseía á la Orden de Predicadores para que esta construyera sobre él el convento de Santo Domingo. Con hechos de esta naturaleza, con las guerras que siguieron, con la ignorancia y el vandalismo con que se han derribado después, y hoy más que nunca, las más atrevidas producciones del arte, ¿puede parecer extraño que en esta y en otras ciudades no lle-

guemos á reconocer siquiera el sepulcro de los pueblos que en otros tiempos los dominaron y los llenaron de su gloria y sus recuerdos? Suenan aún en nuestros oídos los golpes del pico y del azadón con que acaban de destruir esa hermosa puerta de Granada, de cuyo arrogante arco ultrasemicircular no queda ya sino el arranque que está cubriendo el musgo.

Reconquistada Jaén, no aumentó menos su prosperidad que bajo la servidumbre de los árabes. San Fernando construyó en ella el alcázar, un palacio que un siglo después cedió Pedro el Cruel á los claustrales de San Francisco, una iglesia y un convento para las religiosas de Santa Clara; y conociendo su mayor importancia, trasladó á su recinto la silla episcopal que él mismo acababa de restaurar en la ciudad de Baeza. Dejóla bien defendida y guarnecida; y haciéndola él y sus sucesores centro de operaciones para todas las guerras que intentaron contra los reyes de Granada, le comunicó aún mayor animación y vida de la que en otros tiempos tuvo. Vió desde entonces Jaén pasar junto á sus muros ejércitos crecidos que iban y venían de batallas y asaltos sangrientos; alojó á príncipes y reyes, que impacientes por llevar á cabo la unidad de la monarquía, no podían dejar quieta en el cinto su formidable espada; fué el baluarte de generales esclarecidos que en tiempos aciagos para las armas de Castilla, pasaron á arrostrar en ella todo el poder de los monarcas granadinos. Así por su posición como por su riqueza, excitaba los celos y la codicia de sus enemigos y vióse en graves peligros; mas pudo casi siempre rechazar de sí las huestes más terribles y perseguirlas hasta más allá de las fronteras. Fué sitiada y combatida por los moros en 1301, y no pudo evitar que éstos asolasen sus cercanías en 1319; pero sólo en 1368, cuando estaban aliadas las banderas de Pedro el Cruel con las del rey de Granada, tuvo que humillar la cabeza ante este príncipe, que la saqueó, cebó en ella su encono y restableció la autoridad de su aliado. En el siglo XV fueron aún mucho mayores los sitios y asaltos que hubo de sufrir de los

moros; en 1407 vió contra sí ochenta mil infantes y seis mil caballos; en 1449, cuando desgarraban el interior de Castilla las guerras civiles, tuvo ya al enemigo dentro de los arrabales; mas no sólo salió vencedora, sino que, no contenta con haber superado tan grandes obstáculos, abrió la guerra á Granada bajo las órdenes del desgraciado García Manrique, que por seguir alanceando á un escuadrón enemigo, cayó en una celada y quedó en poder de moros hasta que se le rescató con el oro y la paz concedida por los reyes de Castilla (1).

(1) Según muchas crónicas y romances caballerescos vióse aún amenazada de moros Jaén á fines del siglo XV. Reduán, leemos en unos y otras, prometió un día á Boabdil ganar esta ciudad; y éste llegó momento en que le exigió el cumplimiento de su palabra. Orgulloso Reduán, no vaciló en pasar á la conquista de Jaén por más que consideró tan difícil la empresa como imprudente su ofrecimiento; pero pagó cara y muy cara su osadía. Sabedora la ciudad de tan loco atrevimiento, se preparó; y no sólo deshizo á los moros, sino que logró también la muerte de tan esclarecido caudillo. Son tan bellos los romances que tratan de este hecho, que no podemos menos de copiarlos:

«Reduan, bien te acuerdas
Que me diste la palabra
Que me darias á Jaen
En una noche ganada.
Reduan, si tú lo cumples,
Daréte paga doblada;
Y si tú no lo cumplieres,
Desterrarte he de Granada:
Echarte he en una frontera
Donde no goces tu dama.»
Reduan le respondiera
Sin demudarse la cara:
«Si lo dije, no me acuerdo;
Mas cumpliré mi palabra.»
Reduan pide mil hombres:
El Rey cinco mil le daba.
Por esa Puerta de Elvira
Sale muy gran cabalgada.
¡Cuánto del hidalgo moro!
¡Cuánto de la yegua baya!
¡Cuánta de la lanza en puño!
¡Cuánta de la adarga blanca!
¡Cuánta de marlota verde!
¡Cuánta aljuba de escarlata!
¡Cuánta pluma y gentileza!
¡Cuánto capellar de grana!
¡Cuánto bayo borceguí!
¡Cuánto raso que se esmalta!
¡Cuánto de espuela de oro!
¡Cuánta estribera de plata!
Toda es gente valerosa
Y esperta para batalla.
En medio de todos ellos
Va el Rey Chico de Granada,
Mirando las damas moras
De las torres del Alhambra.
La Reina mora, su madre,
Desta manera le habla:
«¡Alá te guarde, mi hijo!
¡Mahoma vaya en tu guarda!
Y te vuelva de Jaen
Libre, sano y con ventaja,
Y te dé paz con tu tio,
Señor de Guadix y Baza.»

(GINÉS PÉREZ DE HITA, *Guerras Civiles de Granada.*)

De lejos mira á Jaen,
Con vista alegre y turbada,
El valiente Reduan
Que prometió de ganalla.
Con los ojos la pasea,
Y en todas parte la halla
Cercada de muros fuertes
Que enflaquecen su esperanza.
Mira la encumbrada roca,

Tuvo por otra parte Jaén la suerte de no salir nunca de las manos de los príncipes; suerte poco común en la Edad media, en que hasta las ciudades principales eran vendidas ó donadas á título de merced á los caballeros que más se distinguían por

---

De altas torres coronada,
Cuya altura le parece
Que á las estrellas llegaba.
Los ojos puestos en ella,
Grave congoja en el alma,
Dando un gran suspiro el moro
Á la bella ciudad habla:
«¡Ay, Jaen, cuánto me cuesta
No haberte tenido en nada.
Y ser mas largo de lengua
Que de ventura y de lanza!
Pues dí con loca osadía
Á mi Rey la fé y palabra
De acabar en una noche
Lo que en un siglo no basta.
Hallo ahora mi persona
Á lo imposible obligada,
Pues es mas cierto el perderme,
Que darte á mi Rey ganada:
De do vengo á conocer
Ser verdad averiguada:
Quien presto se determina
Arrepentirse á la larga;
Y de arrepentirme tarde
Será mi muerte temprana,
Pues he de entrar en Jaen
O he de salir de Granada;
Y es lo que mas me lastima
Que prometí á Lindaraja
De no volver á sus ojos
Sin ser la empresa ganada.»
Y volviéndose á sus moros,
Consejo les demandaba;
Cinco mil eran de guerra,
Todos de lanza y adarga.
Dicen que es la tierra fuerte
De muro y torre cercada,
Y muy fuertes caballeros
Los que dentro della estaban;
Y que en pérdida tan cierta
O en tan dudosa ganancia,
La mas segura fortuna
Es no llegar á tentalla.

(Romancero del Sr. Durand, tomo 1.° *Col. de Aut. Esp.)*

Muy revuelto anda Jaen,
Rebato tocan apriesa,
Porque moros de Granada
Les van corriendo la tierra.
Cuatrocientos hijos-dalgo
Se salen á la pelea;
Otros tantos han salido
de Úbeda y de Baeza.
De Cazorla y de Quesada
Tambien salen dos banderas;
Todos son hidalgos de honra
Y enamorados de veras.
Todos van juramentados
De manos de sus doncellas
De no volver á Jaen
Sin dar moro por empresa;
Y el que linda dama tiene
Cuatro le promete en cuenta.
Á la Guardia han llegado
Adonde el rebato suena,
Y junto del Rio Frio
Gran batalla se comienza;
Mas los moros eran muchos
Y hacen grande resistencia,
Porque los Abencerrages
Llevaban la delantera;
Con ellos los Alabeces,
Gente muy brava y muy fiera.
Mas los valientes cristianos
Furiosamente pelean,
De modo que ya los moros
Valientemente se alejan:
Mas llevaron cabalgada
Que vale mucha moneda:
Con gloria quedó Jaen
De la pasada pelea.

(Ginés Pérez de Hita.) Dudamos mucho que este romance se refiera á Reduán como pretende el autor citado: el verdadero romance de Reduán es el siguiente:

Resuelto ya Reduan
De hacer su palabra buena,

Vista general

sus hechos de armas. D. Juan I la reservaba para sí, cuando abrigó el proyecto de abdicar á favor de su hijo; y si D. Juan II pensó en enajenarla, sólo fué para darla á D. Enrique, hijo suyo y heredero de su corona. Poseyóla, además, en 1507 el infante D. Juan Manuel, pero no tardó en mandar el Rey católico que la entregase á su alcaide. Siguió así Jaén, desde su reconquista hasta la época de su restauración, próspera, floreciente y sin más desgracias que su momentáneo vencimiento en 1368 y el bárbaro degüello que en 1473 se hizo de los judíos que en ella residían, á pesar de los esfuerzos del condestable Iranzu, que por querer salvar á estos infelices israelitas, cayó en un templo bajo el puñal de varios conjurados.

Fué mucha entonces su prosperidad; y, sin embargo, salvo el

Arremete hácia Jaen
Una mañana serena
Al son de una clara trompa
Que por el aire resuena.
Con ruido semejante
Al cielo cuando atruena,
Sobre un ligero caballo
Que blandamente se enfrena,
Juntando el cuento y la punta
De una lanza como entena;
Sin aguardar á su gente
Que de seguille está agena,
Porque su temeridad
Toda junta la condena.
Estando cerca del muro,
Creyendo de la melena
Tener presa la fortuna
Que al fin cumple lo que ordena,
Salió una furiosa jara
Por entre almena y almena
Que dió muerte á Reduan
Y á Jaen sacó de pena;
Y mientras del cuerpo el alma
Le aparta y desencadena,
Dijo con voz lamentable
Tendido en la seca arena:

«Gloria fuera, Lindaraja,
Morir, mas no entre cristianos,
Sino en parte do tus manos
Me hicieran la mortaja:
Que cosa es muy conocida
Que si desta suerte fuera,
Aunque mil veces muriera,
Mil veces me dieras vida.
Y no llevo en esta muerte,
Lindaraja, algun pesar
Por á Jaen no ganar,
Sino por solo perderte:
Y aun temo que el que en rehenes
Te tiene, habrá de gozarte,
Y estimará mas ganarte
Que ganar dos mil Jaenes.
Mas si Mahoma algun bien
Me tiene de hacer, le ruego
Que esté mas fuerte á su ruego
Que para mí fué Jaen;
Y pues la muerte me ataja,
Cúmplanse ya mis deseos,
Y en los campos Eliseos
Te aguardo, mi Lindaraja.»

(Rom. del Sr. Durand.) El romance anterior es á nuestro modo de ver histórico; éste puramente novelesco. Á no engañarnos, se refiere aquel á otro ataque de Jaén en que Baeza y Úbeda ayudaron la ciudad amenazada, es decir, al ataque de 1407.

castillo que recuerda á San Fernando, ¿qué templo, qué edificio público proyecta ya ni á los ojos de la imaginación las sombras de tantos héroes y reyes como por ella pasaron cubiertos del polvo del combate y coronados de gloria? Asoma en algunos templos la columna en haz, la ojiva, la bóveda por arista; pero aun en esos mismos trazos góticos vemos más bien reflejados los primeros fuegos de la restauración, que los opacos y tétricos resplandores de los siglos medios. Las iglesias de San Juan, de la Magdalena, de San Ildefonso son góticas, pero no llaman las miradas del artista sino por las exageradas curvas de sus fachadas, por las complicadísimas líneas de sus bóvedas, por las toscas labores de sus columnas, que no dejan ya ver sino la decadencia que á fines del siglo xv sufrió el estilo que las caracteriza. San Juan no conserva de lo antiguo en su fachada sino una simple ojiva sobre una puerta moderna; tiene en el interior cuatro pilares cuadrados, sin basa ni capitel, que la dividen en tres naves y sostienen los arcos apuntados en que descansan las bóvedas; y en el presbiterio, separado del cuerpo del templo por seis gradas, apenas presenta nada notable sino la forma octógona de la bóveda y la complicación de sus claves y sus aristas, con las que formó el autor estrellas, quizá con el objeto de imitar en la construcción de su obra la bella techumbre de los cielos. La Magdalena tiene aún menos interés artístico; no presenta en su exterior sino un arco rebajado entre dos agujas de crestería, y en el interior tres naves divididas por dos pilares, en que sólo vemos dominar la ojiva.

Es indudablemente más digna de atención San Ildefonso. De las tres puertas que abren paso á sus naves, son las dos greco romanas; pero hay aún en la parte posterior una de arco rebajado, donde es curioso ver hasta dónde llevaron los primeros arquitectos de la restauración la extravagancia de las líneas góticas. Arranca de los lados del arco una ojiva, que antes de cerrarse toma la forma de una elipse, y va á formar un florón debajo del alero de la fachada. Campea dentro de esa ridícula

curva la imagen de la Virgen; y apenas cabe concebir cómo un artista pudo inventar para tan noble figura un marco tan extraño y mezquino. Por amor que se sienta á todo lo de la Edad media, se aparta los ojos de tan rara puerta para fijarlos hasta con placer en las greco-romanas, una de las cuales es una bella obra de la época del renacimiento de las artes. Tiene esta un arco semicircular entre dos piras, de las que salen dos figuras que sostienen el entablamento; presenta sobre la cornisa un pequeño cuerpo de orden compuesto, dentro del cual está la Virgen revistiendo á San Ildefonso de las insignias episcopales; deja entrever en el tímpano del frontón que corona el segundo cuerpo la cabeza del Padre Eterno; y ya que no muy delicada en los detalles, produce buen efecto en el ánimo del que sólo considera su conjunto. No la alcanza de mucho en belleza ni en buena distribución la puerta mayor, puerta rectangular, alzada debajo de un entablamento sostenido por cuatro columnas pareadas, sobre el cual se alza un frontón en cuyo vértice está la figura de San Ildefonso.

En el interior podemos apreciar mejor el carácter y el estilo de este templo. Está dividido en tres naves separadas por diez haces de columnas, de las que arrancan las ojivas laterales y centrales. No tiene ni crucero, ni ábside, ni capilla alguna; pequeños altares cubren sus paredes, y sólo el tabernáculo brilla aislado bajo las bóvedas del presbiterio, que está algo más elevado que lo demás del templo. Las columnas, bastante bajas, vienen apoyadas en grandes zócalos, y no llevan por capitel sino una cinta sencillísima; los arcos tienen también pocas molduras. Presentan en cambio mucha complicación las bóvedas, cuyas aristas están distribuídas formando estrellas como en San Juan, pero no con la belleza con que están en tan reducido templo combinadas. ¿Cuál pudo ser la época de su construcción? Todo revela la mano de fines del siglo XV; pero no podemos fijar el año en que fué construída.

Las escasas bellezas monumentales que hay en Jaén es

preciso buscarlas en las obras del siglo XVI, concebidas y ejecutadas las más por Andrés de Valdelvira. Valdelvira dejó allí páginas que recordarán eternamente su nombre y consolarán al viajero de la destrucción de templos y palacios levantados por los siglos medios. La portada de la iglesia de San Miguel y una de la catedral revelan hasta en sus menores detalles elegancia, delicadeza y gusto; al verlas fija uno con placer los ojos en todas y en cada una de sus partes, siente satisfecho su sentimiento estético, y sólo deplora que esté la una tan amenazada de ruina y confundida la otra entre obras, hijas ya de épocas desgraciadas para las artes. La portada de San Miguel es la más bella: cuatro columnitas corintias, entre las cuales hay dos nichos de bóveda aconchada, sostienen un rico entablamento, debajo del cual hay un elegante arco semicircular, sobre cuyas enjutas están tendidas dos esbeltas figuritas. En lo más alto de la portada está la estatua de San Miguel amenazando con la espada en alto al ángel de las tinieblas; y es tan simple y propio este remate, que corona de una manera completa el efecto del conjunto. No hay en toda la portada cosa que revele descuido; todo está finamente decorado, y es tal la delicadeza de cada flor, de cada hoja, de cada tallo en el íntrados y paramento del arco, que parece raro que no las mueva el más templado soplo de la brisa. ¡Qué lástima que esté condenada á desaparecer tan linda obra! La iglesia á que abría paso, es ya un patio donde las aguas del cielo hacen crecer la yerba; y está la portada sola, completamente aislada. ¿Quién dudará de que se la derribe? (1)

La portada del mediodía de la catedral es también bella; pero no como la de San Miguel. Hay en ella superposición de dos órdenes arquitectónicos, y no presenta tanta sencillez ni tanta armonía. Entre cuatro columnas dóricas pareadas ábrese

(1) En el piso de esta portada se lee: esta portada se acabó el año de 1561, siendo obispo de Jaén el muy ilustrísimo Señor D. Diego de los Cobos, y mayordomo de esta iglesia el Rvdo. Diego de Victoria.

una gallarda cimbra, sobre la cual corre el entablamento, adornado en el friso de triglifos y de metopas que representan aljabas, escudos, manoplas, y otras piezas de la armadura antigua. Aparece sobre la cornisa una Virgen de la Asunción, coronada de ángeles, á la que sirven de altar cuatro columnitas jónicas pareadas, y sobre el entablamento que ésta sostiene, un frontón triangular que abraza todo el ancho de la fachada. Hay entre las columnas de uno y otro cuerpo nichos de elegantes formas, y sobre las enjutas del arco dos grandes figuras de relieve, en que la piedad y la religión están representadas. Vese en ella también cuidadoso ornato y delicada ejecución; pero daña evidentemente el segundo cuerpo el buen efecto del primero. Falta al parecer unidad, y es difícil que se sepa ver los dos cuerpos en conjunto.

Es, sin embargo, preferible de mucho esta portada á la principal del templo. Es esta grandiosa, vasta, elevada; pero sin bellezas que basten á compensar sus defectos. Presenta en su centro, entre cuatro grandes columnas corintias un arco ricamente entallado, sobre el cual, dentro de un recuadro de líneas inoportunamente cortadas, figura María llevada en alas de los ángeles. Está abierto encima de este grupo un balcón sostenido por una rica ménsula, sobre cuya cimbra hay otros dos ángeles que sostienen un lienzo en que está de relieve el rostro de Jesucristo. Corre por todo este cuerpo central un entablamento, y sobre éste una balaustrada dividida á trechos por pedestales en que campea la figura de San Fernando entre las de los apóstoles. Levántase detrás de la balaustrada un segundo cuerpo; pero no se ve ya en él la magnificencia y pompa que en el más bajo, donde entre las columnas corintias hay debajo de dos altos nichos las figuras de San Pedro y de San Pablo. No se ven en él sino cuatro pilastras con extrañas molduras por capiteles, en las que carga un frontón recortado que sostiene tres agujas poco ligeras y de no muy buen gusto.

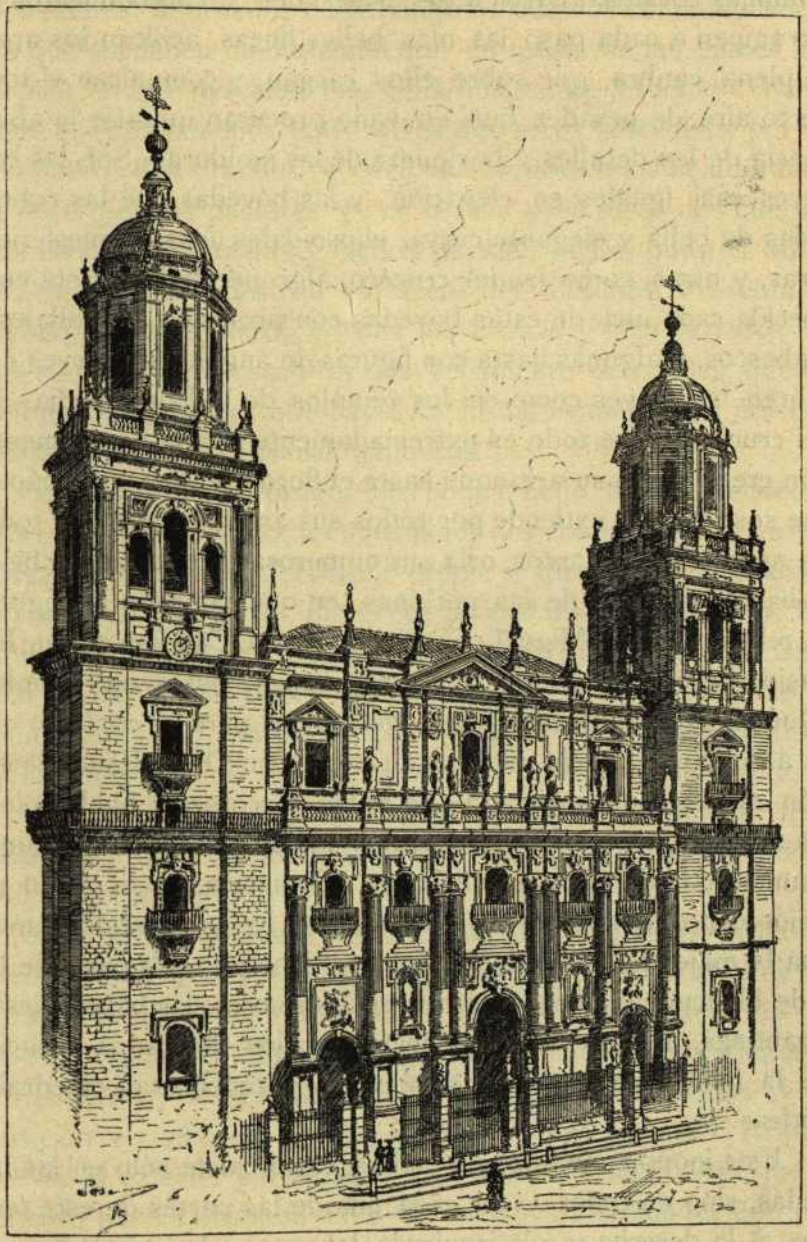
En las alas de esta fachada, entre dos columnas del mismo

orden, ábrese un arco más pequeño, sobre el cual campea en la de la derecha Santa Catalina, y en la de la izquierda San Miguel sujetando con sus piés al diablo. Encima, abiertos en el muro, hay dos balcones sobre los cuales corre la balaustrada general, interrumpida también por pedestales que sostienen las figuras de alguno de los discípulos de Cristo. Tienen también estas alas un segundo cuerpo, pero sólo llevan en él dos pilastras, entre las que hay bajo un frontón triangular una ventana.

Levántanse en los ángulos de esta fachada dos torres imponentes que constan de cinco cuerpos coronados por una gallarda cúpula. No presentan en los tres primeros más que ventanas y balcones encerrados en pésimos recuadros; pero en el cuarto osténtanse ya más lindas aberturas, bellas columnas corintias en los ángulos, y una balaustrada sobre que se levantan pequeñas agujas. Tienen en los ángulos del quinto pilastras en vez de columnas, pero no por esto presentan en él menos belleza. Aunque llenas de defectos, son indudablemente estas torres de un grande efecto en la fachada, que sin ellas se presentaría fría é insípida á los ojos del artista.

Aun con las torres ¿qué esfuerzo no debe hacer sobre sí mismo el viajero para contemplar sin disgusto una fachada que tanto afean los inoportunos cortes de líneas, los pueriles recuadros en que están encerrados relieves y aberturas, los vulgarísimos balcones que cortan el muro, la fría balaustrada que corre en torno de todo el templo, los toscos y pesados detalles que se observan en algunos frisos y se vienen hasta á los ojos del que sólo pretende apreciar la obra en conjunto? Pertenece á una mala época, y es exigir mucho de un artista querer que se sobreponga al gusto de su siglo.

El interior satisface más los ojos y la imaginación, aunque nunca tanto como el de esas catedrales góticas cuyas bóvedas parecen descansar sobre ligeros troncos de árboles. Está dividido en tres naves grandes, espaciosas, elevadas, pero no por vistosos haces de columnas, sino por macizos pilares adornados de



JAÉN.—Fachada de la Catedral

columnas corintias, cuyos altos pedestales y entablamentos interrumpen á cada paso las más bellas líneas, achican los arcos de plena cimbra, que sobre ellos cargan, y comunican al todo cierto aire de pesadez que en vano procuran quitarle la abundancia de los detalles y la riqueza de las molduras. Son las tres naves casi iguales en elevación, y las bóvedas que las cubren todas de bella y elegante curva, elipsoidales unas, semiesféricas otras, y otras, como la del crucero, algo peraltadas. Está enriquecida cada una de estas bóvedas con profusión de follajes y arabescos, y algunas hasta con figuras de ángeles y relieves que cubren las claves como en los templos de la Edad media. La del crucero sobre todo es extremadamente rica. La ornamentación crece desde su arranque hasta el florón de una gran cúpula que sostiene: se extiende por todos sus anillos, corre por todos los nervios de sus arcos, orla sus numerosas aberturas, embellece hasta las tarjas de las pechinas, en que campean las figuras en relieve de San Miguel, Santiago, Santa Catalina y San Eufrasio. Pero ésta no es la riqueza que se busca en templos. ¿Qué significa toda esta lujosa decoración para el cristiano que va á doblar la rodilla ante los altares de su Dios? Esta decoración es del todo arbitraria, no habla al corazón; habla sólo á los sentidos, y cuando levantamos los ojos, ó los apartamos friamente, los fijamos en ella para examinarla en sí, no en relación con el templo cuyos muros cubre. Lejos de realzar, mengua la majestad del monumento, que lleno por otra parte de luz y de blancura, ni llena de horror religioso como las bajas iglesias bizantinas, ni lleva la imaginación por los ilimitados espacios de la inmensidad como las atrevidas y tenebrosas catedrales góticas.

Este inoportuno lujo, sin embargo, no existe sólo en las bóvedas, sino en todas y en cada una de las partes de este templo. Á la derecha y á la izquierda del crucero hay portadas que aventajan en magnificencia á las mismas bóvedas. En la de la derecha, que conduce á la sacristía, están abiertos dos arcos se-

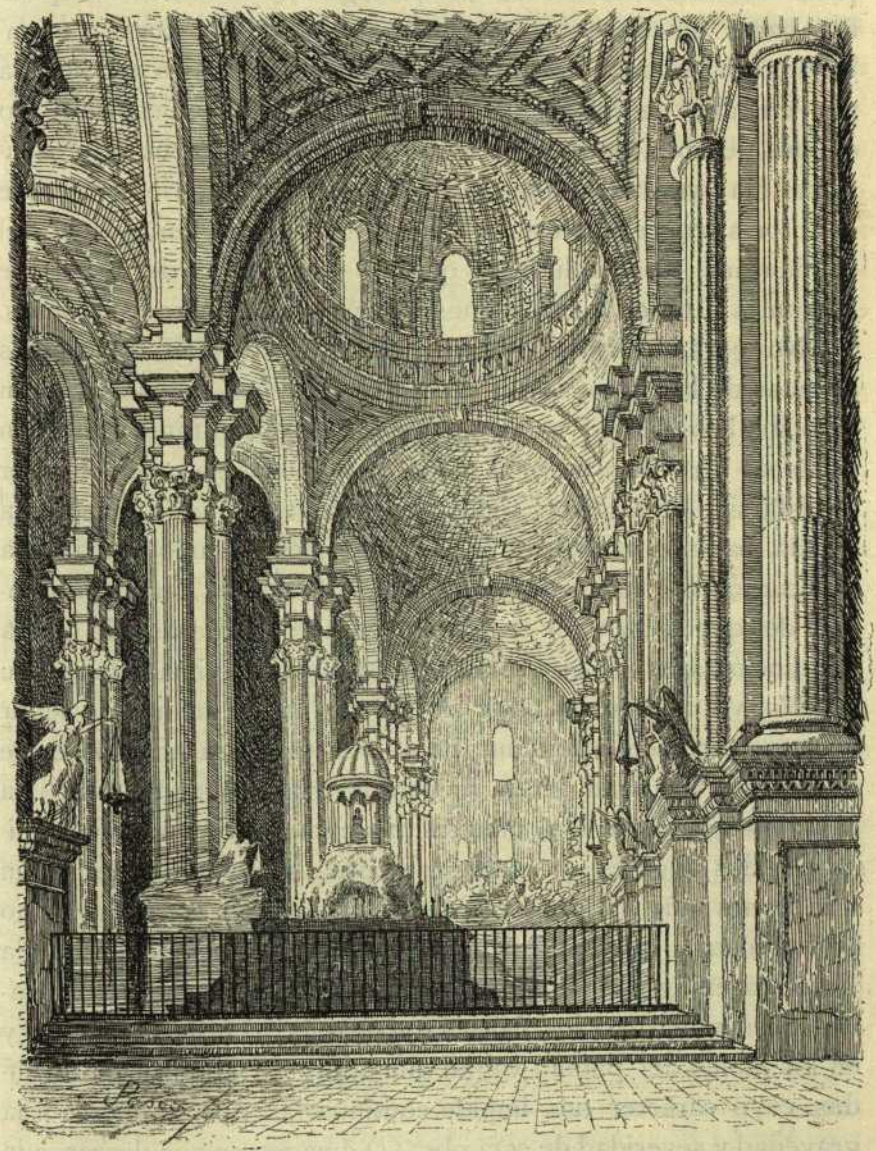
micirculares, adornados en los ángulos por dos columnas corintias que sostienen el entablamento, en medio de las cuales hay un pilar en que descansa una bella imagen de Jesucristo. Vense sobre el entablamento entre otros dos arcos sostenidos por recios pilares dos grandes relieves que representan la adoración de Jesús por los pastores y los reyes; y en otros dos cuerpos más elevados aberturas y nichos de mal gusto, puestos allí al parecer sólo para destruir el efecto del conjunto. Presenta la portada de la izquierda iguales las formas y sólo variados los relieves; y aunque están las dos bellamente decoradas, quedan confundidas por otra que hay á la misma izquierda del crucero, cuajada toda de riquísimas molduras.

Tiene ésta en su primer cuerpo un bello arco semicircular dentro de un recuadro, á cuyos lados dos columnas compuestas, adosadas á pilastras del mismo orden, sostienen un entablamento por cuyo friso corre una greca delicadamente cincelada. Brilla en un segundo cuerpo entre las figuras de Ezequiel y Salomón la de María, sobre la cual asoma en el tímpano de un frontón un ángel con las alas desplegadas. Descansan en el entablamento de este segundo cuerpo á la derecha un escudo de armas, y á la izquierda una Virgen sentada en un castillo, y está todo debajo de otro arco, encima del cual hay un balcón dentro de un cuerpo dórico.

Hay indudablemente cosas bellas en todas estas fachadas, pero en todas se observa constantemente ese mismo afán de decorar, ese mismo afán de encubrir con la belleza material de las partes obras frías, faltas de significación, faltas de sentimiento. En el coro se observa aún en mayor grado este defecto: su decoración no sólo es prolija, sino generalmente mala. Al paso que en el exterior parecen sus muros más de una cárcel que de un coro por su absoluta falta de adornos y la solidez que presentan sus anchos sillares; cubiertos en el interior por bajos relieves de madera, en que entre columnas, follajes, flores y otros caprichos, están representados los principales hechos de los hé-

roes cristianos, se presentan tan confusamente al observador, que apenas sabe dónde fijar los ojos. Los respaldos de su doble sillería están llenos de entrelazos caprichosos; los brazos, de grifos y otros seres fantásticos; los cuerpos compuestos que corren sobre cada orden de asientos, de un sin número de figuras, en cuyos grupos están trazadas algunas escenas del antiguo y nuevo Testamento, los gozos y dolores de la Virgen y los tormentos de los primeros mártires de la religión de Jesucristo. Corre sobre sus muros una balaustrada interrumpida por algunos pedestales, y hasta los jarros en que éstos descansan están profusamente decorados. El órgano, que está á la derecha, manifiesta mejor gusto que lo demás del coro; pero tampoco está libre de este defecto, del cual no quedaron exentos sino dos púlpitos que miran al presbiterio, sólidos, macizos y escasos de molduras. Sus dos portadas y el trascoro completan por fin el mal efecto de esta obra, que, ya por su situación enmedio del templo, ya por la altura y pesadez de sus paredes, disminuye la favorable impresión que sin ella podría producir un monumento dotado en general de bellas y elegantes formas.

Ocupa el coro desde el segundo pilar de la nave mayor hasta el crucero, más allá del cual se extiende entre cuatro grupos de columnas el espacioso presbiterio. Ancho éste, elevado sobre un atrio de tres piés de altura que forman cinco gradas de mármol, y cubierto por una bóveda riquísima, es sin duda una de las más bellas partes de la catedral. Es cuadrado, y los cuatro pilares que lo sostienen, puestos en los ángulos, no impiden, de ninguna parte que se lo mire, la vista del tabernáculo, sentado en medio sobre un altar de jaspe. Cuatro ángeles apoyados en el pedestal de los mismos pilares sostienen otras tantas lámparas de plata; y es tanta la sencillez que se descubre en todo, tanta la oportunidad con que está colocado cada objeto, tan parca y de tan buen gusto la distribución de los adornos, que allí es donde con más placer concentra uno sus miradas, siente mejor latir su corazón. El presbiterio es grande, el taber-



JAÉN —Interior de la Catedral

náculo á proporción pequeño, rico y sencillo; y aunque no impone éste como los de los templos góticos rodeados de apiñados haces de columnas, cubiertos de bóvedas oscuras y alumbrados por la opaca luz que baja de altos ventanajes modificada por cristales de colores, agita cuando menos el espíritu y lo depura de todo pensamiento profano que lo manche ó lo oscurezca. Hay verdadero sentimiento en este presbiterio: se ve que el autor al concebirlo estaba poseído de las más puras ideas del cristianismo; y es indudable que el sentimiento del artista se comunica á todos los cristianos que vayan á admirar sus obras.

No gozan desgraciadamente de esta cualidad las capillas abiertas de las naves laterales, cuyos retablos, que se levantan bajo sus bóvedas de cañón seguido, presentan tanta confusión de líneas y revelan tan mal gusto, que apenas se puede detener la vista sino en algunos cuadros que las embellecen. La misma capilla mayor, situada detrás del tabernáculo, aunque más alta y decorada con más riqueza, no llega siquiera á llamar la atención del que recorre el templo en busca de bellezas. No llama la atención sino del que conoce las tradiciones vinculadas en su retablo, y aun éste al entrar en ella no puede menos de sentir un estremecimiento involuntario al ver tan poca armonía entre el arte y la santidad de los recuerdos. Hay sobre el altar una caja en cuyo frente está pintada una cara del Salvador sostenida por dos ángeles, y es en esta urna sagrada donde, según tradiciones muy antiguas y la fe de los jaeneses, se guarda uno de los rostros que quedaron impresos en el lienzo con que la Verónica enjugó el sudor de Jesucristo en el camino del Calvario. Se manifiesta á los fieles esta reliquia tres veces al año, y en los labios del pueblo vagan aún sobre su adquisición leyendas cuyo carácter nos impide continuarlas por oponerse á la gravedad y severidad de esta obra (1). Imagen en que descansa la

(1) Creemos oportuno publicar cuando menos una de estas raras y originales tradiciones. Nos la refirieron en el camino de Jaén á Baeza, y procuraremos presentarla con toda la sencillez con que brotó de los labios de nuestro narrador, jo-

fe de tantos siglos, ¿no era á la verdad merecedora de un altar en que brillase más el genio artístico? Consérvase, además, sobre esta urna una Virgen llamada la Antigua, que, según otra tradición, llevó San Fernando en sus brillantes expediciones y regaló á Jaén después de haberlo conquistado: y está confundida entre otras imágenes de mal gusto, faltas de belleza y de recuerdos.

---

ven ingenuo y lleno de fe que parecía creer cándidamente cuánto iba refiriendo. — Y ¿en qué época se cree que vino á Jaén esa milagrosa cara de Dios? preguntamos á nuestro hombre. — En tiempo de San Eufrasio, contestó. Hubo entonces un Papa que se dejó prender de amores por una niña traviesa y juguetona que andaba al rededor de su palacio; y hubiera caído el buen Papa en pecado á no ser por nuestro obispo, porque era la mujer el diablo y le tenía armada muy bien la zancadilla. — ¿Estaba San Eufrasio en Roma? — No, sino en Jaén; pero tenía el santo obispo en una redoma tres diablillos; y como supiese una noche por ellos que ya estaba puesta la mesa en que el Papa iba á cenar con sus amores, partió en volandas para Roma, donde pudo aún conjurar á Satanás y librar al Papa de sus manos. — ¿Y llegó á Roma la misma noche? — La misma noche. Preguntó San Eufrasio á uno de los tres espíritus que cómo cuánto de tiempo pedía para llevarle á Roma, y contestó el diablo que hora y media: repitió la pregunta á otro, y contestóle que una hora: repitió la pregunta al tercero, y contestó: dentro de media hora llamarás á la puerta de la casa de San Pedro, si en recompensa prometes darme todos los días las sobras de tu almuerzo: ¿prometes? — ¿Y se lo prometió el Santo? — Prometo, dijo; y alzóse luégo el diablo, que era por más señas cojo, y ya están en Roma, para que vea su merced si han hecho pronto el viaje. — Ligeros han andado. — Llamó San Eufrasio á la puerta del palacio del Papa, y como le preguntasen quién era, «abre á Eufrasio» dijo; á lo cual el Papa exclamó: pues ¿cómo ha de ser Eufrasio, si está el buen obispo en Jaén? Mas en esto San Eufrasio entraba ya en la sala; y viendo al Papa cenando mano á mano con la mujer de rara hermosura de que le habían hablado los diablillos, vuelto de cara á la taimada, le echó tantas bendiciones, que no pudiendo ella ya más sufrirlas, se hundió con grande estrépito en el suelo, llevando tras sí al infierno la mesa en que pensaba poder arrastrar al mismo vicario de Jesucristo. — ¿No cayó el Papa con ella? — Quedó el Papa como quien ve visiones; mas vuelto á poco de su estupor, abrazó tan tiernamente á San Eufrasio, y derramó sobre él tantas y tan sentidas lágrimas, que daba pesar no sólo verle, sino oirle. Ni sabía cómo recompensar ni cómo agradecer tan gran servicio; pero San Eufrasio nada pidió en cambio sino esa cara de Dios que guarda Jaén como su primer tesoro. Dióle el Papa dos; pero San Eufrasio perdió una en una tempestad deshecha que le asaltó en la mar precisamente al volver de Roma, y es esta la única que existe en el mundo después de que hay la iglesia de San Pedro. — Pues y al diablillo ¿le cumplió San Eufrasio la palabra? — Vaya si se la cumplió. Almorzaba el santo nueces, y se las rompía en la cabeza dejándole las cáscaras, y diciéndole: «ahí van las sobras.» Es esta, como se ve, una tradición disparatadísima; pero su misma rareza nos ha movido á consignarla. Créese generalmente que trajo de Roma esta reliquia D. Nicolás de Biedma, obispo de esta diócesis, que la obtuvo del Papa Gregorio XI en 1376.

La sacristía, la sala capitular, el sagrario son también obras notables por su grandiosidad y su lujo, no por su belleza. Faltas casi todas de carácter, no presentan sino cuerpos arquitectónicos ejecutados con más ó menos acierto, que lo mismo podrían tener cabida en estos salones que en los consagrados á los placeres de la sociedad profana. Nada dicen al corazón, nada á la fantasía, y nadie siente en su interior el menor recogimiento religioso. El mismo sagrario, esa parte del templo que más ha de mover al cristiano á la concentración del espíritu y á la plegaria, carece del todo de sentimiento, y es frío para el alma como lo son para los sentidos los mármoles de que está adornado. Tiene la forma de una elipse, y está sostenido por ocho pilares, á que están adosadas dos columnas corintias; el pavimento es de mármol como el de todo el templo, la bóveda artesonada, las cuatro capillas que hay abiertas entre los pilares decoradas con lujo y corridas en la parte superior de una barandilla de balaústres. Bajan por todas partes torrentes de luz vivísima, todo brilla, todo chispea á los ojos del que allí penetra: condiciones nada propias del catolicismo.

El primer artista que concibió el proyecto de esta catedral pudo estar animado de sentimientos religiosos, no los que continuaron ni concluyeron su obra. Aquél, aunque sujeto por las frías reglas del arte greco romano, supo luchar con ellas y comunicar al templo vida, belleza moral, carácter; éstos, más artífices que artistas, siguieron servilmente aquellas reglas, y al parecer ni pensaron siquiera en animar ni en dar colorido al monumento que se confió á sus manos. Artistas todos de diversas épocas, no podía por otra parte cada uno dejar de obedecer al gusto de su siglo; y esto debía naturalmente presentar al templo heterogéneo, dotado de grandes bellezas y afeado por mayores defectos, revestido de carácter en el conjunto, y falto de carácter en los más de sus detalles.

Empezóse esta catedral en el año 1500 cuando ocupaba la silla episcopal de Jaén D. Alonso Suárez de la Fuente el

Sauce (1), y es fácil concebir que se la construyese todavía según el gusto ojival, cuya influencia duró en España hasta mediados de aquel siglo. El arquitecto que echó los cimientos de la capilla mayor por orden de D. Alonso no podría dejar de recordar las formas del templo antiguo derribado ocho años antes y levantado en 1368 por el obispo D. Nicolás de Biedma; y al edificar los muros del ábside, no se satisfizo templando su desnudez con simples molduras; los revistió de cintas y follajes, y los coronó con agujas de crestería que aún hoy levantan su oscura cúspide entre las excrescencias de la catedral moderna. No se pensó en proseguir la obra de Suárez hasta el 1532, en

(1) Los obispos de Jaén y Baeza que ha habido desde San Fernando acá son los siguientes: Del 1249 al 1250, D. Pedro Martínez; hasta el 1276, D. Pascual; hasta el 1283, D. Martín Domínguez; hasta el 1285, D. Juan; hasta el 1286, Don Juan el II; hasta el 1287, sede vacante; hasta el 1289, D. Juan el III; hasta el 1297, sede vacante; hasta el 1301, D. Pedro el Mártir; hasta el 1317, D. García Pérez; hasta el 1323, D. Gutierre Téllez; hasta el 1331, D. Fernando Martínez Agreda; en el mismo 1331, D. Juan el IV; hasta 1334, D. Fernando el II; hasta 1357, D. Juan de Loria el V; hasta 1360, D. Juan el VI; hasta el 1368, D. Andrés; en el mismo 1368, D. Alonso Pecha; hasta el 1378, D. Nicolás de Biedma; hasta el 1382, Don Juan de Castro; hasta el 1383, el mismo Biedma citado, que había sido promovido al obispado de Cuenca; hasta el 1423, D. Rodrigo Fernández de Narváez; hasta el 1456, D. Gonzalo de Zúñiga ó Estúñiga; hasta el 1457, D. Fr. Jaime de Tahuste; hasta el 1474, D. Alonso Vázquez de Acuña; hasta el 1476, sede vacante; hasta el 1483, D. Iñigo Manrique; hasta el 1497, D. Luís Osorio; hasta el 1500, D. Fray Diego Deza; hasta el 1522, D. Alonso Suárez de la Fuente el Sauce; hasta el 1523, D. Fr. Diego Gayangos; hasta el 1538, D. Esteban Gabriel Merino; hasta el 1545, D. Francisco de Mendoza; hasta el 1555, D. Pedro Pacheco; hasta el 1560, Don Pedro Tavera; en el mismo 1560, D. Fr. Francisco Benavides; hasta el 1566, Don Diego de los Covos; hasta el 1577, D. Francisco Delgado; hasta el 1580, D. Diego Deza, segundo de este nombre y apellido; hasta el 1596, D. Francisco Sarmiento; hasta el 1600, D. Bernardo Sandoval y Rojas; hasta el 1615, D. Sancho Dávila y Toledo; hasta el 1619, D. Francisco Martínez Ceniceros; hasta 1647, D. Baltasar Moscoso y Sandoval; hasta 1648, D. Juan Queipo de Llano; hasta 1664, D. Fernando Andrade y Castro; hasta 1668, D. Antonio de Pina Hermosa; hasta 1671, D. Fr. Jerónimo Rodríguez de Valderas; hasta 1682, D. Antonio Fernández del Campo; hasta 1693, D. Fr. Juan Asensio; hasta 1708, D. Antonio Brizuela; hasta 1714, D. Benito Omaña; hasta 1732, D. Rodrigo Marín y Rubio; hasta 1738, Don Manuel Orosco Manrique; hasta 1747, D. Andrés Cabrejas; hasta 1750, D. Francisco del Castillo; hasta 1770, D. Fr. Benito Marín; hasta 1780, D. Antonio Gómez de la Torre; hasta 1785, D. Agustín Rubín de Ceballos; hasta 1796, D. Pedro Rubio Benedicto; hasta 1816, D. Fr. Diego Melo; hasta 1832, D. Andrés Esteban; hasta 1837, D. Diego Martínez Carlón; hasta el 1847, D. Antonio Martínez de Velasco; del 1847 hasta la fecha de la primera edición de esta obra, D. José Escolano. Véase lo que sobre este obispado y el de Baeza decimos más abajo en una nota.

que ya dominaba el renacimiento sobre el destronado estilo gótico; y no se quiso ya ni se pudo tomar en consideración el gusto de la fábrica empezada, gusto que no temían calificar á la sazón de bárbaro. Pedro de Valdelvira, uno de los mejores arquitectos de su época, trazó un proyecto del todo independiente, y apuró como los artistas de Italia su ingenio en combinar é identificar las antiguas formas greco-romanas con las necesidades morales y materiales de la religión cristiana. No pudo ejecutarlo por sí mismo; pero tuvo cuando menos la fortuna de encontrar un fiel intérprete de sus pensamientos en Andrés de Valdelvira, su hijo, que continuó la obra hasta el 1579, y murió dejando vinculado su nombre en la calle donde vivió y en la iglesia de San Ildefonso, que guarda sus cenizas. Dejó Andrés de Valdelvira concluído todo el lado izquierdo de la iglesia con la sala capitular y la sacristía, donde no se logró imprimir el sentimiento religioso que en el templo. Reveló buen gusto artístico; pero después de él y de su discípulo Alonso de Barba, que dirigió la obra por algunos años, no se pudo continuar tan vasto monumento hasta el 1634, época en que Juan de Aranda y luégo Pedro del Portillo trabajaron con tanto ahínco, que en 20 de Octubre de 1660 pudo ya celebrarse la dedicación del templo. Continuaron aún estos la obra acomodándose al gusto de sus antecesores; mas ¿qué podía esperarse de los artistas que pusieran en ella la mano á fines del siglo XVII, cuando no sólo las artes, sino también la literatura y hasta la monarquía estaban aquí en espantosa decadencia? La fachada y las torres se terminaron en este período de abatimiento, y no es extraño que aparezcan llenas de defectos y cubiertas de adornos de mal gusto. Cuando se construyó el sagrario, estaba ya en parte levantada la arquitectura del abismo en que la habían hundido los tristes acontecimientos del último monarca de la dinastía austriaca. Á pesar de esta circunstancia, á pesar de haber trazado y dirigido la obra un arquitecto tan eminente como lo fué D. Ventura Rodríguez á fines del último siglo, no

puede el sagrario sufrir con el interior de la catedral ni el más remoto paralelo. Lo hemos dicho ya, podrá tener belleza, pero no sentimiento: es cuerpo sin alma (1).

Quedan en esta ciudad otros templos, pero modernos, fríos, faltos de toda belleza artística, de todo pensamiento filosófico, de todo sentimiento místico y cristiano. Para ver monumentos que hablen algo al corazón, es preciso abandonar Jaén y dirigirse á las ciudades de Baeza y Úbeda, cuyas iglesias, ensombrecidas

(1) Se habrá observado que, contra nuestra costumbre, no hemos hecho referencia en todo lo relativo á Jaén á ningún documento original de los que tal vez guardan con abundancia los archivos de tan antigua ciudad. Débese esto, y sentimos mucho decirlo, á las dificultades que opusieron de continuo á nuestros deseos de ver sus archivos respectivos tanto el cabildo de la catedral como el señor alcalde corregidor, á quien no bastó ni una real orden, de que casi nunca debemos hacer uso, para que nos facilitara en los días que pudimos estar en Jaén lo que nos facilitaron voluntariamente y con el mayor placer el ayuntamiento de Baeza, á cuyo regidor D. Alonso Molinero no podemos menos de manifestar nuestro más sincero agradecimiento; el de Úbeda, que nos permitió examinar los documentos de su archivo hasta por la noche; el de Granada, cuyo archivero el Sr. Vilches nos manifestó con un interés que nunca olvidaremos cuánto podía contribuir á dar luz á nuestras investigaciones históricas; el de Málaga, cuyo corregidor satisfizo nuestros deseos en el momento mismo en que se los insinuamos; el de Almería, cuyo alcalde D. Joaquín Gómez Barragán llegó á considerar como un favor que examináramos los pergaminos que tenía; el cabildo catedral de esta misma ciudad, cuyo arcediano D. Francisco de Paula Gómez hasta tuvo la deferencia de ayudarnos á copiar los manuscritos que creímos interesantes para esta obra; el cabildo de Málaga, que no omitió mostrarnos ni aun los más importantes documentos; la comunidad de la capilla real de Granada, cuyos bien conservados pergaminos nos mostró uno á uno el archivero D. Fernando González, capellán de celo y de muchos conocimientos; el contador de la Alhambra Don Laureano García y el distinguido joven de Guadix D. Francisco Torres López, que nos franqueó los documentos recogidos para su historia de Guadix y Baza. En Jaén no encontramos un auxilio eficaz ni aun en los particulares: sólo en el presbítero D. Juan Maldonado encontramos el celo y el amor á las bellezas del país que tan abiertamente nos manifestaron en Baeza el ya citado D. Agustín Alonso Molinero y el escribano D. Andrés Moreno, sujeto de una constancia infatigable para recoger aun las más insignificantes noticias relativas á la historia de su patria; en Granada el Sr. García, presbítero, D. José María Zamora, D. Manuel Fernández, el Sr. Salvador de Salvador y otras muchas personas cuyo nombre no recordamos; en Málaga el tan cortés como entusiasta D. Francisco de Moya y Bache; en Almería el activo D. Carlos Fornovi, que no enseñaría con más gusto ni hablaría con más entusiasmo de los monumentos de su patria que de las murallas árabes y el alcázar de la ciudad que le ha adoptado. Tenemos, como llevamos dicho, un sentimiento en decir lo que decimos de Jaén; pero quede compensado por el placer que nos cabe al consignar los nombres de tantos como se han prestado á secundar nuestros esfuerzos.